



EL LIBRO DEL MAESTRO



QUITO — S. A.
EDITORIAL «ECUADOR»

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

EL LIBRO DEL MAESTRO
RUTA DE LA ESCUELA



IMPRENTA «ECUADOR»

QUITO.—1.936

**EL LIBRO DEL MAESTRO
RUTA DE LA ESCUELA**

ALGUNAS OBRAS DE A. ANDRADE GOELLO

- La ley del Progreso.*—Casa Editorial de Juan I. Gálvez.—Quito.—1909.
- Vargas Vila. Ojeada crítica de sus obras.*—Imprenta del «Diario Ecuador».—1912.
- Las Brumas de Antonio C. Toledo.*—Talleres del diario «El Comercio».—1913
- Algunas ideas acerca de educación.*—2ª ed. Imprenta Municipal.—1915.
- Rodó.*—4ª ed.—Imp. y Enc. Nacionales.—1917.
- Orientaciones Periodísticas: Manuel J. Calle.*—Imp. Mejía.—1919.
- El Ecuador Intelectual.*—Córdoba (Argentina).—Imprenta de Bautista Cubas.—1919.
- Tres poetas de la música.*—Imprenta de la Universidad Central. Quito.—1921.
- La Condesa Emilia Pardo Bazán.*—Imprenta y Encuadernación Nacionales.—1922.
- Juana de Ibarbourou.*—Imprenta Nacional. Quito 1923
- Educación del Hogar.*—Imp. Editorial —Quito.—1923.
- Motivos Nacionales (2 Tomos)*—Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios—1927.
- Pinceladas de la Tierra.*—(Ensayo de Novela).—Imprenta de la Escuela de Artes y Oficios.—1928.
- Centenarios y Milenarios.*—Edición del Ministerio de Educación.—1931.
- Eloy Alfaro (Epinicio biográfico).*—Talleres tipográficos Nacionales.—1934.
- Nociones de Literatura General.*—4ª ed. Quito.—1934.
- El Ocaso de los Conquistadores.*—Imp. Municipal. 1934.
- Quiteños Auténticos.*—Imp. Municipal.—1934.
- Recuerdos de Quito.*—La Tola.—Impreso por Néstor Romero.—Quito.—1934.
- Del Quito Antiguo.*—Imp. y Encud. «Ecuador».—1935.
- A través de los libros.*—Imp. y Enc. «Ecuador».—1935.
- Los Genios.*—Imp. y Encad. «Ecuador».—1935.

RUTA DE LA ESCUELA

EDUCADORES Y CONSTRUCTORES.

Realizar el bien, aun a costa de la vida, revelando está la robustez moral de quienes trabajan por el mejoramiento social, por la redención humana.

Seres superiores, que muchas veces pasaron inadvertidos, han puesto su granito de arena para que se fundamente el edificio que consolida hogares y nacionalidades. Sus acciones, saliendo del plano común, confinan con el heroísmo, que es mayor porque se ejecuta en silencio, con recato que desconcierta.

De la montaña a donde suben estos extraordinarios e incomprensidos talentos, van encumbrándose hasta los astros, dejando la estela de sus virtudes, de sus enseñanzas. Conquistando las cimas inmortales, viajan por dilatados horizontes, por más que se hayan partido de la aldea insignificante, del mísero tugurio.

Por el triunfo de sus ideales han permanecido a

veces en negra cárcel. Su memoria hasta ha sido escar-
necida por los contemporáneos. Pero ellos, a su luz pro-
pia, unen la aureola del beneficio que en no pocas ocasio-
nes calladamente hacen a la humanidad, representada ge-
nuinamente por los niños y los jóvenes. Su empeño, en la
generalidad de los casos, es físico y espiritual: amasan
conciencias, vigorizan organismos para educar a las genera-
ciones. Cuando el embate no les ha mordido cruelmente,
la injusticia les hadeorado sin misericordia.

Construir será obra más consoladora que destruir.
Educadores, sinónimo de civilizadores, son formidables
temperamentos que desconocen la fatiga. Se diría que
su eterno suplicio es guiar siempre, forjar estrellas.

Como se adelantan a su tiempo, ven también muy
claro el ambiente que les rodea. Si hay reconditeces so-
ciales, las sacan valientemente a la superficie, porque tra-
bajan siempre en beneficio de la humanidad. Por esto,
son revolucionarios. Con sus audacias y rarezas conquis-
tan el menosprecio o el odio de sus contemporáneos, a
quienes ciega la pasión o la venda rutinaria les impide
ver más lejos. Son los infatigables zapadores del progreso.

«Un hombre progresista—en frase de popular filó-
sofo—busca siempre la luz de la verdad en principios y
hechos, siente en su corazón un celo inextinguible para
servir a sus semejantes. Esto le fuerza a aborrecer y a
condenar intereses especiales y privilegios, detestar hipo-

cresías y odiar el egoísmo individual o colectivo. Y el grado de progreso en cada hombre sólo se puede medir por medio de tales tendencias».

Palabras de oro, directoras de la conducta pública y privada. ¡Que nuestros actos no tengan que acusarse de la fea mancha de la injusticia contra el prójimo, por el estrechísimo pretexto de que no es el camarada, el colega, el miembro de la pobre capilla donde se rinde culto a los monopolios y las intransigencias!...

Quienes honradamente trabajaron por proporcionar alguna lección de provecho, ven pasar a la humanidad, se desviven por mejorarla y la analizan con pasmosa visión profética. «Gente y más gente y más gente, como dijo el poeta intenso de *“La Hora de Tinieblas”*, desfila delante de ellos; se desbanda «la humanidad en torrente» con su fardo de dolores, con su pesado bagaje. Los míseros viajeros aceleran el final del viaje. Apretujada va la muchedumbre, como en estrecho tranvía, como en raudo tren, movida por distintos estímulo, ansiosa de llegar a su destino, tan incierto por desgracia.

Las indumentarias son diversas, abigarradas a veces, como las fisonomías. Hay de todo. En unas, se nota la angustia del afanar cotidiano; en otras, la satisfacción de la seguridad económica. Quienes, son pulcros y cuidan de los menores detalles de su ropa; quienes, van muy desaseados, como si estuvieran reñidos con el jabón.

Algunas personas, que permanecen de pie por no haber conseguido asiento, se fastidian: cuando entrevén alguno desocupado, se abren campo a empujones. Otras se resignan, contentándose con asirse fuertemente de las agarraderas. No faltan las que trepidan mucho y se mueven bruscamente al compás de los saltos y vaivenes del vehículo, como si su ánimo fuera molestar al público.

Así nos imaginamos que acontece en la vida, viaje rápido en tranvía, con distintos objetivos, ideales y agitaciones; viaje de molestias e impresiones, aun en el breve placer.

El secreto está en no perder el tranvía. Pero si este fracaso ha sobrevenido, alterando nuestro horario y ocasionándonos contratiempos, lo mejor es hacer frente a la desgracia, que siempre es momentánea, porque ya viene otro carro, y otro, de trecho en trecho. Podemos, con buena voluntad, recuperar el tiempo perdido, y continuar la marcha.

Los que se despechan, maldicen y descorazonan, no arriban tranquilos y de buen talante a la estación. Han agotado inútilmente sus energías. Otros se separan de las paralelas: el tranvía pasa cuando estuvieron lejos. Son los imprevisivos y desprovistos de paciencia. Perder el tranvía es desperdiciar la oportunidad en el negocio, en el cumplimiento de la cita, en la hora del deber, en la exactitud al trabajo.

Si nos fijamos, los que pierden el tranvía por no correr un poco, por no dar muestras de agilidad, por no estar listos en el punto de parada, son los poco diligentes, que se conducen con descuido en todo. No se gobiernan correctamente en la vida, cuando no les importa unos minutos más o unos minutos menos. Su indolencia matadora les inclina a la comodidad del asiento, antes que a soportar algún sacrificio con tal de llegar pronto y con puntualidad matemática.

Es vicio de algunas razas poco diligentes perder el tranvía por causas infantiles. Al hablar de la filosofía del hombre que aguarda el tranvía, Ferreiro nos aconseja lo siguiente: «En la vida, queridos míos, tengamos la noción del riel y del itinerario forzoso de las oportunidades. Sintamos, con todo el sentir, la oportunidad ida y no atrapada; mas reaccionemos....»

* * *

Entre los constructores y civilizadores figuran los maestros de verdad: combaten las enfermedades sociales que destruyen el carácter. De éstas, son la hipocresía y la anemia de la voluntad.

Si la hipocresía y debilidad de carácter son tremendos defectos sociales que llevan al individuo a los más escandalosos fracasos; estos vicios son más terribles to-

davía cuando el falso patriota, el maestro desilusionado, el legislador inconsecuente los trasladan al campo de la política.

Enemigo mortal de la democracia, el político hipócrita arroja el dardo, y esconde la mano; simula austeridad, y no se aleja del carnaval administrativo; se dice verídico, y engaña al pueblo, desfigurando las intrigas, dando rodeos para no citar hechos vergonzosos; se cree puro, y no tiene empacho en meterse en el fango gubernativo. ¡Cuántos males siguen a la falta de franqueza para hablar al público en el lenguaje de la convicción y en el tono que ha de distinguir al juez imparcial!

La debilidad de carácter, esta fea cobardía que manchando está a tantas conciencias, convierte al político en maniquí, le condena a cargar fardos ajenos y responder de culpas que no ha cometido.

Como no le asiste el valor de la protesta, se calla, volviéndose cómplice de errores políticos que no los inspiró. ¡A qué abismos arrastra la carencia de férrea voluntad!

El pueblo teme más a los políticos mojigatos y débiles que a los descarados que siquiera asumen la responsabilidad de sus acciones y no se lavan las manos, como Pilatos, aparentando inocencia.

Vénganos un pícaro de frente, y no una mosquita muerta que zumba en las sombras, destrozándonos los

óidos. Cuando se la quiere dar un bofetón, ya ha volado a martirizar otras orejas, cobarde, imprudentemente, amparada en su insignificancia.

Cuando vemos resolución y valor hasta para lo vedado, hay esperanza de que ese fuerte, ese leal temperamento reaccione. Su carácter puede salvarle, en la hora de la reflexión, de las rectificaciones, de la enmienda política.

Pero los solapados y débiles no tienen, por lo común, cura: la sociedad les ha desahuciado y el pueblo pierde la esperanza de que mejoren.

Gran cosa es el cultivo del carácter, preferentemente en la vida pública, para no pasar como cadáveres políticos, soportando pasivamente el látigo de la opinión o los rubores de su propia conciencia.

Bellas son las actitudes del magisterio cuando brenga por la franqueza, valor y unión nacional.

Los maestros son heraldos de paz y de civilización. Las buenas causas por las que trabajan tienen justa resonancia, porque son ajenas al odio, al mezquino egoísmo y a la polémica estéril que a nada conduce. El magisterio, cuando es unido y cuando hace fructificar la flor de la abnegación, es acreedor al respeto de los pueblos. Así ha acontecido en Costa Rica con los profesores que no desean el desgarramiento de la patria americana y luchan por la concordia de países de una misma lengua como Pa-

namá. Una destacada maestra del Istmo, Corina Cornick, dirigiéndose a los profesores de Costa Rica, les decía, con cálida unción: «¿Vamos a dejar que se despedacen los hijos de la misma madre y del mismo padre, los hermanos gemelos como son Costa Rica y Panamá, que debido a su situación geográfica y a las leyes biológicas tienen que seguir la misma suerte?».

Si todos los que educan, todos los que bondadosa y hondamente labran las almas infantiles, imitaran este ejemplo, se acabarían las guerras, por lo menos en el Continente nuevo, llamado a grandes fines por el trabajo, la industria, la agricultura y la ganadería. Campos infinitos en vano esperan la iniciativa del hombre que los fructifique. Existen dilatadas zonas que aspiran a la fecundación por la perseverancia en la honrada y pacífica labor. Faltan brazos, faltan habitantes; pero sobran rencores e ideas de matanza. «Los odios de las naciones y los odios de las razas se mantienen erguidos, las tradiciones inmorales y enfermizas de la política siguen en pie, el factor económico hace apremiante la situación, y la ruina de unos pueblos engendra la de los otros. La espada de Bolívar fulgura en la sombra, su delirio sobre el Chimborazo no sacude las fibras más íntimas del nacionalismo, las voces de ultratumba de Sucre y San Martín no empujan imperiosamente a defender los ideales por que murieron estos guías de la humanidad».

Ante la fatídica pintura de la guerra se estremecen las conciencias ¿Por qué pensar en la muerte, en la ruina y desolación en plena vida americana, ante un halgador más allá, poblado de abundancia y alegría?

Si pueblos de escaso talento práctico y ninguna disciplina como que se complacen en tan ruin tarea suicida, debilitándose, desuniéndose dentro de la propia casa, dando atroz escándalo a la familia con sus riñas y rivalidades necias, hay otros, en cambio, de sólida voluntad que se empeñan en hacer patria, sacrificando las miras interesadas y colaborando en el único pensamiento regenerador: la grandeza de la nación, la felicidad ecuatoriana.

Tal debería ser la misión del magisterio dentro del hogar y fuera de él, como proceden los institutores costarricenses y panameños que aman la prosperidad de sus respectivas tierras, llenos de fraternal armonía que reparte el bienestar a todos. Bella actitud del magisterio que tales ideas humanitarias propaga, sin entretenerse en campañas infecundas, de las que sólo resentimiento y demolición, como sombras fatídicas, se desprenden, cubriendo de nubes siniestras el cielo de la patria americana

* * *

Blanco de contrariedades fue el poeta Milton. Revolucionario insigne, peleó contra las ideas religiosas y

sociales de su tiempo. Defendió con brío la libertad de imprenta, razonó en favor del divorcio. En el campo de la pedagogía, innovó los procedimientos, dedicándose con abnegación a la enseñanza. En literatura, sus gustos clásicos, lo que aprendió en sus viajes por Italia, la lectura de maestros griegos y latinos le sirvieron para enriquecer la lengua inglesa. Hombre de lucha, de controversia, sus polémicas ardientes revelan la energía de su lenguaje, lleno de hermosos pasajes. En política fue también un rebelde. Se levantó contra la tiranía, contra los abusos de la realeza. Peleó por la dignidad humana y la libertad de conciencia. Quería la redención de su pueblo. Valor inaudito para irse contra los prejuicios y las preocupaciones de la época. Sobre las ruinas de los caducos pensamientos, procuró construir un estado político que abominase la tiranía. No sólo fue el demoleedor atacado ferozmente por sus enemigos, sino el constructor de alma gigante.

* * *

No es virtud cristiana la desconfianza absoluta que sólo ve en el prójimo su fragilidad, sin detenerse a considerar los méritos intrínsecos. De la moneda quieren contemplar el empañado reverso y reírse de él, sin examinar que el anverso es pulido y ostenta algunos valores. Reverenciar la pulcritud y decencia en los demás, acredita

sano corazón. No hemos de afilar la sospecha cual si fuera agudo dardo para lanzarlo contra todos, con ánimo implacable, hostil, que nada disimula ni perdona. La generosidad de espíritu halle en los actos del extraño siquiera un vestigio de bondad que le predisponga en su favor, antes de lanzarse ciegamente a acometerle.

Una faz dolorosa del carácter nacional, que ofuscado por las pasiones de círculo o de partido nada de regular encuentra en el adversario, sería la verdad que encierra esta amarga frase: «Tenemos muchos ecuatorianos tanta educación como para odiarnos los unos a los otros; no tenemos la cecaria para respetarnos mutuamente.»

Vivimos de inculpaciones, entonando la eterna canción de la queja contra gobernantes y gobernados, sin que nada sea capaz de arrancarnos un aplauso honrado.

¿Por ventura no es imperativo mandato de la justicia confesar los merecimientos ajenos, cuando están a la vista como los lampos del sol meridiano?

No ha de ser la noche pavorosa, la de los desencantos y las acusaciones la que cubre a los mortales. Alguna vez también despunta la aurora y la luz irradia.

Si el espíritu sectario, sin un adarme de sinceridad, porfiada, sistemáticamente, mira a través de su resentimiento, de su marcada prevención y de su negro pesimismo, cuanto acontece en la república, nunca la corrección sana, la amigable enmienda sugerida, han de enderezar

los errores humanos. Al enemigo gratuito, le parecerá el país un vasto cementerio en el que sólo trabajan aniquiladoramente los gusanos, un campo de desolación la patria que se empeña en su perfeccionamiento.

¿No podría hallarse aspecto menos sombrío en los hombres y los hechos? ¿No podría distinguirse un extremo apreciable, un margen incontaminado, una arista de bondad en las cosas, condenadas tan inexorablemente?

Si todo, diariamente, es malo; si todo es reprochable, digno de general ludibrio, ¿dónde se ocultan los implacables, los que no inclinarían avergonzados la cabeza cuando el maestro severamente les dijera: arrojad la primera piedra, ¡oh! vosotros sin mácula?

¿A dónde vamos a parar por el tortuoso despeñadero, sin que nadie, en vez de extendernos la mano piadosamente, sólo nos empuje con barbarie?

* * *

Labor intelectual que fatiga, que abrumba, la que destinan a la escuela quienes se preocupan del porvenir de los niños. La siembra que efectuaron en sus mentes promete excelente cosecha, si el alumno, dócil a las insinuaciones del maestro, sigue la ruta que le lleva al perfeccionamiento espiritual.

¡Ruta de la escuela que marca las jornadas para el gran viaje de la vida! Los que educan y construyen han cimentado la nacionalidad, han forjado una patria libre. Si se ha de atender al desarrollo físico, cuidando de la parte animal del niño, se ha de vigilar también por el vuelo del espíritu.

La sociedad ha de cooperar a que aparezca en primer plano, en el preferido, toda faena que tienda a ennoblecir la mente, toda labor intelectual, que atesora ideales y suministra alas al cuerpo para que se desprenda de la mísera tierra.

Poco respeto consagra el siglo a los esfuerzos de la inteligencia. Priman los de la fuerza. Tímidamente, la humanidad se arrodilla ante la pujanza de los puños o la habilidad de los pies. Dan la vuelta al mundo, cargados de honores y dinero, los héroes de la trompada o del puntapié, en tanto que pasan inadvertidos, en el rincón de sus gabinetes y bibliotecas, tantos sabios que se quemaron las pestañas por proporcionar a los habitantes de la mísera tierra un puñado de ideales o de positivos beneficios. Se diría que la trivialidad se ha levantado, autolátricamente, altares.

El sentido moral va corrompiéndose cada día. Toca a los buenos, a los que trabajan con el cerebro, empeñar infatigable campaña por la reconquista de los prístinos valores que volvieron inmortal a Grecia y que hicie-

ron a Roma: la señora del buen gusto, con los Virgilio y Horacios, reverenciados todavía por un cenáculo de eruditos que adoraron a la belleza y sienten la fruición santa del deleite espiritual. Corresponde a los escritores conducir a las multitudes hacia el templo del saber, para que dejen de parecerse a un rebaño manejado por el pujilismo.

Difficil es la misión del escritor, cuando se propone rectificar las corrientes de la inconsciencia, apartándose de los vulgares pensamientos.

Quizá la falta de lectura provechosa, la ausencia de excelentes libros, que deben ser los atalayas del hogar, precipitan a no pocos jóvenes por el despeñadero de la frivolidad, borrando de sus mentes el mínimo aprecio por el talento.

No somos enemigos de las horas frívolas que endulzan la vida; pero han de alternar con los minutos consagrados al estudio y a la meditación. Y, sobre todo, se ha de acatar y respetar el trabajo de los escritores, su existencia de privaciones y desvelos. Sírvales siquiera de consuelo las sublimes palabras del venerable Clemenceau: «El campesino, dice, fecunda el suelo, el obrero trabaja la herramienta, el sabio se abisma en sus cálculos, el filósofo sueña. Los hombres se debaten en dolorosos choques por la vida, la ambición, la fortuna o la gloria. Pero, el pensador solitario que escribe inagitado,

fija su destino. El es quien despierta en los hombres los pensamientos preñados de ideas, de las que viven y las que se esfuerzan en formar realidades. El es quien, con sus fórmulas obsesionantes, los empuja a la acción, a las grandes reparaciones de equidad, de justicia, de verdad. El es quien sabe encantarlos con la voz de la esperanza siempre joven, y cuyo reclamo embriagador arrastra hacia la vida. Es el quien los consuela, los rehace y, curando sus heridas, lleva al vencido a ser el vencedor de mañana. Abre los corazones, penetra en las profundidades de la vida misteriosa, y revela al hombre, y verdaderamente lo crea en su conciencia y en su voluntad»

¿Qué recibe en recompensa? Muchas veces la censura acerba, la burla despiadada, la conspiración del silencio, y alguna vez el aplauso....póstumo. Cuando ya no puede hacer sombra, caen en la cuenta de que el que yace bajo tierra tuvo magnífico talento. Tristes consagraciones al que en vida martirizaron. La gloria es efímera y tardía.

* * *

De la nada se han levantado muchas veces quienes se sintieron con vocación de mentores de los niños. Salidos de algún rincón modesto, ascendieron a la cúspide docente, a reflejar su saber y sus virtudes.

Célebre educador que en su patria fue ministro de instrucción pública, el Dr. Antonio Sagarna, al presentarse a dictar hermosa conferencia en el «Centro Gallego» de Montevideo, dio a conocer modestamente su hoja de servicios en esta forma:

«Soy un maestro argentino y un obrero argentino; hijo de obreros que conocieron las facnas dignas y fecundas en todas sus manifestaciones. Ninguno de los atributos del trabajo me son desconocidos: el hacha, el serrucho, la pala, el escoplo, la podadera, en fin, todas las manifestaciones de la actividad que han sido y que han elevado el nivel del progreso, de la cultura y del prestigio de esta civilización hispano—americana del Río de la Plata, me son conocidas desde las horas iniciales de la vida»

Hermosa autobiografía que recuerda la de ese otro ilustre artista ambateño que también fue «desde peón hasta Ministro de Instrucción Pública», según su bella expresión: Luis Martínez. Sagarna, que ha derramado luces en la escuela primaria, normal, secundaria, superior y en la extensión universitaria, medita que todavía le queda por saldar la deuda contraída con la sociedad. «Yo no sé, dice, si por un subconsciente imperativo interior o por oído y acatamiento reflexivo a ese llamado que ya otras veces recordé, y que se halla repetido en labios del magnífico Fromment: «Hay que devolver»; es decir, devolver a la sociedad lo que la sociedad nos dió

para hacernos algunas cosas útiles, para darnos algún valor de eficiencia «en el mundo»; yo no sé por qué motivo, pero el hecho es que he sido, al par que un obrero, un maestro de todas las lides...»

La patria americana crecería en cultura y bienestar, si sus hijos, todos los obreros, devolviesen con liberalidad lo que de ella recibieron, entregándola, con la herramienta, con la pluma, con el libro, con el brazo infatigable, el oro material que nos anticipó, abrillantado con los diamantes de nuestro corazón y de nuestro intelecto.

Si todos los americanos se acordasen de la restitución sagrada, ahorráramos lágrimas, vergüenzas, ingratitudes y bastardas ambiciones.

FIRPO Y LA GRANDEZA NACIONAL

La fuerza educativa moderna tiende a que el individuo elabore, con plena conciencia de sí mismo, los conocimientos. Así el propio esfuerzo viene a ser la palanca arquimédica que levanta mundos de sabiduría.

Quien raciocina, se da cuenta de su actividad mental. Por esto, por boca del filósofo griego Aristóteles,

habló la experiencia, cuando sostuvo que el hombre no puede expresar que ha aprendido sino lo que es fruto de su elaboración.

Este es el desarrollo intelectual, tal la íntima convicción de los actos espirituales, el poder de las investigaciones, el anhelo de mejoramiento, lo mismo para el ciudadano, que para la nación que le dio patria. Quien así no obra, está embotellando su mentalidad, está escarneciendo el principio de la educación moderna.

Ya no se mata con el *magister dixit* la curiosidad juvenil, porque a todo el que reflexiona y objeta hay derecho a sacarle de dudas, prendiendo la luz de la verdad en su alma. De lo contrario, prevalecería lo mecánico, lo brutal. Proclamaríamos el reinado de la irracionalidad.

Contra tal concepto popular, se encara virilmente el joven escritor argentino Atilio García Mellid, saliendo por los fueros de la inteligencia y del ideal; por la hegemonía bella y anímica de una raza inteligente.

El pueblo que convirtiese en sus ídolos, a tipos como Firpo, sería un pueblo bárbaro, porque, en vez de humanizarse, emulara y compitiera con la bestia.

García Mellid, al palpar que la Argentina se enloquecía con Firpo, vuelve sus miradas a Grecia.

«Mirando a esa Grecia enorme, dice, siempre perpetua y siempre renovada; atisbando ese cetro lumino-

so que surge del tropel de los siglos como una costa eterna; contemplando esa maravillosa Mujer toda poesía, cuyo índice marca una ruta a la civilización de todos los tiempos, yo he pensado que sería muy triste el porvenir de aquellos pueblos que no sepan imitarla en su admirable florecimiento de ideales superiores. Y he pensado, también, en la Cartago grave y sórdida que se perdió en la Historia, bajo el peso de su propio materialismo y su rudeza, y el dolor de pensar en una Argentina así, me ha doblegado, moviéndome a estas páginas, que son nuncios de amplios horizontes, llamamiento piadoso y enternecido. formulado a los buenos corazones».

Tal es el móvil de su libro «*Firpo y la Grandeza Nacional*», ensayo de psicología de las multitudes.

Nos cuenta en él que sólo «La Prensa» de Buenos Aires tuvo la franca valentía de combatir el fanatismo del populacho adorador de Firpo, convertido, de la noche a la mañana, gracias a la fuerza bruta, en «hombre símbolo». Sufrió la hostilidad ruidosa de la muchedumbre, la que se agolpó a protestar frente a las puertas del gran diario, bandera de cultura.

Siempre será más honroso coronar al talento que aplaudir a la bestialidad.

No somos enemigos de los deportes, del cultivo de la agilidad, del desarrollo del músculo, del ejercicio que da fuerza y salud; pero todo tiene sus límites.

Partidarios del deporte, no nos mostramos airados ni desdeñosos contra los frutos delicados de la mente.

Y tratándose de distintivos nacionales, preferimos el laurel para el poeta, antes que los escapularios, escarapelas y botones conmemorativos con el retrato de cualquier Firpo.

De igual modo se expresa García Mellid:

«Nosotros no desdeñamos a las viriles manifestaciones de la cultura física, pero desdeñamos a la fuerza bruta».

Benditos sean la salud, las luchas por la higiene, la santa alegría, los ensayos y juegos deportivos que vigorizan nuestro cerebro y equilibran—cuando no las vencen—a nuestras pasiones.

¿Qué mejor victoria que la que multiplique la fortaleza de los ciudadanos? Pero los deportes deben ser desinteresados. Dignos de estímulo, sí; pero no fuentes de explotación sangrienta.

Es apostasía llamar deporte al box, agrega el juvenil autor argentino, "cuando en los tablados en que esta clase de *matches* se realizan, no hay otra cosa que dos hombres a quienes se azuza como a bestias; dos hombres entregados al pleno dominio de sus instintos, dos hombres que se golpean y se hieren, que rugen y se odian".

Por tales motivos, no mira como un triunfo pa-

ra la grandeza argentina los puños de Firpo, quizá herencia gauchesca.

Es morboso, según el educador Senet, poner sobre los cuernos de la luna a un Botafogo; "simple bruto, privilegiado por la naturaleza".

Que las naciones se eternicen en el profundo recuerdo de la historia y se eleven por el arte, son los votos de Garofa Mellid. Su obra termina así, en frase que la América no debiera olvidar:

"Luis Angel Firpo— musculoso, enhiesto y terrible—es grande y magnífico en el escenario de sus luchas, pero ni su vigoroso cuerpo, ni su puño formidable, ni sus victorias, ni sus campeonatos, valen lo que vale una idea buena, un cerebro luminoso, un ideal de belleza o un simple corazón".

EL MAESTRO

El educador de la juventud, nuevo Alejandro que recorre, no sólo dilatadas esferas de la inteligencia, sino también campos intrincados, abismos del corazón, sea hombre sabio, franco y fuerte; conserve el frescor, el atractivo y la energía juveniles; ame y propague la be-

lleza; corte de un tajo, con la espada de la disciplina, los nudos gordianos del vicio y de las malas inclinaciones; conquiste almas y voluntades. Vigoroso guerrero de la civilización, no manchado con sangre ni vestido de piel de zorra, no estratégico ni enigmático cual Cagliostro, sino leal y prudente, comprensible y hábil, verídico y desemboscado, el luchador que se pone al frente de la juventud, es caudillo de nobleza, de simpatía y de ciencia pedagógica, colonizador que propaga entre las nuevas generaciones la hegemonía del espíritu, el reinado del ideal hermoso.

El héroe griego Timoleón, que cortó la abominable carrera del tirano Timófanés, no pudo, a pesar del aplauso de sus contemporáneos, sobrevivir a la deshonra de sentirse homicida. ¿Qué pensar de los corruptores y asesinos de las almas, mucho más criminales que de los cuerpos? El crimen es crimen, por más que se le disfrace, para pasearlo del un confín al otro del mundo racional; pero cegar almas juveniles, ponerlas al borde fatal del precipicio, es inaudito, monstruoso. Si el que mató, creyendo ser abnegado tiranicida, fue simplemente un criminal, ¿qué no lo será quien juega con el destino de la juventud? Sobre el remordimiento que el malvado lleva en el pecho, cárguese la maldición de la sociedad, que está llamando Judas al de doblez, al hipócrita, al triste reo.

Judas no podría regentar un plantel de educación, introducirse en el cenáculo de la adolescencia.

¿Os reis? Meditad en la enorme responsabilidad de cargo tan delicado, que el Maestro de los maestros, llenó de dulces, sacras seducciones, cuando dijo: "Dejad que los niños vengan a mí".

Dirigir a la juventud, que es ternura, que es nobleza y que es amor, no es oficio de filósofos ruines, sino de espíritus serenos, como el de Sócrates, que vislumbró la gloria en su tranquilidad, sublime agonía.

Por sabio que fuese, jamás instruyera, y, lo que es más, educara a la juventud el descarriado científico que reimpaguease de ira, el que, consumido por el odio y la venganza, engolosinase sus fauces ante la víctima inocente. A Plutarco se le considera como maestro de la juventud ¡y qué maestro! Aristóteles lo fue de un genio que civilizó y conquistó humanamente, difundiendo la belleza helénica entre la barbarie, para iluminar el orbe. El pitagórico Mysis lo fue del ilustre Epaminonda que, según Montaigne, es superior a Homero y Alejandro el Grande: porque «ser el primer hombre de la Grecia es ser fácilmente el primer hombre del mundo».

FIGURAS EDUCADORAS

Este siglo, no obstante el brillo del anterior con la avanzada obra de Rousseau, es considerado como el de la pedagogía, dados los progresos del psicoanálisis, la búsqueda de los antecedentes del niño y la prolijidad en la dirección de las almas. Se quiere, por los deportes, que la niñez desarrolle sana. En un buen organismo, como en la tierra apta, caben los cultivos morales.

Las leyes eugenéticas privan, porque crece el anhelo de que las generaciones sean robustas, plenas de salud, que es base de adelantos éticos. Están de moda las investigaciones freudianas. Llama la atención la piadosa mirada a retardados y anormales, la pedagogía especial.

Los problemas de la enseñanza pública crecen cada día. Se habla de los centros de interés y de la escuela activa del trabajo, que agitan la mente del niño. Se tiende a elevar el concepto del maestro y a intensificar sus actividades y talento, de modo que se transforme en un psicólogo que respeta a la fisiología.

“Las únicas jerarquías legítimas en el magisterio, lo dijo el insigne profesor José Ingenieros, son las que nacen de la mayor capacidad: nadie puede juzgarlas mejor que los mismos maestros y, desde cierta edad, los alumnos. Toda jerarquía escolar, técnica y universitaria, debe surgir del voto de los interesados en la función de la enseñanza: no es moral que maestros competentes trabajen subordinados a funcionarios incompetentes. La enseñanza, en todas sus etapas y formas, sería coordinada por organismos federativos regionales, compuestos por representantes de todas las instituciones que cooperen a la educación pública.

“La libertad de la docencia y del aprendizaje elevarán el nivel de los estudios, por simple selección natural. Interesa a la sociedad el desenvolvimiento del mayor número de aptitudes y de vocaciones; ella se reservará, solamente, el contralor de la competencia para el ejercicio de las profesiones que podrían ser peligrosas sin una capacidad técnica suficientemente demostrada.

“En cada género especial de enseñanza, nadie mejor que el mismo maestro para establecer las condiciones y los métodos más eficaces. El contralor indirecto del Estado debe ser completado por el de las madres y padres, mientras los educandos son niños; pero a medida que los alumnos avancen en edad y en estudio, deben intervenir ellos mismos en la organización escolar, tomando una

ingerencia administrativa y técnica que vaya en aumento desde los tramos elementales a los superiores.

“Deben ser rigurosamente excluidas de la dirección educacional todas las influencias políticas y dogmáticas. Las primeras, corrompen la moral de los educandos y rebajan el nivel de la enseñanza; las segundas, conspiran contra la libertad de pensar y tienden a invadir el fuero de la conciencia individual.

“En la antigüedad, los maestros eran esclavos: más tarde fueron siervos; hoy son asalariados. El porvenir dignificará cada vez más su situación, asegurándoles, sin limitaciones, el bienestar material que necesitan, elevando su rango civil hasta la altura de sus funciones y dándoles autoridad moral que hará más eficaz su esfuerzo. No conviene a la sociedad que ganapanes pesimistas se resignen a soportar niños sin amarlos; sólo serán maestros los que puedan cumplir vocacionalmente una tarea que es, de todas, la más honrosa”.

Semejantes ideas pedagógicas fueron moneda corriente en 1927, cuando circulaba el fervor de rendir cariñoso homenaje —colosal por su significación— a Juan Enrique Pestalozzi, en el primer centenario de su muerte.

Si se medita en que este amable sabio luchó, con moderación y constancia, hasta conseguir que el niño fuese moralmente mejor, a fin de que el futuro hombre siguiera con sólida base para las actividades sociales, la fi-

gura del educador, bendecida por las generaciones, se ha de alzar cada día a gigantesca altura.

Fue el inventor de un resorte máximo, enorme, sorprendente: el método de conducir a la infancia, de sacar partido de sus tendencias, de pulir sus sentimientos, de acerar los muelles de su voluntad, atacando la abulia.

El humilde maestro de Zurich se desvió por obtener que fuesen favorables en la escuela, con miras al hogar, las condiciones de salud de los niños. Quería que las reservas físicas fuesen inagotables. Acaso por su debilidad ingénita— personal lección— propendió a que se viera en los demás la hermosa robustez, la salud perfecta. Enfermizo él, tendía a que los demás fuesen sanos. Las tristezas del huérfano guardaba en el interior de su alma, brindando a los demás sólo alegría y amabilidad cautivantes. Se dijera que había en él ternuras de mujer, acaso de la buena madre que formó su delicado espíritu.

Pestalozzi se dolió sinceramente de los que sufren, porque también sufrió mucho. Su ferviente patriotismo soñaba con la regeneración de su patria por medio de la santidad de la escuela. Buscó un corazón que le comprendiese para amarlo: se unió en matrimonio a la inteligente Ana Schulthers, de superior cultura, insigne lectora de Rousseau, que procuró siempre superarse y fue ajena a la más tenue sombra de indignidad. La devoción al maestro que trazó normas a *Emilio*, le inclinó a po-

ner el nombre de Juan Jacobo a su pequeñuelo, que sería educado en la escuela del trabajo que en la aldea de Neuuhof fundara para los niños sin fortuna.

Pestalozzi columbró lo que, a través de las edades, serían los establecimientos de afición a las tareas individuales, sobre todo a las que aproximan a la naturaleza y fructifican los campos.

No aspiró a las grandezas humanas; no se ensoberbeció; nada pidió ni jamás invocó al ocio. Su alma torturada, víctima del insulto y la calumnia, vivió, pobremente, en infatigable apostolado, para procurarse el bien de los niños. Las tentaciones de *exhibicionismo* y la teatralería no perturbaron su conciencia, recta, diáfana. Nada ambicionó para sí, y mucho para los demás.

¡Filosófica enseñanza hasta la muerte! Su olvidada tumba careció de mausoleo. ¿Para qué las artísticas lápidas marmóreas, fruto inútil de la vanidosa fastuosidad de las necrópolis? ¿Para qué los presuntuosos monumentos funerarios? No quería nada que atestiguase su misión grandiosa ni que llamara la curiosa atención de los frívolos visitantes.

Humildes flores, encendidas rosas— símbolo de la gratitud—(¿qué otro monumento mejor?) crecieron sobre los restos del pedagogo sin mancha, que ha legado al mundo tan pasmosa y ubérrima lección de desprendimiento.

Trabajó callada, obscuramente, gozando en su interior de la felicidad de los pequeñuelos, a los que daba el pan material, junto con el alimento del espíritu y el intelectualivo.

¡Fue un verdadero maestro, y este único calificativo es su impercedera gloria!

DR. GUSTAVO LE BON

Dos colosos del mundo se eclipsaron a fines de 1931, dejando sus lampos de sol para alumbrar el camino de la humanidad: Edison, el inventor inagotable y Le Bon, el médico, psicólogo, etnógrafo, físico y arqueólogo francés. Cimas blancas, ancianos augustos que permanecieron enhiestos como el Chimborazo, se inclinaban al siglo: ochenta y cinco años Edison: noventa Gustavo Le Bon. Ninguno de los amantes de la ciencia habrá dejado de ojear alguna producción intelectual del sabio que tuvo por cuna Nogent - le - Rotrou. Muy joven se graduó en medicina. Apasionado por la fisiología, química y física, convirtió el laboratorio en un templo en el que diariamente desentrañaba los misterios de la existencia. No contento con lo que la observación personal le suminis-

traba en el silencio de su gabinete, fue por las antípodas del globo, a estudiar otros países y entrar en el alma de exóticos pueblos. Las páginas que trajo a Europa acerca de los arcanos de la India, de su arte, de sus pagodas gigantes son maravillosas. Se destaca la patria del apóstol Gandhi, rey de más de trescientos millones de súbditos espirituales que, en medio de su sencilla desnudez, sin protocolos ni etiquetas, fue hace poco recibido por el Rey de Inglaterra y en la Ciudad Eterna atrajo las respetuosas miradas de la princesa María, hija menor del Rey de Italia, mientras en Roma el apóstol indio oraba en su alojamiento.

Como, en 1884, el gobierno francés le comisionó estudiara los monumentos arquitectónicos búdicos, Le Bon nos ha revelado las grandezas de su civilización, plasmadas en el granito y en el bosque de columnas que se elevan hasta el cielo. ¡Qué arsenal de erudición fue recogiendo bajo otros horizontes, cual si reviviese, no sólo la vieja sabiduría de los faraones, sino la helénica! Lo mismo en Italia que en España, lo mismo en Inglaterra que en Polonia, en Marruecos, en Palestina y Egipto su afán por la ciencia arrancó tesoros de examen a esas lejanas comarcas y a los más remotos pueblos. Ardiente su inquisición de las primeras civilizaciones orientales. Vibrando están sus ensayos de orden político, moral y psicológico en aquellos armoniosos volúmenes como *La Psicolo-*

gía de las multitudes, Las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos, La psicología del socialismo, La psicología política, La psicología de los tiempos nuevos, La muerte aparente, La psicología de la generación, el Viaje a los montes Tatras, Viaje al Nepa, etc.

Profesores y maestros no podrán olvidar su "Psicología de la Educación", que tan profusas ediciones alcanzó, inclusive la rusa, vertida de orden del Presidente de la Academia de Ciencias.

Tocóle presenciar épocas terribles en la historia de su patria a la que tanto amó, como la guerra del 70, que le sorprendiera en plena juventud, a los 29 años, y la europea de 1914. Fecundas deducciones le suministraron los trágicos acontecimientos. Ellos le enseñaron la higiene práctica del soldado y de los heridos, y más tarde, en «Incertidumbres de nuestros días», ensayo dedicado al ilustre Aristides Briand, las perturbaciones políticas y materiales creadas por la guerra, lo que ésta entraña de espantable, las tristes consecuencias de las revoluciones, la lección del desarme y las modernas formas despóticas, como el extremismo, socialismo y comunismo. Además, en su obra «Ayer y Mañana», consigna, no solamente los pensamientos sugeridos por el tétrico espectáculo de la guerra y las posibilidades futuras a que ésta dará origen, sino también las sugerencias de la ciencia, la gran consolatrix, la ciencia pura que «elabora las leyes soberanas

que orientan los mundos hacia sus fines misteriosos». Rumor de batallas se oirá, lo mismo que alabanzas al valor y elegías a lo imprevisible de la historia.

A través de la evolución de las civilizaciones, no se cansó en demostrar cómo han cambiado los dioses en la historia, desde lo más antiguo, en una teoría interminable. Aventurándose a la visión profética del mundo, preocupase del fundamento racional de sus creencias, tan apartadas del misticismo.

De antigua familia borgoña y bretona, conservó, según han observado sus biógrafos y recuerda Pedro M. González Quijano, traductor al español de las «Opiniones y las Creencias», del bretón, la mentalidad y el carácter: tenaz, discutiador, lógico, taciturno y amigo de la soledad y de la meditación, individualista empedernido». En la génesis y desenvolvimiento de esta obra, trata de los ciclos de la ciencia y de la creencia, de los caminos para el estudio de la Psicología, sin omitir aquellos dos grandes resortes de la actividad de los seres: el placer y el dolor. Considera las diversas formas de la lógica: la biológica, afectiva, colectiva, mística e intelectual, junto con los conflictos que presentan estos diversos aspectos y de la manera cómo van propagándose opiniones y creencias. Metódicamente demostró cómo nos guían tres órdenes de verdades, a saber: afectivas, místicas y racionales. Su colorario fue que la credulidad no tiene límites.

Siguió las espirales de la materia, como las del humo del tabaco. También analizó la marcha de las fuerzas y el vuelo de las ondas hertzianas. «Luz Negra» destella con sus primeros trabajos sobre Física, que culminan en sus investigaciones de la radioactividad, comprobada en las sales de uranio y en los compuestos de radio. Es digna de consideración su teoría sobre el nacimiento y muerte de los mundos que ha revolucionado el viejo apotegma de que la materia, “inmortal como la gloria, cambia de forma; pero nunca muere”, según dijo bella y erróneamente el poeta.

Sus doctrinas filosóficas han sido muy combatidas, y más cuando afirmó que “la razón crea la ciencia y que los sentimientos guían la historia”.

En “El desequilibrio del mundo” va en pos de las nuevas formas del ideal. Afirma que, palpando la actual fisonomía del planeta, se ven dos fases: la de la ciencia y sus aplicaciones, y la tenebrosa de la vida política y social. Interroga acerca del papel que un día tocará representar a la razón en la jornada de la historia. Insiste en la influencia preponderante del ideal en la vida de los pueblos. Pesando va con mano serena el desequilibrio político, social, financiero y económico del mundo.

Buscando estuvo las bases científicas de una filosofía de la historia, en el trabajo que consagró a Alberto Delateur. Se empeñó en hacer resaltar la importancia ac-

tual del factor económico en los acontecimientos de la humanidad. Otras visiones de las cosas devienen como causas y efectos en el nuevo miraje de la vida, como el de la velocidad que se observa hoy en todo: en la tierra y en el viaje por los aires. Había que añadir también, para explicar muchos fenómenos, la profunda inconsciencia de los pueblos. Aumentan los errores las generalizaciones históricas, que resultan inexactas. Un ejemplo claro: por mucho tiempo se le tuvo a Luis XIII como espíritu débil, fácilmente dominado por Richelieu, hasta que se publicaron las cartas del rey. La opinión pública es poderosa arma moderna en las apreciaciones de la historia.

Atribuye a la superioridad de los métodos de enseñanza la preponderancia de los pueblos, como el japonés, que en 1902 aniquiló a la gran flota rusa, como Alemania tan orgullosa por largas décadas. "La elección de un sistema educativo es mucho más importante para un pueblo que la elección de su Gobierno", solía repetir, firme en la idea de que los individuos valen por la educación que recibieron.

Confirma lo enunciado, el episodio de Teodoro Roosevelt que afirmara al Dr. Le Bon que jamás dejó de leer un libro, que tuvo siempre sobre su mesa durante la presidencia del vigoroso yanqui: "Las leyes psicológicas de la evolución de los pueblos". El sabio francés recuerda la amarga sentencia de Ribot: "Nuestro sis-

tema de educación es en cierto modo el responsable de los males de la sociedad francesa”.

Proclamó, como en su patria Ibsen, que el hombre solo, el que no pertenece a cenáculos ni grupos, se acerca más al santo goce de la libertad. Solitario recibe las tormentas; pero le asiste el orgullo de su soledad, que no ha menester de muletas ni puntales para auparse. Aunque con positivo trabajo, sube al fin por la escala de sus propios merecimientos. No vive, como en milagro simbiótico, por la virtud de los otros.

Estatuas y bronceos monumentos pueden ser derribados por la furia de la naturaleza, inclusive por el odio popular; pero difícilmente perecerán en su totalidad los cuarenta libros, traducidos a las principales lenguas cultas, de Gustavo Le Bon.

LA VIDA DE UN EDUCADOR

Pocas vidas tan educadoras y pintorescas como la del sabio—aquí la palabra es auténtica—Santiago Ramón y Cajal. Saludables lecciones de pedagogía se desprenden a raudales de los hechos que narra. Educan el carácter y enseñan a sacar definitivos triunfos, aun del fracaso, los episodios que expone sencillamente, con la sinceridad

de un niño y la profundidad de un maestro.

En ciertas clases de literatura del colegio nacional "Mejía", de Quito, se indujo, en otro tiempo, a los jóvenes a estudiar los "Recuerdos de mi vida" de S. Ramón y Cajal, que eran leídos en el aula.

¡Amenísimos y docentes al par, sugestivos siempre para los muchachos, los capítulos de la primera parte en que el niño español ensaya algunos oficios y lleva a cabo no pocas travesuras! Allí la humilde escuelita de Valpalmas; allí también las riñas con los chicuelos, el hábil manejo de la honda, el paso del muchacho inquieto por la barbería, zapatería y más humildes menesteres.

No en vano se dijo que su primer libro fue el que ponderaba la "estrategia lapidaria", al explicar el manejo de aquella violenta arma arrojadiza que parece dotar de alas a las piedras.

Se ha repetido que las obras de Homero obedecen a dos momentos distintos de su vida: la Ilíada, propia de la juventud; la Odisea, de la ancianidad. Lo mismo acontece con "Recuerdos de mi vida". El primer tomo brota en la época de la virilidad del hombre bien formado; el segundo, en la vejez, que medita y se adoctrina. Surge en días amargos: los de la guerra europea.

"Las cosas que a la triunfante luz del medio día parecían doradas, se empalidecen, cuando no se tiñen del color complementario, a la claror azulada del ocaso, ob-

serva. Con todo esto, he tratado de defenderme contra esa invasión crítica, tan común en los viejos, de la cual constituye síntoma grave el consabido *laudator temporis acti*"

Aragoneses y navarros se disputan la gloria del paisanaje del creador de la Histología española. Nació en el ángulo, en el punto limítrofe, en el modesto pueblecito de Petilla de Aragón, aldea navarra, el primero de mayo de 1852.

Sus inclinaciones de afecto, según él mismo ha confesado, fueron por Huesca. Pasado el tumulto de sus días infantiles, reveladores de genio y de fuerte carácter, luego le absorbe el estudio. Los libros son su mejor patrimonio. En Zaragoza se perfecciona en Anatomía y en Embriología. De mucho le sirve el ejemplo de su padre, que era médico.

Sobreponiéndose al medio ambiente, en breve llega a triunfar en la cátedra de Anatomía descriptiva, en la Universidad de Valencia.

Algo tarda en abrirse la ruta de Europa su ciencia; pero por fin triunfan en Alemania sus experimentaciones, el detenido análisis del cerebro. Colabora en grandes revistas extranjeras y se nombra con notabilidades, si bien dudan algunos de los avances del sabio español. Lo tangible les convence.

Le vemos difundiendo sus doctrinas en Barcelona,

desde la cátedra de Histología. Para borrar las desconfianzas de sus eminentes colegas de otras naciones, se presenta ante la "Sociedad anatómica alemana" y exhibe sus trabajos. Como él lo expresa, su público estaba en el extranjero, regado en algunas universidades alemanas, francesas, italianas, inglesas y escandinavas.

Mucho se aflige al comprobar, íntimamente, que la mayoría de los histólogos modernos ni siquiera le habían leído. Se consagra a la obra de difusión, vertiendo al francés sus faenas experimentales y publicándolas en revistas alemanas. Trata de mostrar a los sabios sus operaciones.

Objetivamente se conquista adeptos. Por sus propios ojos pueden ver cuánto sabía el que de la Península Ibérica había llegado. "Les chocaba sin duda—anota—encontrar un español aficionado a la ciencia y espontáneamente metido en las andanzas de la investigación".

Consiguen sus producciones interesar a His, Schwalbe, Retzius, Waldeyer, Kollisker y otras eminencias. Cariñosamente murmura a Ramón y Cajal el venerable patriarca de la Histología alemana:—"Le he *descubierto* a usted, y deseo divulgar en Alemania mi *descubrimiento*".

Copiosa, abrumadora tarea la que el ilustre histólogo español legara a su patria: más de doscientas publicaciones científicas, entre libros, monografías, folletos.

Además vive su doctrina en abundantes obras de sus discípulos a quienes inspiró. Palparon sus descubrimientos, y se sirvieron del laboratorio del maestro. Bastaría citar a Pedro Ramón y Cajal, Claudio Sala Pons, Tell o Lafora, Achúcarro, Rfo Horteiga, Ramón Fañanas, etc.

No fue ajeno a la literatura recreativa y novelesca. Sin contar los maravillosos recuerdos de su fecunda vida, se citan sus "Cuentos de Vacaciones" y "El Quijote y el Quijotismo".

Familiar era el nombre del gigante en las más grandes academias y centros científicos. Su pasión, la naturaleza, el enorme libro para los que con devoción lo examinan. Su especialidad, la admirable máquina del cerebro.

Palmas y glorias llovieron sobre la cabeza blanca del maestro; pero también conoció las amarguras de la emulación y envidia.

No sólo la materia fue su campo de acción: lo fue también el alma. Estuvo pacientemente formando honrosa legión de discípulos que siguen la luminosa vía. Le cupo la satisfacción radiosa de haber demostrado, con la elocuencia de los hechos, "la aptitud de la gente hispana para la investigación científica".

Y esta acción positiva es quizá su presea más pura y su triunfo más resonante.

UN MAESTRO DE EDUCACION CIVICA

El hombre de ciencia y fecundo escritor salvadoreño doctor David J. Guzmán, miembro que fue de la Facultad de Medicina de París, prestó positivos servicios a su patria. Inventor de un "Nuevo método para leer y declamar corrientemente", realizó con él meritoria cultura social.

En su larga experiencia de cátedra, como profesor de oratoria, procuró cimentar los principios incommovibles del período oral sobre bases anatómico - fisiológicas y de fonología gráfica, sacando partido, sobre todo, de las inflexiones de la voz, que dan más énfasis y valorización al verbo; más colorido al tema; eficacia al asunto; propiedad al argumento.

Se ha discutido si la elocuencia es gracioso y envidiable dón de la naturaleza, o si llega a adquirirse en la escuela de los diarios ejercicios. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el orador necesita reglamentar su elo-

cuencia, volverla artística, acentuarla más con el gesto, el ademán y el sonido. El papel fonético es fundamental: la música de las oraciones cautiva, sobre todo cuando el tono, la eufonía, los dotan de más realce, con los matices de la buena pronunciación y la sinceridad que se transparenta en las distintas armonías que brotan de los labios al calor de las pasiones. Para infundir emoción, se requiere antes sentirla, según Horacio.

El doctor Guzmán, con mucha razón, recordaba que el gran orador Demóstenes respondía siempre a los que le inquirían sobre el secreto de la elocuencia, que la primera regla era la pronunciación, «base capital, desde entonces, de la elocuencia antigua y moderna. En efecto, agrega, el que realmente está poseído de la materia que expone, si sabe sentir, abarcará con la palabra todos los tonos de la escala, pues la voz, dócil ejecutante del pensamiento, se alza o se baja, es lenta o rápida, suave o profunda, según los efectos que animen al orador, y que siempre nacen del corazón».

Además de la psicología fonética que en los distintos pasajes de su discurso intensifica el orador para ponerse en contacto con las multitudes y sugestionarlas, es indispensable que el torrente de la voz no desmaye ni se vuelva antipático. Voces atipladas, chillonas, desapacibles, ásperas, roncadas, producen pésimo efecto y previenen en contra del más fecundo retórico que transparenta sus

floridas imágenes.

Es indispensable, desde la escuela, el cultivo de la voz humana. De aquí que los ejercicios de solfeo y canto resultan muy provechosos. El hombre, animal de relación, cautiva con la voz, tan poderosa para abrir las puertas del corazón. Ni cátedra, ni oratoria, ni comercio, ni simpatía social son posibles sin la fonética. La mudéz, las voces átonas, aislan a nuestros semejantes, porque ningún lenguaje es más obvio que el de los sonidos.

Por esto, bellamente el Dr. Guzmán demuestra que «la declamación es una necesidad política y social en todo país de instituciones libres.»

La simple conversación,—oratoria menor, llamada por algunos—es práctica declamatoria constante, que convence y persuade, a medida de las disposiciones fonéticas del narrador. No imaginamos que es tarea fácil saber conversar, ser lo que los franceses llaman excelente «causeur», maestro en «causerie». No solamente debe preocuparnos la necesidad de la buena lectura, observa, sino la bella voz para propagar con arte las ideas.

El claro método del doctor Guzmán, sobre silencia científica construído, viene a llenar una necesidad, no sólo en los establecimientos de instrucción pública, sino hasta en los hogares.

Dulcificada la voz, sabiamente dirigida por las leyes del acento y los persuasivos cambiantes del tono, la

dicción recobra más vida en todos los actos en los que nos servimos de la palabra, es decir, cada vez que hablan las almas, probando sus timbres racionales. El sentimiento gobierna al mundo. Se manifiesta nuestro sentimiento con el calor de la dicción vertida, no en frío y monótono chorro, sino en gama de notas variadas y enfáticas, en lo que él llama "palabras de valor".

El inteligente autor del "Nuevo método para leer y declamar correctamente", nos proporciona interesantes nociones de la fisiología y fonética de la voz humana. Explica las tres condiciones ineludibles del tono: timbre, ritmo y altura. Comenta los datos fisiológicos de la fonación confirmados por Pullé y Bilancioni. Al referirse al mecanismo de la fonación, apunta la capital influencia del aire lanzado de los pulmones.

Son de suma utilidad las lecciones del Doctor Guzmán acerca de cómo debemos leer un texto, sin precipitarnos, articulando bien las palabras, respirando mejor, observando las pausas o reposos y combinando el tono, según la categoría de los términos y la naturaleza de las frases.

Su método fonográfico de líneas gráficas consiste «en emplear ciertas figuras o líneas geométricas, a manera de una ortografía especial marcada encima o debajo de las palabras; líneas que determinan el tono de éstas, que en resumen es una acentuación gráfica de las inflexio-

nes de la voz. Es, para establecer una comparación, lo mismo que lo que se usa en los papeles de música. El que canta o ejecuta en un instrumento obedece a los signos inscritos en el papel, y sólo así puede desempeñar bien la ejecución.

Así el que habla, dando a las voces la tonalidad que les corresponde, en virtud de los signos marcados, eleva la melodía y la belleza de la palabra a la altura de un arte insuperable».

No se imagine complicado el método. Con sólo ocho gráficas fundamentales, mezcla de curvas y rectas, se consiguen efectos sorprendentes. De la combinación de aquéllas, resultan veinte tonos diferentes que interpretan todas las fases de un discurso.

Acompaña el doctor Guzmán múltiples ejemplos, en prosa y en verso, y un vocabulario fonográfico para ensayar la voz.

Su ingenioso y sencillo método debe ser más conocido en el continente, a fin de que, comenzando su estudio desde la escuela, preste trascendental servicio a la educación de la voz, en la lectura, en la plática familiar, en la declamación, en la oratoria, en la mayoría de los actos humanos de relación, en los que traducimos fonéticamente nuestros pensamientos, transformándolos en música convincente y persuasiva.

Publicó instructivos y jugosos artículos en la pren-

sa del continente. Profundo en ciencias naturales, puso su saber y su experiencia al servicio de su patria salvadoreña. Había fundado y dirigió los museos nacionales de El Salvador y Nicaragua. Preseas auténticas fueron los títulos y condecoraciones que poseía, ahora que todo se ha abaratado en los mercados de las conveniencias y los círculos de mutua lisonja y endiosamiento.

En vísperas de su viaje definitivo, desempeñaba importante cargo en el Ateneo de San Salvador, corporación abierta a la cultura americana, que supo apreciar los valores éticos de este varón luminoso y ejemplar que tanto amó a la juventud.

De la botánica y las plantas medicinales, con sus múltiples aplicaciones, ha dejado útiles libros, lo mismo que de materias pedagógicas para el hogar y el ciudadano.

¡Cuántas actividades, además del ya aludido curioso método fonético para la declamación!

Al sintetizar su vida aleccionadora, dijo en solemne ocasión, ante la gravedad del misterio de la tumba, Rafael García Escobar, que en el corazón del Dr. David J. Guzmán «germinaban las bondades excelsas de su espíritu, a la manera de un jardín donde florecen los jazmines y las rosas fragantes a los primeros besos de la aurora, en una mañana primaveral.

«Tranquilo, resignado como un héroe, como un es-

partano, lo vimos resistir los embates formidables del oleaje de la vida, y de sus labios jamás escuchamos ni una sola palabra de protesta.

«¡Era todo un apóstoll Todo un caballero de los tiempos medioevales. Como escritor científico y literato, llegó a conquistar gran renombre y sus obras son veneno de sabias enseñanzas, que la juventud debe recoger para vigorizar sus conocimientos y sus virtudes».

En estas breves líneas, consagradas a su memoria, intento esbozar un aspecto de su laboriosa existencia: el de difundidor de la educación cívica. Formar al ciudadano, pulirlo, volverlo digno de la madre que lo alimentó en su seno, ¿qué empresa más plausible?

Su laureada obra intitulada "Comentarios sobre instrucción cívica y práctica social" encierra tesoros de enseñanza, tanto por las consideraciones generales que apunta acerca del hombre, sus normas privadas e higiene personal, la acción bienhechora del trabajo que le engrandece, y la de los deportes y gimnasia que le fortalecen, como su recta cultura moral, los supremos deberes para con su familia, la sociedad y la patria, la educación de la voluntad, base de sus acciones, y el florecimiento de la tolerancia en los jardines de su alma. Ahonda el sentimiento de la dignidad humana, voz que jamás ha de morir en la conciencia. La desaparición total es preferible a tal silencio.

«El ideal de todo hombre de honor es ser probo y justo, dice, caracteres que deben brillar, ya en los negocios particulares, ya en los de orden público; no predominando el interés personal sobre el interés público, las energías sociales tenderán a la prosperidad general»

Ilustraba su sana doctrina con numerosos ejemplos de la historia, preferentemente de América, como Fránklin, Rockefeller, Carnegie.

Refiriéndose a las estériles matanzas intestinales que arruinan a tantas repúblicas del Nuevo Mundo, sus frases enérgicas son saludables. «Las guerras civiles han sido el azote de nuestra raza y el móvil que ha estimulado a pueblos ambiciosos para extender sus dominios sobre regiones privilegiadas, pero escasos de elementos de riqueza y fuerza para sostener sus derechos. Cuando los brazos se arman para derrocar la tiranía y volver a los pueblos sus derechos ultrajados y si en esa lucha generosa salen victoriosos, la calma y la felicidad se esparcen en la sociedad como un bálsamo regenerador para esta calamidad pasajera. Las almas se han fortalecido esperando días más felices y los ciudadanos, retemplados en esa atmósfera de reivindicación, han adquirido una fuerza moral más grande que las de las naciones fuertes. Pero cuando la ambición y las malas pasiones han relajado las costumbres y aletargado el espíritu de libertad, esas disensiones dimanar de principios criminales; los hom-

bres se arman y despedazan para colocar en el solio un caudillo que reparte los despojos de la patria entre los criminales que le ayudaron a sembrar la miseria y el dolor entre los ciudadanos dignos que se apartaron de ese cuadro de horror, ennegrecido por la exaltación de las pasiones más bajas, la codicia de riquezas fáciles, puesto que no hay más que tomarlas de la caja que se llenó con los sudores del pueblo, la venganza cruel, los odios políticos degradando la dignidad humana y los méritos de los buenos ciudadanos, la violación de la honra y de la inocencia, el furor brutal de destruir lo que no se puede disfrutar, las obras de arte, los monumentos de nuestras glorias, he aquí lo que significan los arrebatos frenéticos de los que impulsan los movimientos criminales de las revueltas».

Editado el libro en el año sangriento de 1914, parece haber sido escrito con una como visión profética de lo que ha pasado en varias naciones de América Hispánica en lustros posteriores y de lo que después aconteciera en la infortunada Nicaragua, la fecunda tierra de Darío, digna de mejor suerte.

Su verbo de admonición, vibró con elocuencia en la tribuna, al combatir las tiranías, y en la cátedra, por inculcar las más sagradas normas de la conducta cívica a la juventud.

Quando toca el derecho y deber de votar de to-

dos los ciudadanos, expresa que «mostrarse indiferente en esa lucha digna y patriótica de la cual depende el bienestar nacional, es renegar de la personalidad humana y olvidar uno de los más altos deberes cívicos; pues con esta culpable abstención se autoriza pasivamente la entronización de la inmoralidad, de la ambición y de la tiranía; es poner en pública almoneda a esa madre santa y gloriosa, la Patria, a la que debemos todos nuestra misma vida».

Entre otros pensamientos saludables, leo en su «Instrucción Cívica y Moral Práctica», que, al encomiar la dignidad humana, dice que radica "en los sentimientos de honor y probidad, como leyes sociales y morales que dominan en toda sociedad culta y moralizadora".

En sus normas, biográficas, que destacan el amor a la patria, el respeto al pabellón, la sublimidad del himno nacional, tributa justicia al héroe centroamericano Morazán.

Tal fue el ilustre amigo y el apóstol salvadoreño que en el primer mes de 1927 cayera rendido, más que a la fatiga de su enorme trabajo cerebral de educador, al débito indeclinable de los años invernales.

Paladín de la democracia, severo en sus costumbres, su vida es como una turquesa bella para ancianos probos y amantes de la sabiduría, hasta en los postreros instantes de su jornada por el planeta.

Familiarizado desde joven con la ciencia, produjo obras de erudición y examen detenido, leyendo muchas maravillas en el mágico libro de la naturaleza. Marcó su empeño desinteresado y fervor altruista en la educación de las nuevas generaciones, sin aspirar a que reconocieran su labor, esa cotidiana faena que, por lo común, los ingratos acostumbran olvidar cuando el consejo casi paternal, la luz bienhechora y la ingerencia de la cátedra docente se alejan. Entonces, el silencio y el vacío son simbólicos lauros. Los flamantes cerebros no quieren acordarse de los que ayer los despejaron, como si el pasado fuese un crimen. La moda y la conveniencia suelen postergar injustamente a los altivos que no se inclinan ante el grupo acaparador. Ciérranles la puerta de la fama, que es la más veloz de todas las plagas, según melificó Virgilio. *Fama malum, quod non aliud velocius ullum.* Nada importan ataques y desatenciones contra los que, como el doctor Guzmán, luchan sin tregua, ansiando sólo que las prudentes direcciones morales rediman a las conciencias avasalladas y cobardes, hasta que se afirme la victoria cultural y cívica que ha de regenerar a varios ingobernables e indisciplinados países de América.

Permanezcan frescos los mirtos y violetas en la tumba del sabio y del justo que cumplió con su deber hasta en el ocaso de su laboriosa existencia.

OMAR DENGO

Misión trascendental la de educar a los pueblos. El ejemplo de vidas raras es fecundo. Cuando los hechos hablan al corazón, las palabras no son del todo elocuentes para ponderarlos. Cuando la modestia y el desinterés son el oro de las acciones humanas, resaltan más, avergonzando a las pretensiones y a los olímpicos orgullos. Abnegación y dignidad, diosas que moran en el altar de la conciencia, encumbran a los mortales hasta lo sublime. No hay altura más grande que la moral. Llegar hasta el sacrificio en bien del prójimo, sin esperanza alguna de recompensa, es deber sacro que está singularizando las virtudes del carácter.

Saber despojarse de dignidades y acatamientos cuando el honor lo exige, acredita la rectitud moral de los varones probos y enérgicos que sólo obedecen a su credo. Su religión de altivez y holocausto purifica hasta las últimas escorias de la conducta, a fin de que sea

como tersa lámina en la que todos se miran límpidamente.

Hubo en Costa Rica una voluntad de acero que sembró flores con verbo cálido y convincente, apoyado en sus lecciones escolares, sabias y metódicas. Como rosas rojas de amor, derramó altruísmo en su torno, recogiendo sagazmente las espinas.

Plantó beneficios en los espíritus juveniles, grabando en ellos los encantos de la pobreza — la digna y no la vergonzante—que va hasta el heroísmo, y la sólida riqueza de valores morales. Hemos de aspirar a la fortuna para practicar el bien y socorrer a nuestros semejantes. «No redime a la miseria el oro, decía. Oro y oro en las manos insaciables de los hombres, si mata el hambre, no enriquece la dignidad de quienes lo piden, ni enriquece de virtud el corazón de quienes codiciosamente lo atesoran. Porque el mal, más que en el hambre de pan, reside, como un monstruo en una gruta encantada, en la sórdida sed del oro. Hay que sustituirla por la sed de la luz y ésta no brota del crisol en que hierven los oros, sino del sol y de las estrellas». ¿Comprendéis la nobleza de este pecho generoso?

Oriundo, sin campanillas, de la capital de una república modelo, allá en la Central América, trabajó en el fecundo campo de la cultura, sin aspavientos pedagógicos, ausentes muchas veces de quilates anímicos. Sen-

sillamente se cubrió de gloria, sin recibir de nadie nada: ni empleos bien remunerados, ni títulos rimbombantes.

¿Qué diríais de un director de célebre Escuela Normal que, dando un puntapié a su elevada situación, va a ínfima escuela rural, en apartada hacienda, a laborar silenciosamente por la cultura del labriego?

Honradez acrisolada, desprendimiento, que, asombra, pureza de intención le guiaron, cuando palpó que el naufragio de las conciencias debía defenderse con actos épicos de abnegada misión campestre. No quiso honores; ansió la redención del humilde, la educación del niño de la aldea, la luz para el ignaro selvático. No le tentaron canongías ni glorias oficiales, que rechazó con entereza. No quiso ni oír que le hablasen de ocupar la Secretaría de Educación.

Con su ejemplo, de raro desinterés, formó maestros auténticos, almas ingenuas, sin quijotismos ni pedanterías, sin aire de suficiencia, que trabajaron en la sombra por derrotar tinieblas.

Cuando la patria lanzó robusto grito de alerta, tomó las armas y se fue a figurar en las filas de los combatientes, como soldado de improvisación y fervor. Este gran corazón se llamó Omar Dengo. En San José cayó para siempre, como infatigable batallador, por la juventud, por la educación, rendido tan sólo por la muerte.

Vibran sus enseñanzas al soplo de la emoción;

«Hombre del campo y del taller, hermano del arado y del martillo», repetía a los obreros, «sabes sonreír ante las amenazas de la fatiga y desdeñar las iras del cansancio, aprende también a sonreír con la meditación; llévala a tu lado e invítala a las gratas fiestas del amor en que repartes caricias a tu compañera y a tus hijos; hazlo cuando el amanecer alegre la tierra, o cuando al despedirse el sol de los hombres, das tu adiós cariñoso a las herramientas que te ayudaron a trabajar. Esas incansables herramientas que saben la historia de tu vida y escriben la de tu alma en todas partes, serán más aptas para construirte el porvenir cuando la meditación te dé sus consejos».

Como fue la vida luminosa y serena de Omar Dengo, así su final despedida, fulgurante de claridades. Agonizó con el discurso docente en los labios, ante la juventud que escuchaba sus normas. «Desde el altar de la muerte este varón insigne», ha escrito Carlos Jinesta, dio una lección más, y dispuesto a externar severas convicciones, manifestó, con énfasis, que los jóvenes deben aunarse fraternalmente y vivir, fuertes de alma y de cuerpo, velando sin desmayo por los intereses espirituales del país. Habló de lo que hay que hacer, dentro de nuestras posibilidades, en la Nación; de la valiosa riqueza que posee y que es sensato utilizar para el surgimiento de la cultura del porvenir».

Bien se lo denominó santo incomprendido, en el martirologio de la cultura americana. «Era de los buenos y era de los nobles», musita en su elegía Salas Pérez. «Amó la Justicia, el Bien, la Libertad. Al mal supo darle terribles mandobles».

La lira dulce y helénica del exquisito Rogelio Sotela, al tejerle coronas de mirto y deshojar violetas en su tumba, resonó así melodiosa, tiernamente: «Omar hizo el milagro de alcanzar en la vida con el esfuerzo propio la mayor perfección: la Virtud, la Cultura, esas fueron su égida, y el Carácter invicto fue su mejor blasón. Pero fue tal su ensueño, tanta fue su pureza, tan sutil el aliento que animó su emoción, fue tan alta la idea que alumbró en su cabeza y tan celeste el ritmo que hubo en su corazón..... que al fin, hombre defíco, rompió la carne un día y fue rumbo a los cielos a vivir su ideal».

Su ideario se alimentó de la quieta filosofía, su constante inspiradora. «La filosofía no buscará únicamente arraigo en la mente, sino en toda la personalidad», fue su doctrina. «La filosofía será el gesto del espíritu de cada hombre en presencia de las cosas».

Los maestros del continente deberían orar erguidos, en solemne homenaje a la memoria del radioso Omar Dengo, como en su patria el Congreso Constitucional de 1.928, guardó silencio respetuosamente cabizbajo y de pie, durante un minuto, «dedicando su pensamiento al

gran desaparecido”.

Los representantes del pueblo inclinaron la cerviz ante la augusta sombra que se alejaba, dejando el eco de sus virtudes, la fecundidad de su ejemplo de normalista desinteresado, la música de su palabra admiradora y la letra de sus colaboraciones henchidas de sugerencias.

El distinguido José Cardona le apellidó «el hombre que supo morir», contando que, como Plotino, se apercebía de las armas de la lógica para el eternal combate.

«Por esto, desde su lecho de muerte, exhaló las virtudes del ciudadano y entró confiado en la vida de ultratumba».

¡Salve, perinculto maestro de escuela, honor de la legítima estirpe de los educadores!

CARLOS VAZ FERREIRA

EL HOMBRE

Son dignas de citarse, para ejemplo de la juventud, que debe ser actividad mental, amor inmerso, luz de inteligencias, aquellas voluntades aceradas que consideran la inercia espiritual como vergonzosa cobardía, émula de la muerte. Las poéticas ficciones nos han descrito a Lázaro que está llorando de contento al recobrar la gracia de la vida. Pero, "cuatro lunas más tarde, entre las sombras del crepúsculo obscuro, en el silencio del lugar y la hora, entre las tumbas del antiguo cementerio", Lázaro gime a solas y envidia a los muertos. Es la triste figura de un vencido que, por falta de valor, eclipsa sus ilusiones.

¿De qué servirá el ideal que acariciamos, si ha de quedar sin aplicación, pulverizado en el férreo yunque de la realidad abrumadora?

Desde recónditas y silenciosas moradas, el dedo inflexible de la conciencia está señalando a cada cual la ruta que ha de seguir; pero no todos obedecen la calla.

da y recta señal. Los indisciplinados y sordos al llamamiento de su yo, han elaborado, por propias manos, su desgracia, mezclándola con los jugos corrosivos que las pasiones destilan. Vieja frase, confirmada a cada instante de arriba a bajo en la escala de la vida, es la de que el individuo es factor de su destino: arregla él mismo el escenario y desarrolla la acción, cómica o trágica. Despreciar la energía— porque en la energía entra lo reflexivo y consciente— es síntoma de *anublamiento* intelectual. Quien se moviera o quien vegetase sin darse cuenta, vendría a parecerse a una máquina que anda o se pára de súbito. La energía es impulso reflejador de nuestros idealismos. Agilidad sin pensamiento, sería desconsoladora animalidad, fenómeno instintivo.

Categorico mandato de la educación práctica es aprender a pensar, saludable acto que sintetiza todos los que preside la razón. El segundo mandamiento, compendio de voluntades y acciones, sería ejecutar lo pensado. Merece universal veneración el que nos enseña a fructificar nuestro pensamiento, a enriquecer el brío mental, remedio contra la abulia intelectual y ética. El fracaso, es negra consecuencia, ya de la dejadez del pensamiento, ya de la precipitación psíquica que no se detiene a deliberar, ya de la incapacidad mental, ya de la pobreza reflexiva, por olvido de esta gimnasia del espíritu. Meditar es casi triunfar.

Si desde lo más alto arrojamos una piedra al abismo, rodará ésta por su propio impulso gravitativo; pero si desde lo más bajo queremos lanzar hacia una torre, consultaremos antes la potencia del músculo. Así ocurre con el pensamiento: para ascender, se requiere fuerza mental; para descender, casi nada, la voluntad de un niño, un aleteo débil: de su peso caerá al profundo el que se empeñe en asemejarse a los irracionales.

El hermoso sueño es también una especie de previsión; por esto, los poetas aciertan a ver claramente el porvenir. Nuestra personalidad se pone de relieve, se destaca airosa por la robustez del pensamiento, que es la que ha distinguido a los pueblos de mayor cultura y a las razas emprendedoras.

Carlos Vaz Ferreira es pensador esforzado, vigoroso profesor mental. Inmolando está su luminosa vida de trabajo en aras de la ciencia que ausculta el ritmo social, que ahonda la verdad humana, que despeja el misterio de las cosas.

Investiga desde la cátedra y el libro, con el afán del marino por descubrir nuevos horizontes, los arcanos de la psicología, el océano del derecho, inagotable como el devenir de las gentes, el sentido más ennoblecedor y humano de la vida, poniendo su piedad de sabio en todo lo bajo y lo protervo, para mejorar a los que han hambre de virtud; para rectificar los conceptos de los que

han sed de verdad. La insistencia singular de su verbo persuasivo, su lógica indeclinable, los múltiples prismas de su observación, vuelven amenas sus conferencias, en medio de la profundidad de los temas — principalmente sociales— que trata. El himno didáctico, armonizado con notas de intensa pedagogía, resonando está a cada paso en boca del maestro, como el homenaje a la observación y la evidencia, vinculadas con lo más sublime: el hombre, la propiedad, la tierra. ¡Cruzada heroica la de redimir a los ignaros y aleccionarles a que sean libres! No gusta de orepeles, no le agrada la retórica florida, rechaza fantasías e imágenes fugitivas, gracejos superficiales que, deslumbrándonos un momento, nos dejan después en inconsolable ceguera.

Es de origen portugués, en la línea paterna, por don Manuel Vaz Ferreira, y oriental, en la materna, por doña Belén Ribeiro, anciana matrona que todavía es honra viviente de la capital uruguaya. Váz Ferraira nació en Montevideo el 15 de octubre de 1.872. A los 15 años de edad, visitó las aulas universitarias. Pronto graduóse de Bachiller en Ciencias y Letras. Despuntó su vocación científico—filosófica; pero, por atender a responsabilidades de familia, se vio precisado a seguir por el camino del Derecho. Mozo aún, y tras de no interrumpida serie de brillantes exámenes, recibe el título de abogado. Rasgos geniales de la vida de estudiante, son esbozos de vic-

torias posteriores. Por esto, merece marginarse que en todas sus pruebas escolares obtuvo, por unanimidad, calificaciones sobresalientes. Desde entonces fueron sus disertaciones modelo de lógica.

Estudiante todavía de Derecho, en 1.897, se presentó en público a disputar, en honrosa lid, la cátedra de Filosofía. Por oposición, la ganó lucidamente. Años más tarde, en 1.900, fue nombrado vocal de la Dirección de Instrucción Primaria.

Lustros de lustros ha honrado el decanato de la sección de Enseñanza Secundaria de la Universidad de Montevideo enriqueciendo el cargo con el comentario sagaz, la erudición honda, la disciplina educadora.

Por haber noblemente batallado en el magisterio, el Uruguay le designó inmarcesibles palmas en 1.913, a iniciativa de la juventud universitaria, a la que secundó numeroso grupo de intelectuales de prestigio: solicitaron y obtuvieron del Gobierno la creación de la cátedra especial de Conferencias, con absoluta libertad de materias y seleccionamiento de temas.

Es honroso para una culta nación contribuir económicamente al bienestar de sus hijos gloriosos. La Francia opulenta y noble de Luis XIV colmó de dinero, reviviendo los días de Mecenas, a los talentos de su época, cual Pedro Corneille, cuya pensión era, como la del crítico Ménage, de dos mil libras anuales, de mil quinien-

tas la de Perrault y Bencerrade, de mil la de Molière y Casagne, de tres mil la del buen prosador y mediocre poeta Juan Chapelain, de cuatro mil la del historiógrafo Francisco Eudedes de Mezeray, de ochocientas la de Racini. La asignación mensual de Vaz Ferreira es de cuatrocientos pesos oro, mucho mayor que la de Leconte de Lisle, al que la República, su patria, le socorría con doscientas pesetas al mes, lo que es risible. El auditorio de sus conferencias es siempre asiduo y granado. Las dicta, bisemanalmente, en el amplio salón de actos públicos de la Universidad: llenan, sin cansancio, dos horas.

El asistente no sabe qué admirar más en el filósofo, comentan los que han tenido la suerte de escucharle, si el magnífico método de exposición y desarrollo del tema, o la indestructible lógica de su pensamiento; si la agudeza del análisis o el fondo de sus sólidas conclusiones. Diserta con tal sabiduría, presenta tantos puntos de vista en cada asunto que elige, agota de tal modo las doctrinas—que suele muchas veces pedir a los estudiantes e intelectuales—que el oyente palpa el enciclopédico caudal del orador y la juventud estudiosa contempla abiertos nuevos horizontes de comprensión.

Su talento gravita sobre los más resistentes y arduos problemas filosóficos, sociales, pedagógicos, económicos y científicos en general, sin posponer, por esto, sustanciosos asuntos éticos, literarios y artísticos, que los

considera con la detención que acostumbra.

La vida de Vaz Ferreira consta de tres planos, me dice el querido poeta Alfredo Martínez: uno, el intelectual de la producción filosófica (libros, conferencias, etc.); otro, el del funcionario como Director de la Instrucción pública, Decano de Enseñanza Secundaria, Miembro de los Consejos Univeritarios, etc , con intenso trabajo de formular y poner en práctica importantes proyectos y resoluciones y, sobre todo, de imprimir acción moralizadora a todo, y el tercer plano o aspecto, el considerado en familia, como hijo primogénito, en seguida como esposo y después como padre de ocho hijos. El cree que los dos últimos planos han perjudicado considerablemente al primero; pero no lo lamenta, ya que, como funcionario, su labor es fecunda y patriótica, y como padre de familia, penetrado de su misión, está satisfecho y orgulloso de los suyos, a quienes ama apasionadamente

Le sigo interrogando pormenores al intelectual amigo que le visitó no ha mucho. Con el fervor y la admiración de un esteta, agrega:

Vaz Ferreira, que se muestra huraño para hablar de sí mismo, se anima y entusiasma cuando se le pregunta por su familia. Hablando de los suyos, se observa en los ojos inteligentes del filósofo que su felicidad está colmada, con aquella íntima satisfacción que nos proporcionan los seres más queridos. Todo a su rededor es armo-

nía, tranquilidad, paz, orden en la pintoresca quinta de su propiedad—antigua calle Atahualpa, que recuerda al emperador que ilustró la vieja historia ecuatoriana—donde me recibió y en la que ha construido elegante *petit*—*hotel*, estilo florentino, discretamente oculto a las miradas del transeunte profano, entre la espesura de la fronda. En esa cómoda mansión, rodeada de árboles, en el sosiego y silencio de la bendita paz del hogar, medita, gesta, labora su portentosa obra de filosofía. Se destaca, con adorable unción, el amigo correcto, el carácter sincero, el temperamento ecuaníme y consecuente,

No es orador verboso. Persuade, sin sonoridades periódicas. Su voz pausada, su palabra precisa, inequívoca, gráfica, valorizada con el convencimiento y el saber, cautivan pronto. Con pasmosa claridad, expone las cosas más abstrusas y trascendentales, aduciendo fórmulas y esquemas. Sobrio de ademanes, no acciona ni se arrebatata como los retóricos declamatorios que desarmonizan con estudiadas posturas. Siempre le contó el magisterio uruguayo como al pedagogo de más autoridad por su fructífera carrera de práctica preparación y de infatigable estudio. En diversos ejercicios, ha sido miembro conspicuo de la Instrucción Primaria de la culta República, tan dada a los estudios serios desde los memorables tiempos del ilustre educador americano Larrañaga que, para instruir a la juventud y disciplinar su carácter, a-

rrancó los secretos a la naturaleza y las moralejas a la fábula.

De subidos quilates los dictámenes y serenos consejos de Vaz Ferreira que, a la ecuanimidad de su espíritu, une el sutil análisis desmenuzador del arcano.

Su expresivo rostro, color mate amarillento, iluminado por grandes y fulgurantes ojos, abiertos en elocuente gesto de abstracción, está coronado, como por una cúpula, por espaciosa frente. Una inconfundible peculiaridad que acentúa su fisonomía: usa negro y espeso bigote, con las guías hacia abajo. Por punto general—y lo mismo sucedía con Rodó y con Montalvo—se le ve andar solo por las calles, con grave paso característico y aire de ensimismado. Lleva amplia cartera bajo el brazo, en la que guarda sus libros y apuntamientos. Siempre va trajeado de irreprochable *jaquet* y *galera* española, como llaman en su país a lo que aquí decimos sombrero de pelo o propiamente de copa alta.

Su aspecto, en general, es de lozanía: está revelando apenas cuarenta años vigorosos, un si es no es cenicientos, por la higiene y el ejercicio de pelota, juego al que es muy aficionado.

La pujante juventud intelectual uruguaya le ama y venera. Como el distintivo de los grandes hombres — niños adorables y sugestionadores — su trato es de modestia, llaneza e ingenuidad verdaderamente conmovedo-

ras. Llegarse a él, es objetiva lección saludable, que, con el contraste, nos impulsa a medir la insignificancia de tantos olímpicos señores que nos están perdonando la vida y nos miran por encima del hombro con petulante arrogancia, cuando no nos regalan su protección de omnipotentes.

Acoge con bondadosa sonrisa al que toca a sus puertas, curioso viajero u oficioso cliente de consulta fatigosa. Siempre está dispuesto a aclarar cualquier duda que se le exponga. Dicen que nada es más difícil que corresponder a las curiosas preguntas de los niños. Campoamor se inspiró en esto para un sugestivo poemita. Vaz Ferreira ha contestado las interrogaciones infantiles y las no menos comprometidas de los ignorantes. Pero, para poner en apuros a los sabios, él, a su vez, ha interrogado a especialistas y científicos tántos problemas hijos de su avidez de conocimientos y su sed intelectual, inagotables e insaciables.

¡A este doctor se le ocurre preguntar cosas que nadie sabe contestarlas!, es una exclamación muy en boga en su patria.

Sin duda por esto, Azorín, el que ha desentrañado el valor legítimo de tantos libros viejos y autores incomprendidos, aconseja que lean a Vaz Ferraira. Sus páginas llenan tántos vacíos que hay en nuestro espíritu, que acudir a ellas, consuela y satisface. Montaigne amo-

nestaba a la juventud el inquirimiento de todo, mezclándose con gente de diversas condiciones sociales, incluyendo de modo principal a los grandes, «a aquellos que no viven sino en los libros». Los jóvenes de Montevideo, como si obedeciesen al gascón de los *Ensayos*, avivan su curiosidad y la satisfacen con las conferencias del psicólogo y maestro.

Es digno de anotarse que en el Uruguay, muchos esclarecidos varones se han casado con maestras. La distinguida educadora uruguaya, doña Elvira Raimondi, es su esposa. Ha dejado el magisterio para consagrarse al hogar, que lo enbellece con las flores de su virtud y del orden en el arreglo artístico de su casa. Madre de ocho hijos, los ve, con solicitud cariñosa, descollar precozmente y sobresa'ir algunos ya en los claustros universitarios.

Las aficiones estéticas del filósofo de «Elementos de Psicología Experimental» son refinadas. Cultiva la música clásica e interpreta a conciencia las obras de Beethoven. Alguna vez fue Director de la «Sociedad de conciertos sinfónicos», entrando en el corazón del arte que ilustraron aquellos privilegiados espíritus de Hayden, Mozart, Schumann y el mago de Bon.

«La mejor manera, dice el poeta Martínez, de agasajar al refinado intelectual que le visita, es regalarle magnífica audición de alguna de las inmortales sonatas del colosal creador del «Claro de Luna», seguida de in-

teresantísimos comentarios acerca de la página que con elocuente expresión interpreta. Erudito en historia musical, sabe, al dedillo, la marcha de las escuelas modernas. Gusta concurrir asiduamente a los conciertos clásicos, sin faltar tampoco al deleite de la música de cámara».

En los genios seduce e interesa los mínimos actos. De sus costumbres, de sus familiares conversaciones, de sus cotidianos hechos, que parecen indiferentes, los biógrafos deducen enseñanzas.

Cuando se escriba la vida de Vaz Ferreira, no podrá omitirse su dominio del ajedrez, las ruidosas y triunfales partidas en el Círculo de la Prensa y en el Club Español. Con atención religiosa, siguen el movimiento de las piezas de Filidor los más hábiles ajedrecistas, respetando las favoritas combinaciones del tablero, imaginadas por el filósofo uruguayo.

Su manción es poética. Vive en los alrededores de Montevideo, hoy calle Progreso. Entremos en su habitación. Nos sirve de cicerone el poeta Martínez.

En el espacioso salón de estudio en que me recibió, comenta el amigo, aun el menos listo nota al momento que la gracia femenina lo ha embellecido todo. ¡Qué exquisito gusto domina en el menor detalle! En efecto, su amable y enamorada compañera, que tanto dulcifica la vida del filósofo participando de sus anhelos y

afanes intelectuales, ha esparcido, con arte, hermosos y fragantes ramilletes, que emergen de elegantes jardineras, distribuidas en la mesa de trabajo del pensador, sobre el piano, en los diversos estantes de su nutrida y valiosa biblioteca, adornando y rompiendo la monotonía y adustez del infinito número de voluminosas obras que se apretujan y alínean. Bellas lámparas eléctricas colgando están del techo, adornadas con pantallas chinescas y aplicaciones de tul que tamizan la luz y la idealizan más, merced a los lazos caprichosos, de grato efecto visual, que se han combinado con arte.

Una pincelada final, que destaca de cuerpo entero al maestro. Diariamente se le ve acudir al centro de la enjorjada población y atravesar la calle de los Treinta y Tres ¿A dónde va el reposado psicólogo? A visitar a una anciana que le recibe con los brazos abiertos. ¿Quién es la distinguida y bondadosa matrona? Su cariñosa madre, que allí mora en unión de su hija, la insigne poetisa María Eugenia Vaz Ferreira, Secretaria y Catedrática de Literatura de la celebrada Universidad de Mujeres, de Montevideo, de la que han salido gloriosas uruguayas como aquella trinidad de Luisis.

Tal, a grandes rasgos, la figura modesta y radiosa del que desde muy joven surgió, por la clarividencia de su talento, en el campo del pensar profundo y en el claustro universitario. Entre sus compañeros, descolló

siempre por su manera penetrante de raciocinar tan suya, que reviste de exactitud matemática a sus juicios, clasificándolos, separándolos, ordenándolos y sopesándolos prolijamente.

EL EDUCADOR

De los rasgos salientes de su vida, se desprende el ejemplo luminoso como lección educadora. Actividad, talento, iniciativa, consagrados a la juventud; equilibrio entre las fuerzas físicas, intelectuales y éticas sobresaliendo están en el pensador de escogida cepa. Su fervida devoción al arte es constante religiosidad que nos mejora. Ha unido la bella teoría a la fecunda práctica, en los diversos cargos de instrucción pública que ha desempeñado. Reformó la primera enseñanza y estudió a fondo la segunda, planteando, con riguroso método, los problemas de más urgencia. Así, en los *Planes de Enseñanza*, ha entrado en la averiguación de su rigidez llevada al extremo o su flexibilidad ruinosa. Preocupa, según él, a los pedagogos si la uniformidad de los planes conviene a países de América, o si se ha de permitir cierta libertad, cierta plasticidad. Para la eficacia de las adaptaciones, analiza lo que sucede preferentemente en Francia, Alemania y los Estados Unidos. Opina por-

que la adaptación regional no es provechosa a la enseñanza secundaria, sino a las técnicas, industriales, utilitarias. Con todo, no se descuida del avance de las carreras futuras, pero desde un aspecto de ensayo o preparatorio, no desde el punto de vista general. Anticipar la especialización es cometer un gran error, ha dicho. Es necesario estudiar el medio y los fines de la enseñanza secundaria, no desfigurándola, subdividiéndola y ramificándola. Crear bachilleres en determinadas asignaturas, es romper la armonía, porque así el bachiller en ciencias es deficiente en letras, y viceversa, cuando el objeto es que su cultura no sea unilateral sino general, apta para todas las orientaciones y los cambiantes de la vida. Más ardua es la mira si la enseñanza se ha de fundamentar en la clásica y humanista, o en la moderna y realista, porque sobre estas bases pueden construirse monumentos de diferentes aspectos que hagan considerar al mundo al través de prismas múltiples.

En cuanto a la manía del trasplante, su crítica es severa, lo mismo que en lo referente al tiempo que se pierde en discusiones ociosas sobre la preferencia de tal o cual asignatura, el comienzo de tal o cual materia, el orden que se ha de seguir al enseñar historia, por ejemplo, si primero la antigua o ésta después de la moderna, o la historia universal antes de la nacional, o todo lo contrario. Abundan razones para sostener el pro y

el contra, hasta con sofismas, y no se llega a práctica conclusión.

«Son, sin duda, cuestiones interesantes, en que se aducen, en favor de una u otra solución, buenos argumentos; pero la verdad es que, en casos como estos, las ventajas y los inconvenientes de una u otra solución tienden más o menos a compensarse, y es tarea vana la de procurar un orden que elimine todos los inconvenientes y que ofrezca todas las ventajas; del mismo modo cuando se discute sobre si debe estudiarse la teoría literaria antes que la historia literaria, o la historia antes que la teoría, hay argumentos buenos de una y otra ordenación: cada una tiene ventajas que la otra no ofrece, y tiene inconvenientes que la otra salva; se puede preferir una de las dos soluciones, pero es vano procurar llegar a una que tenga ventajas solamente. Casos parecidos, cuando se discute sobre si ciertas materias deben enseñarse antes o después de tales otras, etc. etc. No es del caso, pues, cuando sólo se trate cuestiones de esa naturaleza, exagerar la importancia de los planes.

«Pero, en cambio, hay otras cuestiones relativas a planes de enseñanza, que son de importancia, capital: por ejemplo, cuando se discute sobre el valor respectivo de la tendencia clásica o de la tendencia moderna, de la tendencia humanista o de la tendencia realista; cuando se discute sobre la adaptabilidad de un plan determinado a

las condiciones de determinado país; entonces, estas cuestiones sobre planes, son sumamente importantes, y en manera alguna se las debe desdeñar. La última, por ejemplo, es tan capital, que entre los errores pedagógicos más grandes debe contarse cierta tendencia a trasplantar, sin crítica, y sin examen del terreno, planes de un país a otro; tendencia ilusoria en que suelen caer los mejores espíritus. Hay muchas condiciones, no diré de razas, porque no sé si hay razas, pero de espíritu nacional, históricas, económicas y de todo orden, que hacen que la constatación de los buenos resultados de un plan determinado, como por lo demás de cualquier institución, en ciertos países, no pueda, por sí sola, ser considerada como una demostración de su fatal y necesario éxito, sino simplemente como una indicación de posibilidades, que deben examinarsse con buen criterio. Así, si se trata de trasplantar planes, alemanes, o norteamericanos, o franceses, a un país sudamericano, habrá que tomar en cuenta una inmensa cantidad de factores. Por ejemplo: que el estudiante alemán tiene un desarrollo mental mucho más tardío que el nuestro, y es, a igual edad, en esos años, muchísimo menos inteligente; que, en cambio, tiene una tenacidad y una capacidad para el estudio continuado, que nosotros estamos muy lejos de alcanzar. Si, por consiguiente, sin tener en cuenta ese factor psicológico, trasplanta íntegramente un plan alemán a un país

nuestro, ya por esto sólo ocurriría un desastre. Como, también, al trasplantar planes europeos, en general, tenemos que tomar en cuenta una serie de razones tradicionales: por ejemplo, la diferencia en cuanto a la relación en que nos encontramos nosotros con respecto a las enseñanzas clásicas. Ellos, absorbieron su cultura directamente de las antiguas sociedades, en tanto que nosotros la absorbimos de las sociedades europeas; y, así, nuestra relación con lo tradicional clásico, es más indirecta: no ya la relación del tronco con la tierra, sino la de las ramas con la tierra. Por lo cual, si se transporta el problema europeo de la enseñanza clásico—humanista a países americanos, se cae en cierta artificialidad.

«Otro ejemplo: cuando se trata de trasplantar planes como los de Estados Unidos, donde el factor económico no es considerado para nada, debido a que en aquel país no hay dificultades de dinero para la enseñanza, nos exponemos a organizar mal de hecho, o a no organizar realmente, lo que se implante, en lugar de organizarlo menos bien sobre el papel, y mejor de hecho, en nuestras condiciones reales. Y así en los demás casos».

Merecen meditarse estas reflexiones, aquí donde la manía de adaptación nos aproxima al absurdo. En Francia nó es así, en Alemania no acontece lo mismo, cantamos a tontas y a locas, sin la perfecta conciencia de la índole nacional y de ancestrales raigambres y funestas

herencias.

En cuanto a la educación social, le interesan altamente las tesis relativas a la división del trabajo y a su clasificación, pesando el intelectual y el manual, la labor física con la noble del espíritu. La lucha de clases, burguesía y proletariado, le arrancan palabras de protesta contra la opresión y descuido de que es víctima la última. Se debe mejorar al trabajador manual, al obrero ignaro, pero no poner frente a frente a las clases sociales, de potencia a potencia, como enemigos irreconciliables.

Vaz Ferreira procede siempre por esquemas, agotando posibilidades, aspectos y consideraciones de los distintos bandos.

El desiderátum es destruir el parasitismo. También del pueblo conviene desarraigar la idea vulgar de que el trabajo intelectual no es tal esfuerzo y ni siquiera puede compararse con el corporal. De esta funesta apreciación, han dimanado males sin cuento, revoluciones y odios a determinados dirigentes de la sociedad. Nada más injusto. El secreto está en que se armonicen.

El obrero, para el aprendizaje de lo que le atañe, ha consagrado tiempo y sacrificios, tal vez algún sufrimiento; pero incomparablemente más el intelectual, pues su formación es más lenta, requiere mayores desvelos y actitud máxima; y, ya apto, su carrera está sembrada de

espinas y dolores: intensamente sufre con el infortunio ajeno y la tortura propia. La concentración cerebral, el desgaste nervioso, el cambio agudo de impresiones le desgastan, le envejecen más pronto. La ciencia ha elevado el número de sus mártires hasta el infinito. Además, sobre el intelectual pesa enorme y compleja labor que él solo da remate las más de las veces, en tanto que la del no intelectual se divide y es fruto cooperativo.

Vaz Ferreira ha buscado todos los elementos del arte y la belleza, no aquéllos que meramente nos producen placer espiritual, sino los que entran en la verdad, en la imitación, en las excitaciones.

No intenta difundir lo sublime en arte, por juzgar pedantesco el empeño. Todo lo que tiene independencia absoluta de lo que es buscado y razonado, lo cáldido, lo espontáneo, lo genial, no puede definirse, afirma categóricamente.

NOTA:—

Las dos partes de este artículo se publicaron en la revista de la Sociedad «Estudios Jurídicos» (Diciembre de 1.920 — Enero de 1.921), de Quito. Hemos seguido, desde la distancia, las actividades docentes e intelectuales del Dr. Vaz Ferreira, sus conferencias, sus polémicas con motivo del establecimiento de «parques escolares» etc.

Este insigne maestro es el que ha estudiado «más a fondo los problemas educacionales y quién, en la Plata, ha vertido acerca de ellos, conceptos más certeros», según lo afirma Alberto Zum Felde. El mismo gran crítico uruguayo reconoce que el Dr. Vaz Ferreira «es el único tipo de filósofo puro que se haya producido hasta ahora en el Uruguay» (Proceso Intelectual del Uruguay y crítica de su literatura.— Montevideo.—1.930. Tomo III)

«La posición filosófica inicial de Vaz Ferreira, agrega, está contenida en las declaraciones del profesor: *Algunos hechos, algunas leyes empíricas, algunas teorías más o menos verosímiles, y en cuanto al resto, una clasificación de interrogaciones.* De acuerdo con tal principio, toda la crítica de Vaz Ferreira se dirige a combatir los sistemas; no los sistemas tales o cuales, sino todos, o mejor dicho, el espíritu de sistematización en sí mismo, considerándole el origen de los mayores errores, así teóricos como prácticos».

He aquí un esbozo de su bibliografía, que, según él mismo alguna vez lo expresara, es mínima parte de su labor intelectual, pues no pocas obras son meros apuntes de clases o versiones taquígrafas de sus conferencias semanales, ya que no tiene tiempo de preparar libros especialmente escritos:

Psicología elemental (1.879)

Cuestiones Escolares (1.902)

Ideas y Observaciones (1.905)

Conocimiento y Acción (1.908)

El Pragmatismo (1.909)

Moral para intelectuales (1.909)

Lógica Viva (1.910)

Problemas de la Libertad (1.915)

La Propiedad de la Tierra (1.918)

Lecciones de Pedagogía y cuestiones de enseñanza (1.919)

Elementos de Psicología Experimental
(varias ediciones)

Apuntes de la Lógica elemental

Tiene anunciados su *Fermentario* y sus *Psicogramas*

Fue texto en el Instituto Nacional Mejía, de Quito,
su tratado de «*Psicología Experimental*».

EL DR. TEODORO PICADO

Pertenece a la generación de los jóvenes educadores costarricenses que data de 1.900, según hemos leído en interesante obra del predilecto de la lira, filósofo del dolor y de la dulzura fraternal, don Rogelio Sotela, intitulada «Escritores y poetas de Costa Rica».

Esta República, modelo en el armonioso hogar centroamericano, se ha distinguido por la calidad de sus maestros, que han transformado, en noble empeño de virtudes, la mentalidad del país. En el fecundo campo educativo, se destacan figuras luminosas como las del filósofo Moisés Vincenzi, Garnier, Dobles Segreda, Ricardo Rojas, Cortés Castro, los Jinesta, etc. La falange de sinceros y modestos educadores que, despojándose de oropeles de suficiencia y dejando el relumbrón del engrandecimiento, han realizado, sin luchas estériles ni exhibicionismos de novedades pedagógicas, alta misión civilizadora y patriótica, se inclina reverente ante el verbo fervoroso de Omar Dengo, tempranamente caído en el áspero sendero.

Escuchamos la unción apostólica del doctor Pica-
do, varón que desde las últimas filas del magisterio ha
ascendido, en rigurosa carrera, al sillón ministerial y al
desempeño diplomático en el Congreso Internacional de
Educación de Chile. No sin fundamento escribió, en
1.922, sus «Antecedentes de la Guerra Nacional», intere-
santes apuntes para la historia diplomática «que prece-
dió y determinó» esta gran jornada. «Fue ésta la crisis
más grave de nuestra vida independiente», anotó entonces.

Conquista profundas y espontáneas simpatías al pro-
nunciar su cálida y sencilla oración desde la tribuna u-
niversitaria de Quito. En frase conveniente, ajena a los
florilegios retóricos, estuvo demostrando las excelencias
del orador que siente lo que habla. Por esto, fueron
triunfales sus arranques.

Con ágiles pinceladas, bosqueja la historia de su
florecente patria que no mantuvo épicas luchas con Es-
paña, sino que, suavemente, se separó, consiguiendo eman-
ciparse «como la etapa necesaria de un ciclo histórico que
se cumplió». Goza de la suerte de organizarse desde sus
albores sobre las sólidas bases de un Gobierno civil. Un
simple maestro de escuela, su primer Presidente, colum-
bra la grandeza de su pueblo por medio de la educación.
Años más tarde, otro reformador, don Mario Fernández,
fue para aquella limitada y uniforme República lo que
Sarmiento para la inmensa y cosmopolita Argentina.

Florece la escuela merced al espíritu puro de la democracia, y crece ésta gracias a la escuela. Otro favorable factor, el económico, mediante la armónica división de la propiedad que permite entenderse a la generalidad en el agro.

La realidad de la doctrina democrática vuelve frecuente contemplar sentados, codo con codo, en los bancos de la escuela, al hijo del ministro con el del portero, al vástago del millonario con el del barrendero. Como son condiscípulos, llegan a estimarse, recordando, al través de los años, la mejor y ensoñadora época de la vida. Común observar al magnate que va en su elegante carroza, cómo se detiene a saludar cariñosamente con su antiguo compañero el guardián del orden público, cómo da la mano al empedrador de las calles, su viejo colega escolar.

Tan santa la misión del preceptor en Costa Rica, que resaltan su modestia y espíritu de sacrificio. Nada de fatuidad ni de orgullo.

Emocionante la cita que hiciera el doctor Picado del humilde maestro de Quebrada Honda, en el corazón de la selva, paraje recóndito e hinóspito.

El acucioso ministro, después de penoso viaje de tres días a caballo, llega a abrazarle afectuosamente, sorprendido de haberse topado con un apóstol del que no tenía ni noticias, que nunca vino a la capital, que no solicitó nada y cuyo nombre no figuraba en ningún infor-

me oficial.

Supo, sólo entonces, que se llamaba Recaredo Bri-
ceño, el pobre y sublime maestro de Quebrada Honda.
Su escuela estaba decorada con plantas tropicales, orquí-
deas y enredaderas. Pintadita, hermosa y alegre, se des-
tacaba en el marco esmeraldino. El profesor había fo-
mentado el sentimiento artístico de los selváticos alumnos.
Los campos de experimentación escolar se hallaban bien
cultivados. Había ensayado, en la parte descuajada, in-
troducir algunas especies nuevas, como la vid. Los mo-
mentos desocupados, limpiaban piadosamente el cemente-
terio los pequeños con sus herramientas de trabajo, rin-
diendo culto a la muerte, uniendo el ayer con el maña-
na, venerando a los antepasados con el legítimo anhelo
de superarlos, para ser más dignos de su herencia. Al
notar el maestro de Quebrada Honda que los sencillos
campesinos eran explotados por cuatro comerciantes que
les compraban a cualquier precio el fruto de sus desve-
los, procura convencerlos de la necesidad de defenderse
económicamente fundandando una bodega. De esta ma-
nera, los productos se almacenaban y eran vendidos a
buen precio y no al que pretendían los acaparadores.
Les demuestra la conveniencia de las cooperativas. Les
inicia en los conocimientos musicales, para que aprove-
chen sus ratos de ocio. Ultimamente se empeña en una
empresa hercúlea: conseguir que los montaraces, en

sus fiestas, no gasten miserablemente en alcohol el fruto de su trabajo.

La generosa condición de estos maestros, lo dijo bellamente el educador Picado, avergonzaba a quienes, desde el asiento ministerial, con toda comodidad impartían órdenes.

¡Oh, edificante acción de aquellas almas desprendidas, que en aldeas apartadas e insalubres, cumplían calladamente con sus deberes y practicaban el bien, sin más aspiración que obtener buenos ciudadanos que sirvan a su patria, agricultores honrados y laboriosos!

Preferida la asignatura cívica en Costa Rica. Los niños se acostumbran, así, a tomar con interés los asuntos públicos. Aun cuando su opinión nada valga, proceden con sinceridad y demuestran atención política.

Gratuita, obligatoria y laica la enseñanza en la feliz nación centroamericana. Casi no existen establecimientos privados. La función educativa llena el Estado, de acuerdo con sus fines y programas. El clero no se mezcla para nada en la gestión administrativa escolar. Se le llama al orden enérgicamente cuando alguna vez se aparta de este camino. No faltan sacerdotes de criterio amplio que ayudan a los planteles del Estado.

Esto lo promulgó bellamente, a viva voz, el amable orador, recalcando que no venía a enorgullecerse de la moderna marcha de la educación en su patria, sino,

escuetamente, a consignar hechos, sin vanagloria nacional.

Sus palabras quedaron vibrando, como un himno de amor, en el salón de actos de la Universidad Central ecuatoriana. Mientras le oíamos, surgían en la mente las biografías de culminantes costarricenses en el magisterio, como Napoleón Quesada, el «tipo clásico del maestro», autor de silabarios y recitaciones escolares; como Roberto Brenes Mesen, espíritu sutil de esteta; como Joaquín García Monge, el ardiente folklorista, «el primer divulgador del libro en Costa Rica y desde luego hacedor de cultura», en frase del poeta Sotela; como tantas cumbres que en la escueta enumeración llenarían muchas páginas.

IDEAS EDUCADORAS

La progresista República de Costa Rica, aunque pequeña en extensión, suministra valiosos ejemplos educativos a muchas de mayor latitud. Ha sabido trabajar por el afianzamiento de las virtudes de sus hijos.

Sobre todo el maestro; suma tal tesoro de abnegación y trabajo, que se le puede presentar como digno modelo de noble desinterés. Flamenco es un símbolo, como lo fue Dengo, como lo es el oscuro maestro de

Quebrada Honda que hace poco nos pintara, con vivas pinceladas, un viajero que con emoción visitó Quito: el doctor Teodoro Picado.

La falange de educadores, numerosa y compacta, es como el ejército de la civilización que libra campales batallas contra el error y la ignorancia, contra las conveniencias y mezquindades de círculo. Esos unidos soldados, no desentonan en las filas.

La idea de no trabajar, la indisciplina holgazana, el escándalo ridículo, el clamor por un plato de lentejas, serían crímenes para esos profesores que aprendieron, en la escuela del altruísmo, a ser desprendidos. El odio no entra en esos corazones. Cualquiera que, en el plano decente de una bien entendida democracia, sea la persona que atesora méritos, es venerada sin considerar influencias, compadrazgos, bandos ni trincas. No han monopolizado el talento, en la baja lid del egoísmo.

Distinguido profesor, en otro tiempo Ministro de Educación, el señor Luis Segreda, declaraba, con profunda sinceridad, que aborrecía el ocio, porque es engendrador de males.. Confesaba que el hombre superior es el que presenta los comprobantes de mayor energía y de may r justicia, «que son atributos de virilidad». Apoyado en la comunidad social, repetía que el invento que más le gustaba era el teléfono, «porque trasmite lo más bello del hombre: la armonía de su voz».

Cuando Secretario de Educación, el señor Dobles, se interesó por la cultura de su patria. A él se le debe eficaz decreto que patrocina la publicación de las obras de los intelectuales costarricenses. Tendieron tan generosas miras a formar una excelente colección de autores nacionales. Amplio fue relativamente el presupuesto para esta empresa. Quiso revivir en su país la vasta campaña cultural de Vasconcelos en México.

La prensa, que todo lo inquiera, trató de entrar en el alma del Ministro Dobles Segreda. Su sencilla contestación al formulario que se le presentara encierra claras enseñanzas.

He aquí una muestra de su manera de pensar:

¿Cuál es su virtud favorita?

La actividad, porque constituye todas las demás.

¿Lo que más aprecia en las mujeres?

La ternura, porque es el regazo de la maternidad.

¿La cualidad que más aprecia en los hombres?

La lealtad, porque significa la mayor fuerza y el mayor desinterés.

¿Su ocupación predilecta?

La lectura, porque aleja el espíritu hacia mundos mejores.

¿Su idea acerca de la felicidad?

Hay que buscarla dentro de nosotros mismos, al lado de una mujer.

¿Su idea acerca de la mayor desdicha?

La pérdida de la madre.

¿Dónde prefiere vivir?

En el campo, porque aleja de las miserias del hombre y acerca a los secretos de la naturaleza.

¿Su autor predilecto nacional?

Aquileo Echeverría, que interpretó, mejor que nadie, el alma de su pueblo.

¿Su autor favorito extranjero?

Emerson, que me hace pensar de modo más generoso y más tolerante.

¿Su poeta preferido?

Rubén Darío, en cuya lira está la armonía de todas las escuelas.

¿El héroe que más admira en la vida real?

Abraham Lincoln, que hizo la guerra para conquistar la fraternidad humana».

Como se ve, fluyen de tan ingenuas y simplificadas respuestas, los más sanos sentimientos de amor, de tolerancia, de civismo, de belleza, de ternura del hogar, de ensueño ilustrativo, de poesía de la naturaleza.

EDUCADOR Y FILOSOFO

EL EDUCADOR

Educador y filósofo es el escritor americano Moisés Vincenzi, distinguido y dinámico profesor en San José de Costa Rica.

Con fuerza de lógica y sencillez, discurre, para convencer a los pequeñuelos que «instruirse es bueno; pero que educarse es excelente». He aquí sus palabras, hondas y familiares a la vez:

“Acércate un instante, niño, a mi escritorio; y conversemos de algo que interesa a tu vida, a tu hogar, a tu país y a todos los hombres. Vas a la escuela; pero, ¿qué propósito principal te conduce a las aulas? ¿Acaso el de aprender el modo de escribir una pa'abra, o el nombre de la capital del Estado? ¿O te muestras enteramente satisfecho con saber sumar, restar, multiplicar y dividir? Sé que el pulpero de la esquina no podrá engañarte si sabes aritmética; la escuela te la ha enseñado para eso: para que aprendas a manejar 'as monedas a contar los objetos que obtienes con ellas. En ese sen-

tido, el servicio que te dan las aulas es bueno; y, si quieres, muy bueno. Pero, ¿es bastante que el hombre sepa defenderse de los vendedores de cebollas y naranjas; para alcanzar un conocimiento superior de la vida?

“Escucha con atención, niño: hay algo mucho mejor que aprender a dibujar en las aulas; o a confeccionar un vestido; o a conjugar un verbo; o a extraer la raíz cuadrada de un número. En otras palabras: esa instrucción es útil para manejarse entre los hombres y no ser engañado por ellos. Mas no te da lo más bello que hay en el alma: la educación de los sentimientos, de la conducta, que es el móvil de la bondad; el escudo contra las bajas pasiones; la fuerza que nos aparta de la cárcel, de los vicios, de las malas costumbres; el consejo que nos alienta en el dolor y nos pone freno en la dicha; que nos hace valientes en la derrota e hidalgos y generosos en la victoria. Ya vez, niño, cuánto más importante es educarse que instruírse; saber manejarse bondadosamente entre los hombres, que hacerse un sabio en geografía o en matemáticas. No obstante, mucha gente ignora esa diferencia, y por ello, el mundo anda mal, de disputa en disputa; de odio en odio; de guerra en guerra.

“Los hombres saben hacer muchas cosas: aeroplanos, barcos gigantescos, edificios inmensos, ferrocarriles, puentes ... No saben, sin embargo, vivir en paz; respetar las ideas y los sentimientos ajenos; proteger a los

desvalidos; ayudar a los pobres; abandonar sus vicios; cuidar con esmero sus virtudes. Su instrucción es superior a su bondad. Y no son los trasatlánticos, los automóviles y los zepelines, con sus comodidades innumerables, los motivos verdaderos de la dicha: con frecuencia se transforman en máquinas de exterminio, en aterradoras fábricas de cadáveres.

“La educación de los sentimientos, de la conducta, en cambio, puede hacer felices a los hombres en una isla desierta, al calor de una hoguera distante. Es muy útil distinguir tales diferencias.

“El niño que las ignora puede llegar a ser un sabio: un carpintero magnífico: un abogado de renombre; un diestro manejador de objetos; un ingeniero famoso. Y a pesar de tanto buen éxito, ser un mal ciudadano, un ladrón, un envidioso, un calumniador, un hombre cruel con los animales y con el prójimo.

“Quien llega a semejante sabiduría es, en el fondo, un ignorante, porque desconoce el sentido final de la vida: el de ser bueno sobre toda otra preocupación humana, aun con el sacrificio mismo de la comodidad, del placer, del esplendor y de la alegría material de la carne.

«Escúchame, buen niño: aprende todas las ciencias, si alcanzas a tanto; pero no cambies, por ninguna ventaja del mundo, la rectitud de tus actos. No olvides, pues, que instruírse es bueno; mas educarse, es una cosa

excelente, que debe preocupar siempre a tus padres, a tus maestros, y, sobre todo, a tí mismo”.

Ha seguido espiritualmente los pasos del gran mexicano José Vasconcelos, a quien un tiempo preocupara el desgarramiento de la túnica de su patria, por el furor de sangrientas revoluciones.

Como Ministro de Educación de su inmensa y fecunda tierra, empenóse, en el corto tiempo en que desempeñara tan complejo y laborioso cargo, en llevar la luz del libro hasta los últimos confines del viejo imperio azteca. El mismo ha narrado cuánto hizo, cuánto proyectó, en una obra enjundiosa que reúne sus conferencias por el continente (1)

Ha sorprendido en Vasconcelos su espíritu de acción y las campañas tendientes al mejoramiento de la vida y el bien de la juventud de su patria. Ha sido considerado también como educador de otras juventudes.

Su alma es joven: está vivificada por la savia inmortal que convirtió a Grecia en un país siempre lozano y sonriente.

Ha sido un infatigable difundidor de cultura en los distintos planos en que ha actuado, sea como político, sea como periodista, sea como viajero, sea como ministro. Prendió su “Antorcha” que iluminaba a muchos

(1) *Indología*.— *Una interpretación de la cultura Ibero-Americana*—(En el capítulo “*La Educación*”).

pueblos, demostrando que las tareas del verdadero educador no cesan nunca.

El gran filósofo de América, que de sus profundas meditaciones forjó la teoría de la segunda dimensión, el claro talento de Moisés Vincenzi, ha hablado, con la inefable fruición de los que sienten en su pecho la llama que inspira y crea, a los estudiantes universitarios de Costa Rica acerca de Vasconcelos. Y entre otras cosas no menos profundas y hermosas, que revelan al psicólogo, les ha dicho que conviene subdividir la personalidad del preclaro mexicano en dos partes: la que toca a su ideología, y la que atañe a su conducta. He aquí que la conducta de hombres que levantan su frente por sobre las multitudes presenta aspecto capital. La conducta es todo, tratándose de los educadores y de los políticos. Muchas veces las fulgurantes y soñadoras ideas se desvanecen, se opacan, por la mísera conducta de quienes las promulgan. En Vasconcelos no ha sucedido eso, porque sus actos fueron, en todo instante, consecuentes con sus ideales y confirmadores de éstos. La raíz de su dinamismo está en la sinceridad irrefragable de su actitud, anota Vincenzi. Como hombre, afirma, no almacena, elige; no diseña: alimenta y desarrolla. No tiene, pues, carne de erudito, difícil para las digestiones más laboriosas. Vive en su siglo XX: más aún: radica en Hispano—América, listo a sentirla de lleno, sin empacho de exóticas vitali-

dades. Quiere convivir con su particularidad biológica: consigo mismo; con su ciudad; con su país; con su raza; con el mundo en forma esencial y escalonada, como sube la sabia a las raíces, al tronco y a las ramas y a las hojas y a las flores y a los frutos... en un desarrollo matemático de aspiraciones". El ágil espíritu de Benjamín Carrión, escritor lojano, ha colocado a Vasconcelos entre los creadores de la nueva América, estudiándole como a civilizador y constructor. Nos ha referido cómo le conoció en Ruan. Pondera su ingenua sencillez, su humana simplicidad, que nada tiene de afectación. Aborrece las actitudes olímpicas: se muestra con encantadora llaneza. Naturalmente sus hábitos sencillos nada encierran de cálculo, como aquella costumbre de Eduardo Herriot de entrarse, en los momentos solemnes, a cualquier tenducho a comprar tabaco para llenar su pipa. Como civilizador, apunta el Dr. Carrión, no sólo se le debe el fomento de las bibliotecas públicas y la dádiva de los buenos libros que hizo editar, sino también el impulso a los trabajos manuales, el estímulo al arte; preferentemente a la música que pule los sentimientos y la fundación de la 'Sala de Discusiones Libres'. Todo lo consagra como a "un Animador, a un filósofo que quiere la vida de su filosofía". Vincenzi resalta con fervor el altruismo de Vasconcelos y la figura del hombre de tantas actividades sociales, dentro de la armonía de su carácter,

ya actúe como educador, ya como político, ya como artista; ya como amante de la sabiduría.

«Hombre leal como sus letras, con sus amigos, con su hogar, con su patria, con su raza. Enemigo de la cortesía y de la diplomacia elástica y de los manuales del Príncipe de Maquiavelo. Franco, casi rudo».

No se aderezaron para él las mieles de la condescendencia, las sonrisas de la oportunidad, el dúctil dón de gentes que tántas injusticias acarrea. Son infinitos los daños que al Nuevo Mundo han causado los hombres débiles, los inofensivos, los contempORIZADORES que ofrecen el oro y el moro al que pasa por la calle, porque no poseen el valor de negar lo que no es equitativo ni se funda en méritos. Estos temperamentos, blandos como la cera, son los peores enemigos de los varones altivos e independientes que no saludan a los ídolos ni saben inclinarse a la conquista de alguna gracia. Los que no se hincan de rodillas nada consiguen, porque jamás se aproximan a esos muñecos, a quienes ven con asco. La voluntad enfermiza es la epidemia más devastadora en los políticos que suben con humos de educadores. Si no dan el saludable ejemplo de su energía, ¿qué esperar de ellos? Son como eterna y dulzona caricia que corrompe al fin. Vasconcelos es enérgico; es adversario de las componendas. «Su conducta parece violenta,—agrega Vincenzi, el parco filósofo,— porque es siempre humanitaria. No era

menos violento Bolívar, ni era menos violento Martí. Los tres, con mayor o menor éxito, han sabido chamuscarse la cara con la pólvora de los combates».

Violento fue García Moreno, porque triunfaba con la acción. Violentos fueron, en la historia ecuatoriana, el General Julio Andrade y Luis Napoleón Dillon, de tanto dinamismo. Vidas que no son ambiguas, que no engañan con el buen modo, son normas de acero, como paralelas ferroviarias, que nos conducen por un recto camino siempre.

Ha contado Vincenzi que la primera vez que le trató en México salió desconcertado. Pero pronto comprendió a ese generoso corazón, que no usa formulismos almibarados. Nos pinta la franqueza de sus ojos, la energía de las arrugas de su frente y la limpieza de su conducta, retratada en sus puros labios.

«José Vasconcelos es un enemigo de los hombres apocados, de los indecorosos; de los claros de luna permanente, de las bohemias vacías de trabajo y de virtud, de sentido virtual e intenso. No justifica los defectos por la gracia de las excelencias. Quisiera que todo los hombres lo fuesen de verdad. Desprecia a los descastados que van a Europa a abominar de América. Y a los políticos incautos que importan civilizaciones en lugar de exportarlas».

Mal de América es, por desgracia, ponderar las e-

normes caídas a pretexto de que quien se arrastró por el suelo es de talento. Así olvidan pronto los asesinatos, las inconsecuencias, las tiranías y las ridiculeces. También el prurito de copiar al pie de la letra lo de afuera contribuye a presentar pequeños a muchos países americanos, porque no colman de estímulo ni dan importancia a sus producciones intelectuales, a sus obras, dignas de lucir en lejanos horizontes. Vivimos devorándonos en nuestra propia casa, admitiendo sólo como perfecto lo que procede de otros horizontes.

La vida de Vasconcelos, analizada por almas sanas, observadoras y pulcras como la de Moisés Vincenzi, ha de ser útil en América, para corregirnos de tantos defectos que empañan las virtudes de las pujantes nacionalidades que de la fecunda España, amada por el Maestro de América, vinieron a mezclar su sangre y transfundir su alma con la virginal de estas feraces tierras, en las que fueron señores Motezuma y Atahualpa.



EL FILÓSOFO

Filósofo, en la extensión de América, es el dilecto espíritu de Moisés Vincenzi, que ha unido a la pulcritud de su estilo el hondo análisis de las cosas. Es el

descubridor de una dimensión no sospechada por Euclides. Es el profundizador de Nietzsche.

Ha promulgado que las ideas marchan, en el eterno devenir, perfeccionándose, por más que algunos pensamientos fundamentales, sólidamente asentados en la moral humana, sean eternos. Para comprobación, bastaría citar algunas doctrinas socráticas, platonianas, aristotélicas, que casi no han cambiado con el transcurso de los siglos y a pesar del trastorno de las civilizaciones. No pocos filósofos dan vuelta a sus ideas, presentan novedad en sus métodos y exposiciones, se vuelven, las más de las veces, nebulosos, pero, en el fondo, coinciden con lo que ya expresaron sus viejos antecesores. La caza de ideas conviértese en flamante deporte, cuando la forma refulgente seduce a los cazadores. Mas, si con serenidad se medita, lo cazado resulta cúmulo de antiguas piezas que ya eran sabidas y conocidas en épocas preteritas.

No así Vincenzi, que aspira a seleccionar las ideas y volverlas prácticas, a fin de que aprovechen al mayor número y consigan el perfeccionamiento del género humano. No se opone esto a su tendencia original. Con buenas ideas, con las que infunden aliento y esperanza, combate, tomándolas como armas de noble defensa.

Las ideas sombrías, las que propagan el pesimismo y enervan el vigor de las almas, causan mucho daño a quien no se detiene a reflexionar serenamente.

Por esto, América lee con el mayor agrado todo lo que produce la reposada pluma del filósofo Moisés Vincenzi, porque revela hondo estudio y maduro conocimiento de las cosas que trata. En Costa Rica publicó un tomito, en el que investiga de manera nueva, al gran filósofo alemán que debería ser más leído por la juventud americana.

Mil veces se ha escrito el nombre del que trazó «Humano, demasiado humano» y tantas obras que cautivan por sus pensamientos originales y hasta por sus contradicciones. Por lo mismo, encontrarle en no trillado camino, dentro de lo que han dicho muchos críticos, revela conciencia del saber, análisis introspectivo y búsqueda prolija de la metodología nietzscheniana.

«Pretendo, dice Vincenzi, realizar hoy los dos ideales: mostrar al lector ejercicios propios de mi espíritu y ofrecerle un mensaje inédito de Nietzsche.

Al discurrir sobre el método, sin serle extraño el procedimiento de Saint Beuve y de Hipólito Taine, preconiza el integral. Así penetra, con paso firme, en la psicología «del filósofo más agreste de la época».

«Juzgar de la fuerza de un hombre, por lo que dice, añade, sin conocer cómo y en qué forma le funciona el espíritu, es una aventura acometida a diario, sin buenos resultados, se podría afirmar, con grandes probabi-

tidades de no equivocarse, que a tal método corresponde tal obra».

Analizando la manera de trabajar de un escritor, da con los factores de Nietzsche: pensamiento, sentimiento y voluntad.

Moisés Vincenzi, preparado como pocos para los combates del raciocinio, acostumbra severa lógica, sacrificando, en ocasiones, las galas literarias, a fin de que gane en fijeza el concepto. Se reconcentra y medita, antes de confiar sus impresiones y sus ideas al papel. Gusta de comprobar sus afirmaciones, lo que no sólo manifiesta suma honradez, sino dominio de la materia que se propone presentar.

Así, para asegurar que la mayor parte de la obra del que interpretó «cómo hablaba Zaratustra» es contradictoria, se funda en estos motivos:

“1° — Extrema las exigencias de la razón, hasta conducirla a los parajes antinómicos de la verdad. 2° — Pone a trabajar, de un modo desmesurado, las tres fuerzas de su espíritu: pensamiento, sentimiento y voluntad. 3° — El desarrollo integral de esas fuerzas le abrió el apetito por el ideal de una filosofía polifacética; apetito atropellado y temerario hasta la locura». Resumiendo, prosigue: «En lo intelectual: un antinómico; en lo ético: un héroe—voluntad de sacrificio—; en lo poético: un cantor de los misterios del Cosmos. En todos los órdenes de la

vida, un precursor del mundo polidimensional que está apenas bocetándose en la época moderna».

Otras características halla también Vincenzi en el raro filósofo alemán que estudia. El distinguido maestro Víctor M. Cañas, que ve las analogías de Horacio, escrutador de la naturaleza, con Nietzsche que procuraba ser humano, muy humano, recomienda, después de aplaudir al filósofo Vincenzi, lo siguiente, a las generaciones que aman el libro y las saludables meditaciones sobre sus páginas: «La juventud estudiosa de nuestro país (y de casi todos los de América, ¿por qué no decirlo?) que se embriaga, hoy por hoy, en el psicoanálisis de Freud, y se pára perpleja ante la teoría de Alberto Einstein, debe acercarse al más completo de los filósofos alemanes y, sobre todo, al más sincero y audaz de sus precursores, y debe leer con cariño las obras de este loco sublime que todo lo vió y todo lo dió; este loco que, no teniendo más joyas que ofrecer, pudo, sin embargo, conceder su dolor».

Buena parte de la juventud de América gustaba otrora de hojear los libros de Federico Guillermo Nietzsche; pero hoy, atraída por efímeras modas, los ha cerrado, yéndose por distintos vericuetos, tan extraviados e inciertos, en pos de llamativas flores que no encierran sino ceniza, como las vistosas manzanas del Mar Muerto.

Quizá por esto, quejándose distinguido diplomáti-

co salvadoreño de la vida escandalosa y atropellada de la generalidad de los jóvenes americanos que ligeramente mariposean las artes o las letras, atacaba la «bohemia de mal gusto» que sirve, no como contribución a los nobles arranques pasionales, sino para abreviar la vida a fuerza de vicios, para el ataque a la higiene y las infracciones contra la moral.

Añadía, con sobrada razón, el Dr. Gustavo A Ruiz: «Ocurre, con frecuencia, que nuestros poetas y escritores carecen de ética profesional, y son, las más de las veces, amenazas sociales. Esta circunstancia ha contribuido quizá a que las obras literarias americanas no sean constructivas y a que no se crea en lo que dicen los literatos».

Tal me escribía desde Buenos Aires, después de haber recorrido la América palpando cómo viven multitud de jóvenes que pulsan la lira y empinan el codo, que se imaginan genios y que son insufribles por su soberbia, que desprecian a la sociedad y la insultan con sus contravenciones.

¿Obras americanas constructivas, libros de filosofía? ¡Quiá! Si los ensayos, atropellados y de circunstancias, son eróticos para cobrar fama de audaces; destructores del buen gusto, de la hermosa tradición, arrogantes, descomedidos, insinceros, ¿qué emoción despertarán, qué sentimientos de nobleza serán capaces de infundir?

¡Triste móvil buscar sólo el aplauso momentáneo, la adhesión de la nada edificante pandilla, la simpatía del escándalo!

¡Que la reacción saludable se produzca, y que una legión de jóvenes, siguiendo al maestro Vincenzi, empiece por defender la hondura de las ideas, junto con las buenas costumbres!

NOTA:— Apenas, pálidamente, he considerado algunos aspectos de Vincenzi, sin hablar de él como crítico y literato. Alguna vez, por deporte, hizo versos. Poseo un soneto suyo, hermoso y hondo. Su obra educadora le ha absorbido en Heredia, Escasú, San José. A sus conferencias en México y Cuba, hay que añadir las que, en 1.935, dictara en Nicaragua.

Esta es su bibliografía que conozo:

Mis primeros ensayos.— Prueba de una Filosofía personal.— Tres series (1.917)

Aticismos Tropicales (1.918)

Valores fundamentales de la Razón

Paulino y Suetonio.— (1.919)

Principios de Crítica.

Voces Lejanas.

Crítica trascendental.(1.920)(Comprende también «Paulino y Suetonio», diálogo latino escrito en cinco jornadas)

Atlante—Boceto de novela fantástica (1.924)

Mensaje a la juventud de nuestra América.

Froilán Turcios.— Crítica literaria.

La segunda dimensión.

El último madrigal.

Diálogos Filosóficos (Incluye «Paulino y Suetonio» y «La segunda dimensión»)

José Vasconcelos (1.929)

Caracteres Americanos (Abraza los correspondientes a los escritores Antonio Mediz Bolio, José Vasconcelos y R. Blanco—Fombona Además, *El Porvenir Político de la América Latina, y un cuestionario educativo*)

Pierre de Monval.— Caracteres humanos. Primer tomo (1.935)

(Comenzó a estudiar la personalidad crítica de Vincenzi don Napoleón Pacheco, en el opúsculo *Filosofía de la Crítica* (1.929), como introducción a su *Ensayo sobre el Pensador*).

RUTA DE LA ESCUELA

SE NECESITA UNA MUCHACHA

¡Ruta de la escuela a donde van las almas que anhelan su mejora! El itinerario de la escuela ha apartado a muchos del mal. Por el camino de la escuela, nos alejamos del camino de la perdición.

¡Ojalá, en asocio del hogar, la ruta de la escuela enderezara los rumbos de la vida! Educarnos es partir por el más seguro de los senderos.

La educación de la mujer, requiere infinitos desvelos. La ruta de la escuela es principalmente para ella la ruta del hogar.

Está de moda hablar de los tesoros de la femineidad. Se ha discurrido mucho acerca de la educación de la mujer ecuatoriana y si le es conveniente el derecho de votar que le conceden nuestras leyes. Han terciado en la discusión ágiles plumas femeninas. No han faltado ligeros e irónicos artículos que ponen de relieve nuestro

medio ambiente, la cultura escasa de las mujeres del pueblo, para deducir que el voto no es deliberado ni a conciencia.

Impropio y hasta ingrato es que se apasione con los debates políticos. Nos encanta la cultura femenina, su esmerada educación, sus arrestos de dignidad e independencia; pero no nos gusta verla mezclada en el espinoso campo de la política, por más que le sobren aptitudes y derechos para actuar en ese circo.

Preferimos admirarla oficiando, como simpática sacerdotisa, en el hogar, que es su templo y su positivo palenque político.

A este respecto, nos conmovió y despertó viva curiosidad el título «se necesita una muchacha» que precedía, no precisamos dónde, a un trozo sintético y muy bien trazado, en el que el aviso despertaba los bienes de la femineidad. Más que en el campo electoral, el Ecuador sería feliz si tuviera un ejército de corazones femeninos aptos para el gobierno del hogar. Leamos estas hermosas líneas:

«Se necesita una muchacha sana, robusta y fuerte, de sonrosadas mejillas y vivaces ojos que muestren al reír la alegría de la vida, que haya aprendido a jugar a las muñecas, a cocinar, coser y hacer sus propios vestidos y que haya cursado, por lo menos, el sexto grado con buenas notas; que en su casa o en la escuela, veraz

y sincera, prudente y discreta, nutra su alma de sanas ideas y realice acciones nobles y generosas. Una que sepa hacer la cuenta del mercado, coquetear, estudiar y bailar, que sea creyente, confiada, sumisa al deber, valiente y simpática, y que tenga su cuarto, su cuerpo y su alma como una tacita de plata; que aprenda a cantar, el piano, a pintar, a cuidar pájaros, flores y a recitar poesías: una que guste tanto de la cocina como del salón; del campo y sus saludables ejercicios, como del teatro y otros sanos placeres del espíritu; que vista a la moda, con sencillez y elegancia, que no envidie la suerte ni el collar de su vecina: que no murmure ni use tijeras sino para cortar la muselina.

«Que sepa hablar francamente: que en el salón y en el hogar brille su ingenio y alumbré su buen tino: que sin timideces de mojegata ni petulancias de marisabidilla, endurezca el vidrio de su fragilidad; una que de novia mire recto al corazón del hombre y no a su bolsillo, pensando que el primer deber de la mujer ecuatoriana, es crear la familia ecuatoriana, antes que soñar con la indolencia estéril, y que sujeta a la disciplina doméstica, no olvide que la realización de cualquier destino depende del noble impulso de una voluntad libre. Se necesita una muchacha que teja su vida de «humildades y de elevaciones», porque así se teje la vida; leyendo buenos libros; guardando su casa e hilando su lana, que sea

prudente con sus hermanos; que respete a su padre y sea solícita con su madre; una que plasme, féconde y ayude a «aquel otro» muchacho, estimulándole al amor y a la lucha y la virtud, a la acción y la riqueza y a la gloria, y empujándole a lo bueno, a lo verdadero y a lo bello, con la mirada fija en la patria, en la pureza de sus símbolos, en la nobleza y elevación de sus ideales, en la riqueza de su suelo, que imponen el trabajo diario y constante a cada uno de sus hijos; que marche armada con escudo más fuerte que el de los caballeros medievales; la voluntad ardiente de hacer el bien, la plena confianza en la obra realizada, la esperanza juvenil y la fe ciega en el porvenir grandioso de la patria.

«Se necesita una muchacha que ame la vida, que no pierda la esperanza de vivir cien años, que vista de azul y blanco en el mes de Mayo, y que desdeñe al cobarde que vuelve la espalda al trabajo diario.

La patria necesita con urgencia esta muchacha. En todas las escuelas y en toda casa honrada se le buscará siempre».

Nada quedaría que agregar después de tan elocuente requisitoria social para el despacho de la tranquilidad doméstica. Esta muchacha que necesitamos ha de venir, tarde o temprano, al Ecuador, si la educación no se desvía y si las inteligentes mujeres propenden a conservar su hogar perfectamente armónico.

EL NAUFRAGIO DE UNA VIDA:

Nada tan saludable como la alegría espontánea y auténtica. El hombre que trabaja y lucha diariamente, la persona grave que se halla recargada de responsabilidades, necesitan un contrapeso: el de la sana alegría. Deben reír a menudo como niños grandes, a fin de endulzar las negras y amargas preocupaciones. Si así no se procede, se camina a la neurosis y a la muerte.

¡La vida es tan corta y está sembrada de tantas espinas! Ojalá los que nos rodean las transformaran piadosamente en rosas! ... ¡Cuánto a ello contribuye la tranquilidad del hogar, junto al regazo de la compañera buena, con la cual resulta falsa la sentencia de Ovidio que afirmó que en amor «la inquietud y los pesares caminan siempre juntos!» Ojalá los puntiagudos guijarros del camino, al herir nuestras plantas, produjeran reacción reconfortante. Sólo la familia modelo consigue este milagro.

Somos tristes y desvalidos. Cualquier infortunio nos sobrecoge, sin que el prodigio del remedio filosófico se opere. Sobre todo en el doloroso vía crucis pasional, los sufrimientos crecen. «Querer olvidar a alguien es pensar en él, ha dicho La Bruyère. El amor tiene de común con los escrúpulos, que se agría por las reflexiones y los rodeos que se dan para destruirle. Para aminorar una pasión, es preciso no pensar en ella».

Pocos son los caracteres que ponen punto final a sus desdichas heroicamente, cuando no pueden lavarlas. Para tan titánica determinación, se necesitan, ya no las alas de Icaro que se deshacen, sino los brazos audaces de Prometeo. Si sentimos que se desgarran diariamente las entrañas, ¿cómo no anhelar que las cautivas olas nos cubran con su espumoso sudario?

Castiga la ley a los ladrones del precioso grano y deja en la impunidad a los que consienten en que se pudra en los graneros. ¿Y no ha de maldecir la sociedad a los ladrones de honras que permiten que se corrompa la santa semilla del hogar?

En Estocolmo, mientras se ponían los profanos ojos en una tumba del siglo XVI, se encontraron esqueletos femeninos cubiertos de corazas..

Que en estos tiempos, siquiera moralmente, las mujeres se ataviaran de la coraza de la virtud para que no naufraguen tantas vidas. Si aquellas respetables matronas suecas vencían recubiertas de hierro, que hoy las forradas de seda hicieran lo mismo, para no sacrificar preciosas existencias, que se sienten maculadas.

La inquietud femenina, la frivolidad reinante, la indiferencia de muchas mujeres modernas por las labores domésticas, por los quehaceres primorosos y delicados que realizaban nuestras abuelitas, acusan grave decaimiento espiritual. Por esto, marchan a la diablo algunos

desventurados hogares.

Ya no se ven a las adorables cabecitas de ébano, a las amadas testas de rubio ticiano consagrarse a las veladas en familia, bajo la pálida pantalla, dedicadas a lecturas amenas, a bordados primorosos, a la música evocadora, dando en aras de la santidad del hogar su juventud, hilvanando en cada puntada la tela azul de los ensueños y recuerdos, lejos del perjudicial bullicio, de los compromisos sociales, de las orgías decentes que tan fatales consecuencias acarrear.

El lujo, el ansia de objetos confortables, la manía exhibicionista echan a perder a tantas cabecitas locas. Descuidan al marido, en vez de fortalecerle para el trabajo, de volverle grata la permanencia en el hogar; abandonan en manos de las criadas la vigilancia de los hijos, dejan el costurero por ir a la calle, y hasta se permiten fugarse al cine sin permiso del esposo o entrar con amiguitas a hoteles de moda.

El naufragio llega. Las fatales incidencias de la vida despertaron los instintos y adurmieron a los deberes. Huyen buenos sentimientos y santos propósitos. Nace en el hogar la desconfianza y se vuelve un infierno. La adorable fraternidad familiar ha terminado.

¿Qué ejecuta el más santo cuando palpa que se desvanecieron sus ilusiones, que el hogar se ha desgarrado cubierto de fiemo, que se minaron poco a poco bie-

nes materiales y del espíritu, que la salud decayó por la tortura moral? La tragedia es irremediable. La honra es más fuerte que la vida.

Llegó la muchacha que
necesitaba el Ecuador

Con las cualidades morales puntualizadas, está en camino la muchacha ejemplar que el Ecuador necesita. Viene a poner orden a hogares sin concierto, en matrimonios desorganizados. Del caos doméstico se queja selecta dama argentina, al palpar falta de espíritu de sacrificio de ciertas mujeres que descuidan la educación de sus hijos. Ven como tabla de salvación el divorcio, pero el remedio les resulta peor que la enfermedad familiar.

"¡Ay de ellas, dice la señora García Mansilla de Mantilla, si la pasión las empuja a otro hombre y si el divorcio sanciona lo que ellas entienden por sus derechos! Algún día experimentarán en su propio corazón los resultados de esa ley que Pablo Bourget define con tanto acierto: "ley asesina de la vida de familia y de la vida religiosa: ley de anarquía y de desorden que permite libertad y felicidad y sólo da esclavitud y miseria".

"Pablo Bourget, el psicólogo cristiano; Eduardo Rod, el apologista del amor, el uno, con un concepto sobrenatural, el otro con un concepto puramente humano, han

tratado el mismo tema, y por distintos caminos, y sin las mismas intenciones han puesto de relieve la monstruosa aberración de un acto que condena al sufrimiento a un inocente.

«Los dos, al presentar dos casos distintos, llegan a la misma conclusión: la felicidad no se encuentra en el divorcio, porque, demasiadas cosas amargan la vida, ya sea al cabo de algunos años, como en el "Le divorce", ya sea inmediatamente, como en "La vie"; de Michel Teissier.

«Nadie puede ser feliz cuando siente un reproche en la conciencia. ¡Dichoso todavía si, como la heroína de Pablo Bourget, puede llorar su falta al despertar la fe en su corazón! Pero la falta puede repararse, la frente abatida por la vergüenza puede levantarse purificada por el dolor; ¡nada podrá detener las consecuencias de la falta que se cometió!...» ¿Y el niño, mientras tanto?

“Señoras: los hijos pertenecen a sus padres, pero más categóricamente aún, los padres pertenecen a los hijos; todos los derechos son de los hijos, lo mismo que todos los deberes y sacrificios corresponden a los padres”

Mujeres abnegadas, madres excelentes ha menester, por legiones, el Ecuador. Es triste que no pensemos lo suficientemente en los males infinitos que ha traído el divorcio en nuestro medio inculto, indisciplinado y disolvente, y nos entretengamos más bien en las letanías del

voto a la mujer.

Ansiemos, antes, que se conduzca ejemplarmente en el santuario doméstico.

Es angustiada realidad social ésta que nadie negará: los matrimonios son escasos, contados, raros en el Ecuador. Cada matrimonio de alguna significación es acontecimiento tan trascendental que agita a la ciudad y da comidilla para semanas. Si los matrimonios fuesen frecuentes, todos los mirarían como actos muy naturales, que se repiten a menudo.

¿Cuál la causa del fenómeno? Merece la pena estudiarla a conciencia, sin prejuicios, sin adulos, sin miras políticas.

La evidencia es desconcertante: pocos quieren casarse. ¿A qué obedece tan obligado y cruel celibato?

La grandeza nacional ha de venir cuando se consoliden los hogares, cuando en ellos los padres de familia cuiden de la fundamental educación de sus hijos. Hay que reemplazar la belleza artificial con la auténtica del alma. La belleza artificial suele ocultar muchos venenos, sales de plomo, benzol, que irritan la epidermis, enemigos que rajan los labios, tóxicos que destruyen aquel organismo que desea adelgazar y mantener la línea. En cambio, la hermosura del corazón es perdurable: suele permanecer lozana aún más allá de la tumba.

Necesitamos muchachas de belleza espiritual; que

huyan de las simulaciones, que eviten lo superficial, con el fin de poner la monta en su propia cultura, en su perfeccionamiento.

TODA NUBE LLEVA UN RAYO DE LUZ

Ardiendo en la llama del optimismo, ha recordado esta frase de un poeta: *toda nube lleva un rayo de luz*, en carta que es himno a la esperanza, una escritora que, amable en sus consejos, se complace en disipar penas y brega por infundir valor a las delicadas y medrosas almas femeninas.

Todas las mujeres, por santos que sean sus anhelos, han tenido una hora de desconsuelo y decaimiento, ante los obstáculos y duras realidades de la vida, ya sea en el hogar, junto a los severos padres; ya en la mansión conyugal, cerca del esposo; ya desempañando con abnegación el papel de madres, rodeadas de sus hijos.

Así las hemos visto algunas veces, húmeda la pupila y triste el semblante. El remedio se basa en reflexionar serenamente en que esos males son momentáneos y en ocasiones provocados por la misma voluntad, que se crea obstáculos y se fija en naderías.

En un grandioso monumento, el inmortal Miguel Angel colocó, junto a la estatua de la inerte Noche, al gigante y membrudo Día, que desentumeciéndose se apresta a la lucha. Tal es el símbolo de nuestras afliccio-

nes aplanadoras, que han de reaccionar pronto aperebiéndose al combate.

Con esfuerzo constante se llega al puerto, según lo manifiestan los "barqueros curvados sobre los remos, los ojos fijos en la extensión de las aguas", en el célebre relieve del Giotto, en el Campanille de Florencia.

Los caracteres de corazón magnánimo ponen buena fisonomía a los pesares, confiados en que el valor moral obtiene al fin el triunfo.

Las confidencias de la aludida varonil escritora se sintetizan así, al dirigirse a su amiga, en quien sospecha cierta vacilación:

... «¡No, Maruja, aunque la vida no sea, en el fondo, más que ingratitud y egoísmo, no tiene que ser esto una causa de tristeza!

«Todos hemos pasado por lo que has pasado tú; quizás, hayamos tenido, algunos, aun más motivos de queja; pero, en todos los casos, hemos podido levantarlos ilesos y como nuevos.

«Ya verás tú cómo, en el transcurso de los días, aparecerá, poco a poco, esa tenue lucecita que llaman la esperanza y, cuando menos lo pienses, tus penas, tus preocupaciones, no serán más que recuerdos, que mirarás con sorpresa.

«La vida es muy linda si posees su secreto: ¡saber cómo tomarla!

«Nunca he dado importancia a las reflexiones amargas y destructoras de esos enfermos llamados pesimistas. No hay que creer en esos eternos descontentos, que pintan todo lo que ven y lo que sienten bajo un aspecto triste y lúgubre».

Toda nube, por fatal agorera de tormenta que fuese, no deja de resolverse o en luminosidad y espejismo, o en lluvia benéfica, que viene a refrescar a la abrasada tierra.

El optimismo obra proezas, lo dijo bella y sintéticamente un divino poeta, Olmedo, en admirable verso: «Quien no espera vencer, ya está vencido».

La falta de confianza en nuestras propias fuerzas suele ser nuncio de espantables derrotas. No nos aflija ni amilane la negra ingratitud. Si proceder bien es sentencia de muerte, vayamos serenos al martirio, con los ojos puestos dulcemente en el ideal.

¿Qué sucedería al espíritu si se dejase abrumar por los egoísmos y pequeñeces, por los chismecillos y vilezas de la mísera jornada?

En el jardín femenino, las hermosas flores no se detienen a recoger los cardos del áspero camino ni hacen caso del escozor de las ortigas.

Quedan, para las mujeres educadas e instruídas, muchas altas labores, mucho altruísmo que llenar, muchos actos nobles que acometer, muy distintos de la ruindad

y de la envidia. Con ánimo sereno marchan de frente' con su gracia auténtica y sus ojos soñadores, sin bajar la vista y contemplar abismos.

Por el contrario, con mano firme señalan la ruta de la escuela, donde está el porvenir femenino, si la causa educadora cumple su misión generosa.

A velas desplegadas, van las mujeres varoniles: conducen sus recuerdos por los mares de la vida, siguiendo segura y prometedora ruta educativa. A la distancia, agitan tricolores banderas y llevan dulce saludo de la amada patria, sin que vientos de olvido encrespen las olas.

JUGUETES

¡Oh, juguetes! ¿Qué tiernos corazones, al veros exhibidos en vitrinas, no laten de contento, reclamando poseeros al instante? Sus sonrisas os dedican las almas de los niños, como en el colmo de ensoñada dicha; os hablan cariñosos, y aun esperan una ingenua respuesta de alegría.

¡Juguetes!, fantasía de año nuevo, que nos trae en sus brazos la esperanza; delicadas pompitas del ensueño que, al menor choque de lo real, estallan!

Un año que se va y otro que viene, es el compendio de la vida, ruda, triste y acerba. ¡Cuán breve la jornada! Corto es el trecho hasta el final: la tumba. Burla de pasioncillas y dolores, cada año agonizamos lentamente. Cual flor de espino es el placer, ruin goce que al débil soplo del deber perece.

Juguetes, pasatiempos fugitivos, pobres riquezas de falaz hechura, despertáis en el niño y en el viejo el recuerdo de inútiles locuras.

Juguetes que reparte nochebuena, remedando a los cuentos orientales, símbolo sois de la flaqueza humana, infantil en sus glorias y en sus males.

¡Oh, cuerdas de reloj! ¡Oh, cochecillos, atletas, aeroplanos y peleles, ludibrio de chicuelos que, curiosos, por buscar un secreto, os dan la muerte, hurgando en vuestras vísceras recónditas el resorte o la causa que os impele! El muñeco de trapo, en sus entrañas lleva ¡ay! estopa, cuando no serrín; y en la ninfa de tersa porcelana, en vez de corazón, hay paja vil. El señorito fatuo, el caballero, que manchan abolengos de familia, con actos censurables y ridículos, son juguetes sociales: tal su estigma.

El globito de caucho raudo vuela: lleva aire y nada más; por esto sube. El carruaje de estaño corre y cae sin gobierno: un payaso lo conduce.

Soldaditos de plomo no resisten al menor simula-

cro de combate. Cornetas y tambores sólo suenan al capricho de quien los sopla o bate. Retorciendo la cuerda, salta el mono; a latigazos la peonza baila; si no le adulan, el bebé no silba; nunca de pie la *dormilona* canta.

Y los *porfiados*, de rodillas siempre, por más que ruedan, no les pasa nada; si a tierra se les echa con desprecio, el plúmbeo vientre a la cabeza manda. Tal acontece con quien burla es siempre de la miseria, y qué cosecha lágrimas.

Así el honor, la dicha y los ideales son juguetes del mortal pueril: tratar de conocer su mecanismo, es destrozar la cuerda del vivir, que a veces en un hilo se sostiene como cosa infantil.

Juguetes, bagatelas de un momento, suspendidos del árbol del amor: propósitos brillantes de año nuevo; adulos de la mente que soñó; estrellas que alumbráis en nochebuena el portal de Belén de la ilusión, el niño y el anciano rememoran vuestra frágil hechura y nitidez: oropel, baratija que se daña, en manos del dolor y del deber.

¡Oh, juguetes, tan caros y tan nulos que con todo sois cumbre del ensueño!...

HOGAR Y ESCUELA

Llamamiento a los padres de familia.— Agonía del esfuerzo propio.— Salvamos a la juventud.— Muchachos y viejos.— Un episodio afectuoso.— Los jóvenes leen ahora muy poco.— A la noble labor cerebral, ha seguido el abuso de la física.

El gran republicano Pi y Margall, apóstol de las ideas regeneradoras en su patria, decía que la humanidad sólo da pasos atrás para tomar carrera.

Queremos suponer que esto está pasando, en general, con la educación de la juventud ecuatoriana. Se nota marcada frivolidad, afán de surgir, sin base ni preparación, sed de goces materiales, sin dejar casi nada para el espíritu. La poesía es considerada como cosa baladí. Los versos ya no suenan a sentimiento ni humanidad, sino a hueco, como si los enigmas rimados se propusieran fatigar el cerebro de los lectores, proporcionándoles acertijos.

Poesía es belleza y, por lo mismo, es lucha contra el mal. Ansia de mejoramiento debe guiarla. Nos ahoga entre sus repugnantes tentáculos el pulpo del egoís-

mo. El hecho es natural. ¿Cómo exigir cultura refinada a la gente vulgar que nada comprende de la vida y menos de la poesía? ¿Qué significan para ella las flores del altruismo y sacrificio?

A la juventud le toca probar que no retrocedemos en generosidad moral, en belleza del espíritu, en valores del intelecto, en cosecha de ideales.

Con pena, vemos que está agonizando el esfuerzo propio. Casi nadie quiere trabajar. Solicitan que se les den las cosas a pedir de boca, mascadas, porque no les asiste la buena voluntad del empeño paciente, del estudio interno, de la demora en el análisis, para adquirir ideas propias, para darse cabal cuenta de los problemas.

En este agobiador desmejoramiento juvenil, los grandes responsables son los padres de familia. Creen que la escuela, el colegio son los llamados a transformar al muchacho. Error funesto. Sin la dirección del hogar, nada conseguirán los establecimientos de educación pública. Algunos padres de familia se contentan con enviar a sus hijos a esos planteles, como si se librarán de un estorbo, y viven satisfechos, imaginándose que su tarea ha terminado. Padres de familia, auténticos padres de familia: vigilad a vuestros hijos: cuidad de la juventud; no les tengáis a rienda suelta. La juventud está descarriándose. Un materialismo abrumador impera: todo lo imploran miserándamente como fácil limosna

para el cuerpo, nada que a la inteligencia sirva, nada como luz que aclare su morada interior, y vuelva diáfanos y puros sus sentimientos.

La mediocridad empuña cetros desde lo más temprano, apoyada en la osadía, no en el mérito.

Escuelas e institutos gimotean su impotencia, huérfanos del apoyo moral de los hogares. Casas solariegas, árboles venerandos a tierra van cayendo, porque ya no son los amores filiales las columnas fuertes.

Esos jóvenes, tempranamente desperdiciados, lloran más tarde lágrimas de sangre, dando, ya sin remedio, la razón a aquel maravilloso poeta persa del «Jardín de las rosas» que aseguró que «siempre lloramos por nosotros mismos». Saadi tendrá razón ante el fracaso que pudo ser victoria.

El llanto del amor y de los afectuosos recuerdos es otro.

Recordamos haber leído este tierno y sugestivo episodio:

«Jorge Clemenceau— que bien puede representar toda la gloria de la República — llorando como un niño tras el cortejo que conduce por la carretera de Giverny los restos del grande Claudio Monet al cementerio de su pueblo natal, explicaría lo que contienen esos grandes espíritus para ser tan grandes.

«Porque en esa amistad no es sólo el vínculo per-

sonal lo que fundía en uno a esos dos hombres admirables; era la comunión en el arte, cosa frecuente en Francia, donde todos los grandes políticos fueron por esencia grandes poetas de la acción.

«¿Quién leyendo y viendo actuar a Gambetta no siente la emoción que despiertan los altos paladines?»

¿Quién no explicaba la fuerza de convicción de Juan Jaurés, oyéndole recitar, en griego, pasajes de Homero o, en latín, citas de Virgilio, mientras esperaba turno para ocupar la tribuna en que debía tratar de ásperos asuntos económicos que el líder reducía a disertaciones artísticas?

«Ahora, lá intrepidez y la heroicidad francesas, que ni en las horas más trágicas de Francia, se permitieron un temblor de voz, enmudecen en la garganta de quien no hace muchos meses demostraba que era el mismo «Tigre», dirigiéndose al presidente Coolidge o lanzando su Demóstenes como una piedra de catapulta sobre la desorientación de los políticos actuales».

¡Artistas, políticos, poetas de acción que investigaron mucho, que trabajaron, que se instruyeron, que se alzaron como claros autodidactas, servid de ejemplo!

Clemenceau lloró, yendo tras el sencillo y fúnebre cortejo de Monet: admiraba a los que cultivaban lo bello y profesaban la religión de la amistad.

¡Viejos sublimes que fueron laboriosos y ejemplares jóvenes!

Otros sentimientos corren en boga ahora. Se anhela el triunfo del músculo. Magnífica es la gimnasia: mas nosotros propendemos a salirnos de la línea. El abuso de los deportes nos ha traído una como atrofia espiritual. No lo quieren comprender esto los padres de familia que abandonan a sus hijos, mu y satisfechos de que están ejercitando sus puños o adiestrándose a los puntapiés.

Está de capa caída la noble labor cerebral, la de los libros. Pocos los abren hoy. Los textos sufren destierro. Las obras de consulta de nada sirven, ya que nadie las hojea. Se lee muy poco y la ignorancia, barnizada de cultura moderna, se enseñoera, con sus groserías y deficiencias. Padres de familia: sois responsables del desastre juvenil. No confiéis del todo en colegios y escuelas: confiad en vuestras lecciones, en el mantenimiento de la disciplina, en el triunfo del concepto de hijo, sumiso, obediente, trabajador, estudioso; que ve la casa de sus mayores como un templo; que en ella pasa la mayor parte de las horas, que las aprovecha en selecta lectura, en formar su corazón y fortalecer su voluntad. Padres de familia: doleos de la desorganización social; guiad a la juventud; enseñadla el hermoso camino de la instrucción en el hogar, cuidando de que vuestros hijos lean mucho de lo sano; atendiendo a que sus energías las empleen bien, en obras de provecho, que han de ser la base de las luchas del mañana.

Padres de familia, ayudad la tarea de la escuela y del colegio: completadla; haced que fructifique. Si la semilla que en los establecimientos de educación siembran los maestros de verdad no recibe el riego del hogar, morirá sin remedio. El hogar es invernáculo, es santuario, es conservatorio de almas. Infundid amor al estudio a vuestros hijos.

EL REINADO DE LA BELLEZA

Flor de un día, como la pura y encendida rosa cantada por el poeta, es la belleza, que quita el sueño a los mortales. El soplo más suave puede empañarla, cuando el huracán de la muerte no la deshoja para siempre.

Profunda pena nos ha causado la noticia de haberse marchitado sin remedio la diosa carchense, que fue elegida reina de la hermosura. Ha caído en temprana hora, dejando sumido en desconsolador luto a su reino azul de ensueños. La ciudad de Tulcán ostentará crespones de tristeza por la gentil azucena.

Ayer no más lucía en su trono gentil, recibiendo el homenaje de sus vasallos. Hoy es materia en descomposición, que desconcierta y anonada. El reinado de la

belleza ha sido tan efímero como el de una estrella que parpadea en el espacio y huye eternamente hacia mundos desconocidos.

En el Carchi se prendió esa luz, alegrando muchos corazones. Las sombras la han reemplazado, angustian-do muchos pechos que ahogan sus sollozos.

Las reinas de la simpatía, que, de un confín a otro de la tierra ecuatoriana, subyugaban a los mortales, se han estremecido de dolor ante el viaje eterno de su compañera de esplendores.

Tenían la dulce idea de abrazarse en Quito, formando un coro digno de Apolo; pero la proyectada visita ha comenzado a ser irrealizable. Algunas lozanas flores de las provincias se han negado a formar parte del seductor ramillete, aun antes de que la muerte traiga profundo duelo al reinado de la belleza.

Queden reencarnadas en la sociedad y en la familia las perfecciones morales, que son de más firme consistencia que las físicas. Una enfermedad cualquiera, arruina traidoramente los encantos materiales, en tanto que los del alma están brillando como una antorcha inextinguible prendida en el alcázar de la conciencia. Carácter, bondad, talento, virtud, dejan recuerdos lozanos, par más que las gracias corporales hayan desaparecido. Si la Parca extingue a las reinas, surgen, para un imperio más augusto, las prendas intelectuales de las princesas que en

temprana hora nos dieron el adiós final.

El reinado de la belleza moral sea perdurable; a su afianzamiento aspire la mujer ecuatoriana, joven de piedad sincera y trato sencillo, madre de intenso cariño, ejemplar en sus deberes, esposa esforzada y de inmensa abnegación; bases de la reforma social y el ennoblecimiento de los espíritus.

Es eternal el símbolo mitológico del juicio de Paris. De su dádiva caprichosa nació la manzana de la discordia. «Para la más hermosa», dijo el esbelto héroe troiano, al arrojar en medio de tres augustas divinidades el fruto de oro. Venus salió vencedora. Desde entonces arranca el rencor perdurable de Juno y Minerva.

El gran Shakespeare, en su drama helénico «Troilo y Crésida», prorrumpe es no pocas sentenciosas verdades acerca de las sangrantes consecuencias de la beldad de Elena y de la volubilidad de la hija de Calcás que entrega la manga que como amoroso recuerdo le diera el insospechado rival de Diomedes, para que desafiante el griego le exhibiese en su casco. Hay cierto perfume romántico, cierto culto a la estética, al someter a votación común el reinado de la belleza. Una hembra venusta atrae, enloquece. Amarla es lo natural, como se ama a las flores, sin pensar en que puede llevar un escondido veneno, como la desleal esposa de Menelao.

Por sobre la perfección de la materia está la del

espíritu. Culmina en lo sublime, cuando ambas armonizan. A veces asoma el peligro de marcar de orgullo, de echar a perder el carácter, cuando únicamente se alaban las exteriores vanidades humanas que los años desmejoran y arrugan. Si no está arraigado el buen juicio, si no es firme el equilibrio mental, pierde la cabeza la frágil y adorable criatura que se ve elogiada por sus encantos. Y si éstos han de disputarse por concurso, la manzana de la discordia, no sólo alborota a las colectividades, sino que es perjudicial para los íntimos jardines.

El hombre de mundo, Tenorio empedernido, rinde parias a la belleza femenina y borda para ella delicados madrigales. Magnífica es la galantería: razonable es su cultivo sutil; pero no se ha de posponer la hermosura del alma, subordinándola a las fulguraciones momentáneas que ciegan fatalmente.

Un gran novelista moderno, el laborioso español don José María de Acosta, en una aplaudida obra, en la que sale abiertamente en favor de las solteras y pide para ellas el matrimonio obligatorio, indignándose ante el feroz egoísmo de los del sexo feo, combate la corriente sensual que se descuida de las seducciones del espíritu. Sostiene que este siglo da capital importancia a la belleza. «Y la belleza es mucho; pero no es todo, añade. Al hombre, evidentemente, la fealdad le repugna de una manera innata; pero, en parte, es porque llevamos mu-

chas generaciones de rendir sólo vasallaje a nuestros sentidos. Los estimulamos, los hostigamos, los exacerbamos, los mantenemos constantemente en un estado hiperestésico, morbosos y agujoneados y concluimos siendo sus esclavos. La vida moderna está llena de solaces aperitivos, de estimulantes, incentivos y afrodisíacos. Vivimos, casi exclusivamente, para dar satisfacción a nuestros sentidos, a nuestro apetito exótico. Es un culto vicioso, enfermizo, perverso el que le tributamos. Si en la mujer, por cima de la hembra, viéramos a la madre, la fealdad no nos repelería tanto. No nos agradaría ciertamente; pero no le negaríamos hasta el pan y la sal. Hemos asesinado el amor. Hemos despojado a las relaciones sexuales de todo lo que podía exaltarlas, sublimarlas, dejando al descubierto su entraña materialista.

Ciertamente, se prestan a detenidas consideraciones las palabras del citado novelista en su moralizador libro, de claras enseñanzas sociales, intitulado "Las eternas miradas".

En colectividades frívolas, ayunas de sólida educación, en las que se adula sólo la belleza fugitiva, suelen quedar postergadas las excelencias morales. Se tiende a vestir de seda y oro a las muñequitas fascinantes, sin interrogarlas, como esencial cuestión previa, si tienen bello corazón. Casi nada se adelanta con preguntar cuál es la

más hermosa. Lo que convendría saber es cuál es la más virtuosa. Tal vez acordándose de que sin base espiritual, sólida, abnegada, íntimamente piadosa, de nada sirven las atracciones de las sirenas, exclamó el poeta: "¡Hay infeliz de la que nace hermosa!" Dicen que la hermosura es trágica. Entraña saludable filosofía el mito de Vulcano, el más feo de los dioses, casado con la más bella del Olimpo.

Elévanse más los espíritus cuando auspician el reinado de la belleza auténtica. Si las gentiles y esforzadas espartanas cuidaban de las perfecciones físicas, no descurdaron nunca las morales. Por eso, consiguieron formar una raza disciplinada y heroica de madres que levantaban con fe un himno a la patria, loando el noble sacrificio de sus hijos, más glorioso aún sobre el escudo, y así, muertos, más bendecidos por la grande alma femenina.

La belleza no es consecuencia del lujo, ni siquiera se la adquiere por el recargo de adornos. Todo lo contrario, la belleza es sencilla: despojada de trapos, tiene la majestad de las estatuas helénicas.

Misión de las maestras que educan es difundir el hondo sentimiento de la belleza femenina, diferenciándolo de las locuras del lujo y de la vanidad. Acostumbren las profesoras escoger, de preferencia, simplificados temas de estética que orienten el gusto de las niñas. Pongan así su granito de arena en la obra de reconstrucción

nacional que se apoya en la escuela, amable en sus insinuaciones y austera en el desterramiento de galas que desde temprana hora establecen distinciones entre las alumnas y las acostumbran a las frivolidades del lujo, que aconseja mirar despectivamente a quienes no van vestidas de seda y orondas con el artificio de la pintura que mata a la belleza natural.

Cuando tengamos en abundancia maestros de verdad, la situación del país ha de cambiar, porque los hábitos de trabajo y disciplina han de ser conscientes.

En esa inmensa obra, la mujer está llamada a realizar labor constante y salvadora consiguiendo que la educación prepare a la futura madre de familia para las luchas de la vida, por medio de la humana comprensión de sus deberes, sin afectación ni gazmoñería, en franco y sereno ambiente de eficaz trabajo y amor

«En los tiempos modernos y a medida que la civilización avanza, ha dicho Dn. Alcibiades Fuentes en una escuela normal de institutoras centroamericanas, la mujer va conquistando el lugar que le corresponde, y ya por su talento, sus virtudes o su rango, se levanta hermosamente y comparte con el hombre el trajín diario de la vida. Grande debe ser la preocupación del Estado al tratarse de la formación educativa de la mujer, que siendo su finalidad suprema la de formar hogares, es indiscutible que debe llevar en el corazón un acopio de hábitos

morales y un caudal de virtudes en el alma''.

Sin la honda compenetración de la honradez, sin el profundo espíritu de abnegación, jamás podrá haber buenas maestras. Abnegación ante todo, sembrada en las almas desde los bancos del instituto. Que sepan que la misión futura que les espera es de sacrificio. Por lo mismo, conviene acostumbrarlas a la austeridad de costumbres, a la modestia en el vestir, que destierra el matador lujo, triste distintivo de ciertas maestras, que llevan el mal ejemplo a la escuela, ante la pobreza de las hijas del pueblo.

Por esto, en algunos países se ha conseguido que las institutoras adopten un uniforme, severo y decente, que las aparte de brillante exhibición de sedas y telas.

Algo parecido trata de implantarse en el Ecuador. Se va a empezar por el uniforme para las profesoras normalistas. En esta campaña de buen sentido educador, no dudamos que autoridades y prensa estarán del lado de tan conveniente reforma, que tiende a refrenar el lujo, una de las llagas sociales de más lamentables consecuencias.

Que de la escuela venga la innovación social, profundamente educadora, mantenida vigorosamente por las maestras, convencidas de su misión noble, de sacrificio y amor a la infancia.

Prime la belleza del alma que es el mayor de los

lujos. Esta hermosura suele reflejarse en los ojos, en la fisonomía de la dulce niña, buena e inmaculada.

No pocos de los proyectados matrimonios en la ciudad de Quito suelen aplazarse o vacilar, a causa del exigente esplendor de las galas femeninas, que asusta por el derroche de dinero que supone. Hasta las simpáticas «chullitas» no quieren vestir modestamente: derrochan seda como las más linajudas y ricas damas. Económico es quizá el más elocuente fundamento para que lleguen de tarde en tarde ante el Jefe Político las parejas de novios a suscribir el acta, como extraordinario acontecimiento social, y de ninguna manera como corriente noticia de todos los días, muy regular en la vida de relación. El lujo es como un coco que causa miedo a los tímidos empleados solterones que ganan sueldos muy inferiores al coste de un abrigo de pieles. Los muchachos se acobardan de resolverse a la formación de hogar, porque la vida les sería más dura compartiendo sus escasas rentas con la lujosa cara mitad que en vestirse agota fuertes sumas de dinero.

En revistas extranjeras, comprobamos con frecuencia que abundan las bodas de gente distinguida, en países más o menos de análoga potencialidad al nuestro, pero no tan quijotescos. Apretadas columnas de las «páginas sociales» se ocupan en las informaciones gráficas correspondientes.

Dada la escasez de contrayentes, ¿deben ser largos o cortos los noviazgos? Difícil contestar al interrogante, comprendiendo la responsabilidad que encierra, especialmente si los jóvenes inexpertos se dejan deslumbrar, antes que por la belleza del corazón, por la efímera, que se disfraza con afeites, pieles, rasos y pedrerías.

En los extremos están los peligros, que se tocan muchas veces. Un enamoramiento de breves días acarrea graves consecuencias, hasta por aquello de *nihil violentum perpetuum*, que se refleja después en el hogar.

Por el contrario, un noviazgo de muchos lustros está sujeto a veces a mil contingencias que nulitan la legal unión. Verdad es que el hermoso período de ensueños se prolonga, derramando en la vida ilusiones y esperanzas. Pero no es raro que el cielo más puro se empafie con nubes de tempestad. Si se resiste a la delicada prueba, la felicidad sonríe al fin, serena y reposada, después de una espera ecuánime. La gentil damita que nos interroga, puede ser la representante de numerosas adorables chiquillas que en lontananza columbran la querida silueta del bien amado. Pero como no tienen sólo corazón las dulces flores del bello sexo, quién sabe si al del feo no aproveche alguna insinuación en tema tan capital. Por los jardines del *flirt* y el coqueteo no siempre se hallan rosas, sino también punzantes espinas. El amor no admite plazos, dicen, porque es ciego. Pero,

por otra parte, el problema económico no debe depreciarse. Es, más que el cariño, la base de la tranquilidad próspera del hogar. El respaldo económico no debe echarse en saco roto. Con este asunto se han de averiguar salud, gustos e inclinaciones, grado de educación y edad.

Por lo mismo que el acto es trascendental, no es prudente festinarlo. Con todo, muchos psicólogos votan porque el noviazgo debe ser corto.

Cedemos la palabra a un sabio cronista que, burlando, ahonda el tema.

“Pero si el noviazgo debe ser corto en el sentido de que no ha de prolongarse indefinidamente, no debe ser tan breve ni tan restringido que deje a los jóvenes sin oportunidades de conocerse ni aquilatarse mutuamente.

“Tal conocimiento es indispensable antes de pensar en el paso decisivo, pues éste no se da al contraer el compromiso sino al consagrar la alianza pactada.

«En efecto, no hay que considerar el noviazgo como algo que no tiene remedio y que hay que llevar adelante cueste lo que costare, aunque durante él nos hayamos convencido de que vamos a hacer un mal matrimonio.

“Los novios deben disfrutar de ciertas prerrogativas que les permitan conocerse como realmente son y apreciarse en su justo valor. Tal debe ser el objeto de este

período de las relaciones, y si el resultado de la prueba es desfavorable para alguno de ellos, lo más prudente es que el otro tomé la iniciativa de romper el compromiso. Que lo haga con tacto y delicadeza, asumiendo el hombre— si es él quien desea apartarse— toda la culpa y el bochorno del suceso, pero que lo haga sin trepidar.

“Empeñarse en cometer un error a sabiendas de que hacemos un incalificable disparate, es cosa de necios, y en actos que tanto afectan la vida, la felicidad y la honra de dos personas, no debemos prestar la menor atención ni miramiento alguno al entremetido «qué dirán» de los extraños.

“Las vicisitudes de la vida matrimonial no van a pasar directamente sino sobre el marido y la mujer, ni el papá, ni la mamá, ni los amigos asumen el tormento físico y moral de una alianza equivocada. Simpatizarán con la víctima; se preocuparán a ratos por el mal predicamento en que se encuentre; abundarán en palabras de aliento para el uno y de reprobación para el otro, pero la carga del dolor y el desengaño será únicamente del cónyuge que se equivocó. Por consiguiente; las decisiones que durante el noviazgo tomemos deben ser individuales, deben ser nuestras, exclusivamente nuestras: la crítica o la censura de los demás debe importarnos un bledo. Es nuestra dicha la que se juega en la aventura y seremos unos tontos si la sacrificamos al temor de lo que pien-

se Fulanito — que nada tiene de pensador— o lo que diga Zutanita, que tal vez, intelectualmente, se halla colocada entre un fonógrafo descompuesto y una cotorra en ayunas.

“Por eso es tan importante que el período del compromiso lo utilicen los novios en algo más sustancial que propinarse caricias aprovechando las pestañadas reales o fingidas de la presunta suegra. El noviazgo debe ser período de prueba, de examen, de análisis, y si de él salimos por la puerta del matrimonio, que sea porque esas pruebas y ese análisis nos convencieron de que el otro es «nuestro hombre» o «nuestra mujer», según el caso, y de que por su carácter y sus prendas merece que le consagremos nuestro corazón y lo llevemos en el carro triunfal de nuestros destinos. *Ad astra per ardua*».

Por escabroso camino, sembrado de dificultades, se ha de ascender hasta el cielo del amor, en el que brilla la estrella de la felicidad conyugal.

Bella es la mujer moderna por el valor que demuestra en sus acciones. Se la ve dominar los aires como intrépida aviadora y se la admira en arriesgados deportes, desafiando el furor de las olas o venciendo los obstáculos del automovilismo.

Ya no se asusta de las contrariedades del infortunio, si es bien educada y comprende la realidad de la vida.

Antes, las damiselas cobardes y alharaquientas, se ponían a temblar si junto a ellas corría un ratoncillo.

Los concursos que galardonan la serenidad femenina, su virtud heroica, aprovechan más que los certámenes de belleza que han marcado a muchas.

Moda que ninguna aplicación moral dejó fue la de elegir reinas de alguna fiesta o señoritas que personificaban algún país. Por esto, varias naciones se han excusado de enviar al mercado de la belleza a cualquier triunfal compatriota.

También un día sonó el nombre de la «Señorita Ecuador» y se consideró que en la tangible muestra no sólo han de ir envueltas las perfecciones físicas, sino la cultura integral, si ha de viajar lejos de la patria llevando el nombre ecuatoriano como bandera de exhibicionismo.

En la comidilla social; con razón se murmuró entonces que la elegida ha de empezar por el dominio de la propia lengua y después de la inglesa que es universal. Debía, además, abundar en todas las distinciones que le hicieran sobresalir lejos del hogar ecuatoriano. No basta, pues, una cara bonita. Las hay adorables, capaces de impresionar a poetas y artistas y de hacer perder la chaveta a multitud de jovenzuelos; pero, en el solemne caso apuntado, esto no es todo. Un admirable cronista chileno, comentando este mismo asunto y exponiendo dudas

y dificultades de que la República del Sur sea representada femeninamente en el internacional. Certamente de bellezas, dice: «Nadie sabe cuántas cosas hay en un minuto», aseguraba el filósofo y nosotros le parodiábamos diciendo: «Nadie sabe cuántas cosas hay en la belleza de una niña». «La distinción de una mirada, la dulzura, la pureza de las facciones, la perfección de una nariz, la gracia noble de una sonrisa no son fenómenos espontáneos, sino resultado de lentas evoluciones».

Y así es como sobresalen la gracia andaluza, la sonrisa de la obrerilla parisienise, la mirada profunda y seductora de la mujer cubana, etc.

Claro que el tipo de belleza quiteño, por ejemplo, es tradicional. El mismo Bolívar se impresionó antaño, y hogaño se rendirían muchos libertadores ante los pimpollos que pasean su donaire por esas calles de la colonial ciudad, inmortalizada, hechizada por la belleza de las nuevas generaciones, las niñas distinguidas y las chullitas de rechupete. La señorita quiteña es un prodigio de hermosura. Lo que habría que averiguar es si su estética es integral. Abundan las caras bonitas, como se multiplican las rosas; pero habría que ver si entre tanta fisonomía de encanto se destaca la majestad de una palmera o la excepcional belleza en firme, desligada de la frivolidad ambiente. Lo bonito es distinto de lo sublime.

¡Que la grandeza de la madona que ha de ir a Mia-

mi llevando el nombre del Ecuador, brille armónicamente, que sea capaz de deslumbrar a todas las reinas de la tierra por su semblante divino, por su voz, por sus modales principescos, por su cuerpo de diosa, por su amplia cultura, porque lo que viajará ha de representar una conducta y no un producto material del país!

Las impresiones no pueden compaginarse: media un abismo entre lo intelectual y espiritual, y lo meramente físico.

EL DIA DEL MAESTRO

El 13 de abril, fecha del nacimiento del ilustre don Juan Montalvo, se eligió, por sobra de razones, para que fuese el día del maestro ecuatoriano. En las actas de la Asamblea Provincial Pedagógica del Pichincha consta a quien se debe esta iniciativa, que fue merecedora de la aprobación y aplauso de todos los institutores.

Por esto, el 13 de abril es día de gala para la República. La fiesta del Maestro— palabra que por antonomasia ha de escribirse con mayúscula— es una gran fiesta nacional, porque quien dice maestro supone sentimiento noble, mente despejada, corazones agradecidos, niños agradecidos, generaciones que salieron de las aulas, como del templo de la patria. Cuando se lo com-

prenda en toda su magnitud y significación, habremos dado [oh, hijos del Ecuador] paso seguro en la marcha del progreso.

¿Qué obra más justiciera que estimular a los que a la educación se dedican?

De la calidad de los maestros depende la modificación de las costumbres; del apostolado del maestro, el modelamiento de la vida ciudadana.

El Estado debe propender a la formación de verdaderos maestros. Más que los decantados principios pedagógicos, se requiere la educación del carácter.

La idoneidad del que abre una escuela se mide por el cultivo de su espíritu, por la disciplina de la voluntad, antes que por el cúmulo de conocimientos que caen en el vacío cuando les falta base.

Si los maestros han labrado la felicidad de las naciones, su responsabilidad es enorme. Pesa sobre ellos la responsabilidad del futuro. ¿Cómo han grabado en la conciencia del niño, cual en blanda cera, los preceptos del ciudadano del porvenir?

Almas de esclavos no servirían para formar hombres libres. La abyección no es escuela de dignidad. Mientras el institutor más adule y se arrastre, peor ha de andar el carácter de un pueblo.

Consagrando a Montalvo el día de los maestros, se ha puesto al batallador ambeteño como norma de carác-

ter altivo y enérgico, modelo de perseverancia en el bien, espíritu amante de la verdad, fustigador del mal, amigo de los libres y de los honrados. Recogía, con santo acatamiento, a la belleza, donde la encontraba, preferentemente en los espirituales jardines de la Grecia juvenil, como flores que nunca se marchitan, cual manzanas de oro de un eternal y seductor jardín de las Hespérides. Mantalvo comentó con devoción los hechos admirables y cívicos de la antigüedad clásica.

¿Por qué los pueblos griegos y romanos fueron los primeros que se organizaron en selecta república de las ciencias y las letras? Por su educación humana, racional y libre, vigorizadora del músculo en el gimnasio, estimuladora de la agilidad mental en el ágora, en el foro y en distintos juegos apolíneos, nemeos, olímpicos y corintios, en el liceo y el circo, en la academia y la palestra.

¡Cuán distinta la educación de no pocos pueblos de Oriente, viciada por prejuicio teocrático, abatida por preocupaciones infantiles, enclenque de alma y cuerpo, al peso de la servidumbre, como lo era de los mercenarios que pelearon contra los helenos!

Espartanos y atenienses, fuertes los unos, adoradores del esplendor del orden los otros, vencieron conscientemente a sus numerosos enemigos, medos y persas, gracias a la disciplina, al voluntario ideal, que encarnan en

la educación, como sus vigorizantes más activos.

¿Cómo despuntan los niños de ahora, estas generaciones que tan fácil lo hallan todo y en los que va agotizando el esfuerzo propio? La respuesta corre a cargo de los maestros.

Nada más elocuente que examinar a los jóvenes de hoy; ver qué han sembrado en sus almas y cerebros por la mano de los encargados del cultivo de los nobles sentimientos; demorarse a considerar si la instrucción que les vuelve enciclopedias ambulantes, loritos de plumajín vistoso y lengua de trapo, tiene sólida base educativa.

A cada momento la América se queja del fracaso de los caracteres en las agitaciones políticas, que están lejos de ser republicanas. Es preciso remontarnos a los orígenes de estos males, y no sólo a las frías aulas de la escuela: están, en considerable parte, en el descuido punible, en la indiferencia delictuosa, en el desprecio social a todo lo que se refiere al pedagogo. Nada significa para algunas autoridades y padres de familia la escuela, y singularmente, sus gestores y colaboradores: los maestros.

Confía en ellos la patria, porque, mediante el alicionamiento de las generaciones, cuidarán de verla feliz y grande.

El último día de clase de un maestro que iba a marchar en defensa de su nación, fue convidar a sus a-

lumnos a que gritasen: ¡viva la patria!

Cuando destella la aurora de los grandes días nacionales, por todas partes resuena el nombre de la patria entre vítores y clarines. Se ve tremolar la bandera que la representa y se oyen las notas del himno que la saluda mil veces.

Estas sinceras manifestaciones, brotadas de lo íntimo del corazón, están probando que no es un nombre sonoro y trillado el de patria, que se lo pronuncia rutinariamente por llenar una fórmula. Si se invoca a la patria a cada momento, no ha de ser como hábil pretexto de maquinaciones que la exploten, ni para destruirla antes que mejorarla, aupándola sobre el altar del sacrificio, en lugar del pináculo del progreso.

La historia es el gran libro abierto ante las miradas estudiosas de quienes anhelan comprender lo que ha sido y lo que representa la patria. Debemos recordar la génesis nacional y su desarrollo en vísperas de la primera centuria de vida autónoma; debemos analizar su pasado, que no siempre fue ejemplarizador y luminoso, para, de esta apreciación imparcial en el tiempo y ante la historia, deducir lo que más conviene al Ecuador en la lucha por su felicidad, como pueblo que no ha de renegar ni de su herencia étnica ni de sus ensayos de ayer.

Bendecir a próceres y precursores, a mártires y reformadores ya es algo; pero más fruto se obtiene al re-

pasar sus vidas con ecuánime criterio.

Si nuestros héroes y patricios demostraron, junto con su actividad y pureza de costumbres, envidiable desinterés y abnegación sin límites, virtudes que representaban valioso caudal cívico, las generaciones no han de echar a rodar tan sublime tesoro, a título de mejoras individuales, ascensos y granjerías que sólo aprovechan a reducido círculo y no al hogar común.

La santa heredad ha de conservarse incólume en lo moral, fructificándola honradamente, a fin de que prospere, rodeándola de todo cuanto el adelanto moderno está pidiendo, para marchar relativamente en línea paralela a otras naciones.

Robustecer los resortes morales de la ciudadanía, hé aquí la obra gigantesca del patriotismo. Un pueblo sin reserva moral, camina a su ruina. Si el negro manto de la impunidad encubre dolores, miserias y delitos, nunca se podrá distinguir con claridad cuáles son los varones justos y austeros y cuáles los que motejan a Aristides y causan amarguras a Foción, condenándole a muerte.

El futuro dirá quiénes obraron bien y quiénes mal. Serán abominados los que intentaron debilitar los vínculos de la familia ecuatoriana, despertando desconfianzas y temores, creando emulaciones, charlando traidoramente, en el afán de llevar el agua a su molino, sin considerar

que en la campaña egoísta sufría la patria económicamente. El futuro tendrá voces imprecatorias contra quienes provocan la zozobra colectiva, conspiran contra la paz nacional y quieren que vivamos en cotidiano desasosiego.

También el futuro hablará de los que difundieron la buena semilla, para que las riquezas nacionales fructifiquen, para que las costumbres mejoren y la higiene reine.

Leyes protectoras del que aspira a trabajar, campos aptos para la siembra, cimentación de la enseñanza, necesitamos, si no ha de ser un sueño surgir dignos de la civilización.

Para esto, se requieren varones resueltos y honrados, atmósfera pacífica, garantías tanto para el obrero independiente que no se mezcla en política, como para el extranjero laborioso que viene a fijar su tienda de campaña bajo nuestro diáfano cielo.

Vamos lentamente alejándonos del siglo de vida autónoma. Largo, relativamente, es el camino recorrido. Los anales patrios nos recuentan los dolores y caídas de la república que nació de la turbulencia y a raíz de épicas batallas.

Legión de patriotas, tras esfuerzos gigantescos, tremolaron la bandera del ideal. Ellos nos hablaron de libertad y de lo inmenso de su conquista, de lo santo de su intención republicana.

Se lanzaron a la aventura de consolidar la libertad y hacer la patria.

¿Como han procedido los que vinieron tras de los periodos de prueba? La historia es juez inflexible. Homénaje profundo al puñado de valientes y mártires.

No intentemos bosquejar la silueta de los verdaderos patriotas ecuatorianos. Se renueva en todos los sanos corazones. Sus nombres son sagrados, por errores que hayan cometido en la empresa de fundamentar la patria.

No es cosa baladí moldear una república y plantear sus problemas administrativos.

Por fortuna, la nación surge. Nuestro tricolor es immaculado, como la enseña de todos los que amamos a este suelo que no merece vivir en repetidas convulsiones. Gratitude ardiente es roja flor para nuestros libertadores. En la cúspide del altar de la patria fulgura, con irradiaciones de sol, Bolívar. Junto a él, brillan astros de pureza deslumbradora, como Sucre. Pasa la sombra gentil, diplomática y avasalladora del fundador de la República, para quien el Libertador vertió, de los cofres de su elocuencia, diamantinas frases. El General Flores no ha de ser ya la cabeza de turco de los políticos fanáticos que piensan que insultándole se sirve a la libertad. Al contrario, tal falta de respeto es baldón para la patria que ha de aspirar a que sus antecesores brillen por su honra y merecimientos. La historia, a más de los cien años

de la hegemonía nacional, ya no ha de ser depósito de acusaciones, sino estudio sereno de las causas, del ambiente, de los elementos difíciles, de las dificultades de raza, como aconseja el gran Taine.

¡Glorifiquemos a la patria en la persona de sus adalides!

El odio nunca construyó patrióticos alcázares.

Hagamos patria con amor, con espíritu de justicia, con magnanimidad, no devorándonos unos a otros, para que el descrédito acabe de aniquilarnos, sino tendiéndonos los brazos generosos, prontos para el combate pacífico, para el trabajo fecundo.

Mas no toda reforma se ha de confiar únicamente a la escuela. Cuando no va unida a la colaboración del hogar, vuélvese más grave, más fatigosa la acción de los profesores que temen, con razón, que resulte un tanto estéril, por más que en tan abnegados varones se afiance el progreso nacional, su prestigio sólido.

Sin tal cooperación, vano sería inquirir si son modestos y dignos, si saben altivamente retirarse por el foro cuando sienten los aldabonazos del honor.

¿Por qué cruzarnos de brazos y alzarnos de hombros cada vez que contemplamos injusticias públicas, fracasos de la dignidad, quiebras del personal decoro?

Trazar la palabra sancionadora es abatir el descontento general que perjudica a todos. Sin el pudor, que

es el perfume del espíritu, los intereses privados y públicos se resienten, vienen a menos por carecer de la dignidad que los alimenta.

Nadie podrá sostener que el desorden sea síntoma de progreso y que la anarquía garantice la vida nacional. Cuando las acciones humanas, por falta de claridad meridiana, hacen competencia al caos, se debilitan las opiniones, desmaya la honradez, el carácter parece un juguete de trapo.

La fe en los acontecimientos políticos afianza la quietud popular. Cuando se ha perdido esa fe, la zozobra, el sobresalto, restan energías para el trabajo.

Suprema obligación ciudadana de la hora es velar por el decoro nacional. Se empaña a veces por la volubilidad de los hombres, por las farsas de la política, por la comedia que representan los de lo alto. Pero sobre toda miseria, debe brillar en la cima el decoro nacional. Los que representan a la patria así lo comprenderán, penetrados de la enorme responsabilidad histórica que pesa sobre ellos.

Si el nivel intelectual de las bajas capas sociales subiera de punto, ¡cómo ante ellas se desarrollara el problema del decoro nacional, con la sencillez de las cosas comprensibles y transparentes! Entonces el pueblo tendría plena conciencia de sus deberes, de sus derechos y de sus destinos.

Formar puro ambiente de la sagrada doctrina del decoro nacional, es voz imperativa que cumple obedecer, no sólo a la prensa, sino a todos los ciudadanos, conscientes de sus obligaciones cívicas y del amor que profesan a la patria.

Decoro es firme convencimiento del honor; decoro es respeto a la opinión pública cuya fuerza resulta avasalladora; decoro es reverencia que guardamos al nombre republicano; decoro es acatamiento de los fallos de la historia; decoro es circunspección en el obrar, gravedad en el decir, sinceridad en el pensar; pureza en nuestros sentimientos; honestidad en nuestras intenciones, recato en nuestra conducta privada y pública. Hasta en lo material, en lo arquitectónico, cabe el decoro en los edificios, en las construcciones, cuando cumplen su objeto, cuando su aspecto es digno de la obra que representan. En lo moral y en lo físico, la virtud del decoro resalta a cada paso cuando llevamos grabada en el alma la consigna de la propia dignidad.

La historia sabe diferenciar, rigurosa, los actos políticos decorosos de los indecorosos, dando a cada cual su merecido: anatema de las generaciones, o gratitud, bendición nacionales.

Los ciudadanos decorosos - que en la vida política tuvieron maestros altivos y excelentes— levantan el crédito de la patria y forman escuela de austeridad y delicadeza.

deza, apartando la ola corruptora que avanza por el continente y que intenta ahogar a todos, cuando la vergüenza no quema las mejillas de los que delinquieron, y a quienes se puso por delante sus culpas.

Acordémonos de Montalvo, leamos su vida y las terribles frases que, combatiendo toda tiranía, dedicó a esa divinidad augusta que se llama decoro nacional, que enciende el fuego sagrado del rubor en los semblantes.

Sin la victoria del carácter, no se concibe la hegemonía del decoro; carácter en las naciones, por educación de raza; carácter en sus componentes. «Del mismo modo que la fuerza corporal es una tensión suficiente en los tendones, así también la fuerza psíquica es una tensión suficiente en el juzgar y obrar, ha dicho Cleantes. Esta tensión en el obrar, junto a la del juzgar, no puede ser otra cosa que la voluntad».

Vigor del alma y del cuerpo se pone en juego para lucir sobre plano superior, por sobre todas las miserias y conveniencias, el sacro altar del decoro nacional.

¿Dónde está el mal?, se preguntan con angustia los educadores. Precisamente en que no lo son de verdad todos.

Si con paciencia y sagacidad nos detuviéramos a examinar las raíces de nuestros viejos morbos políticos y sociales, el punto de partida de tantos dolores morales, no tardaríamos en descubrir que arrancan de muy lejos,

quizá desde la escuela.

El ejemplo, bueno o malo, que se graba en el niño, pocas veces se olvida.

De aquí que, más que en la eficiencia de los programas y planes de estudios, más que en la erudición de la enseñanza, más que en el aparato exterior, nos hemos de fijar en las virtudes, en el tesoro espiritual, en el carácter y conducta del que se pone de espejo de la infancia.

Generaciones que sin tanta bulla pedagógica y novedad de métodos activos y escuelas de trabajo, tuvieron la suerte de contar con maestros de enorme talla moral, han sido beneficiosas a la sociedad, honra del hogar y de la patria. Se había sembrado profundamente en ellas la honradez y el escrupuloso cumplimiento de los deberes. Por esto, lograron, a su vez, formar hijos disciplinados y emprendedores, excelentes por sus costumbres y habituados al trabajo.

Entonces no se conocían las huelgas: todo el mundo se cuidaba de llenar sus obligaciones.

El maestro, para esas generaciones, era una figura sagrada, a la que, desde el fondo del alma, consagraban el mayor respeto.

Los tiempos han cambiado, y todo parece haberse removido desde sus cimientos, desquiciando el santuario del hogar y arruinando la paz social.

Alguna vez ministros de educación, han esbozado, muy de paso, en ligeras entrevistas para la prensa o en la fugacidad de una amable conversación, graves declaraciones, citando hechos concretos que tientan a la meditación y demuestran claramente que no todos los maestros se cuidan de que sus nombres sean sinónimos de apostolado. Y sabido es que todo apostolado reclama sacrificios, promulga heroicidades que ponen victoriosa a la moral y destacan el carácter de los seres privilegiados que no se cansan de esparcir la simiente del bien.

¿Dónde está el morbo?, tornamos a interrogar entristecidos

Y a la desconsoladora respuesta, hay que agregar amargamente que los remedios no aparecen.

¿Como sembrar fortalecedoras virtudes en el alma de los niños, de modo que no sean fácilmente olvidadas y germinen a través de los años?

Muchos atropellados *ismos*, que son hijos de la moda, nos pierden, porque, en lugar de acentuar el idealismo sano, apoyado en méritos y aptitudes, fomentamos un pedagogismo vacuo, que nada de educador guarda en el fondo.

Uno de los terribles males que aquejan a muchos pueblos de América, que han convertido la impunidad y la sanción en palabras vanas, es la pobreza de memoria.

Olvidan fácilmente a los que les colmaron de be-

oficios o vivieron una vida sin mancha, digna de ponerse en la cima para ejemplo de las multitudes, como olvidan también las ruindades y caídas de los falsos apóstoles, que procedieron de torcido modo. Pronto se desvanecen de la mente popular las acciones individuales y colectivas, las que son dignas de premio, o las que merecen castigo.

Suelen quedar confundidos los buenos, arrinconados en el silencio y la postergación, porque nada pidieron, contentándose con la modesta y altruista facna, cumplida escrupulosamente.

Cuando se mezclan con los perversos, la distinción se hace al revés: surgen los inicuos y son aplastados los buenos.

Corporaciones que hirieron a la patria levantan la orgullosa cabeza, porque pararrayos de impunidad les protegen de tormentas. Se desvanecen los recuerdos de culpas y traiciones, perdonando a sus autores, por la falta de memoria colectiva que sepa distinguir y pesar los actos humanos, los hechos políticos.

Altivos pasean, viendo por encima del hombro y con aire de protección a los pobres mortales que tienen limpia hoja de servicios; erguidos campan no pocos delincuentes que deberían inclinar la cabeza, avergonzados de sus máculas.

La humillación no reza con los pícaros, en cien al-

deas de América, en las que gamonalismos e intereses creados forman férrea cadena. ¿Quién la rompe?

La sociedad ha olvidado los bofetones que recibió, los escándalos de que fue víctima, los hurtos que se evaporaron, las raterías de las que ya nadie hace mención. Con tal procedimiento, la honradez es pisoteada.

¿Cómo distinguir entonces quiénes son réprobos, quiénes buenos ciudadanos? ¿Cómo establecer la selección? Jamás se podrá dar a cada cual su merecido, con equidad distributiva. La amnesia lo ha trastornado todo, nivelando a los virtuosos con los anormales.

En la naturaleza, el fuego toma proporciones si se sopla sobre él, porque mayor cantidad de oxígeno activa la combustión. En las hogueras sociales no acontece lo mismo: el humo del olvido se lleva pronto lo excelente y lo pésimo, por más que la justicia esté soplando inútilmente. Sobre ella cae un puñado de cenizas.

Insinceros predicadores en América lanzan palabras brillantes y repiten cosas bonitas, censurando lo que juzgan reprobable, porque no toman parte en aquello mismo que con la participación les parecería bien. Cuando asisten al banquete de los dichosos, callados se están, pues todo se les antoja como de perlas.

La terrible crítica llueve como dardos solamente cuando les quitaron la tajada. Olvidan que una cosa es predicar y otra muy distinta proceder. Cuando se hallan.

en el puesto de distinción, no aciertan a poner en práctica sus bellas teorías. Por esto, la experiencia se ríe de los tonos magistrales, contestando únicamente, como en la sentencia bíblica: por sus frutos los conoceréis.

Problema de educación americana, es grabar en los niños desde la escuela el sentimiento de responsabilidad, que es el que nos encamina a la justicia.

Si cada cual en los pueblos estuviera convencido de que ha de purgar sus hechos delictuosos o ha de ser premiado por sus actuaciones óptimas, el acicate de la responsabilidad despertaría a muchos estímulos, dormidos en la sombra. Entonces se acordarían las almas desmemoriadas de que hay que obrar rectamente para educar a las multitudes, para salvar a la niñez, para encarrilar a la juventud, para distinguir el bien del mal.

El 13 de abril de cada año es día de la patria, porque es día del maestro. ¡Con cuánta emoción hemos de saludar la fecha solemne, que en la historia ecuatoriana ha de ser escrita con soles, a medida que progresa la escuela!

¡Trece de Abril, jornada heroica de modeladores de conciencias, de abnegados pechos!

Pero al reverenciar a la patria, justo es recordar sus dolores.

¿Retrocedemos, vamos hacia el abismo, nos debilita el pesimismo, hemos perdido la noción de justicia, la

directriz de la disciplina?

Interrogantes son éstos que el porvenir se encargará de contestar.

Vasconcelos quiere que se dé una filosofía propia a las razas hispánicas, para que se liberten del prejuicio de repetir como loros lo que oyen en universidades y otras agrupaciones. Este vicio nos pierde: la carencia de valor y personalidad para proclamar el imperio de la equidad donde lo hallemos, redimiéndonos de odios y pasiones políticas. Sufrimos la influencia de los textos extranjeros y de las doctrinas de afuera, sin meditar en lo que somos, en lo que necesitamos, en las realidades de nuestra vida de nación, en la cultura circundante.

En los días de la patria, hemos de enfervorizar nuestro sano civismo, con libertad de criterio, sin suggestionarnos por lo que desea el alma grupal, la multitud, que no reflexiona, sino que se precipita de cabeza, se niega a razonar.

Desechemos ese «patriotismo triste, porque se funda en el desengaño de una estirpe en disolución» y vayamos a la mejora de nuestros actos, disciplinada, serenamente, procediendo como varones imparciales, justos, sanos de intención.

Vegetamos abrumados de miseria económica, sin ánimo para arrimar el hombro a las empresas arduas e individuales, porque todo lo esperamos del gobierno y el

presupuesto es la única providencia. De aquí que la grita se agudiza y el desorden viene a ser el estado normal de las colectividades.

Los sin valor para las luchas por el pan, esperan del tumulto y desbarajuste el milagro que les haga mejorar de suerte.

Con tales miras, marcharemos ciegamente al abismo, empujándonos con rencor los unos contra los otros, a fin de ocupar los de abajo el lugar de los de arriba.

El resentimiento, la injuria, el insulto, son los comunes consejeros. Ahondamos la división a fuerza de fomentar el odio. Sentimos que cada vez se alimenta con más vigor la llama del aborrecimiento, que es instintivo, que es epidemia nacional.

Pablo Morand, al recordar los rasgos más salientes de su vida, expresaba que el hombre, a lo largo de su viaje terrenal, es, por diversos conceptos, un principiante en amor, en amistad, en arte, en deportes, en ambición, en malignidad, etc.

Conviene, por lo mismo, rectificar nuestras acciones, con heroica franqueza, reconociendo errores y enmendando rumbos, sin desconocer que somos principiantes, novicios en todo, singularmente en política y en administración, en disciplina y espíritu de sacrificio.

El aludido y célebre literato francés cuenta que a los diez años, desesperado de que su diestra no dejara

ver las rayas de la buena suerte, se abrió, con un cuchillo de cocina, surcos en la mano. Aquella carne sangrante ofreció desde entonces huellas indescifrables. «¿Obré razonablemente?, se pregunta. La cicatriz asombra aún a las quirománticas; pero dudo que los dioses hayan caído en el engaño».

Tal proceden algunos falsos patriotas, creyendo engañar al pueblo con los signos providenciales de su genio, con sus puritanismos e intransigencias, con su actuación pública o privada, con sus insinceras demostraciones cívicas y apóstrofes a la libertad, a la democracia, a la utopía.

Pero basta saber que la patria no cae en semejante engaño, por más que las incisiones asomen en las palmas, pero consta que no llegan a los corazones.

Alguien observaba que en nuestras diminutas repúblicas se ha constituido en virtud ser los caballeros del cinismo. Y agregaba, con honda amargura:

«Entre nosotros, ser cínicos—sin la cualidad clásica que se le da a esa escuela— es estar suficientemente preparado para todo. Nosotros vemos pasar al cínico como quien ve pasar a un enmascarado: con temor, y también con cierta sonrisa que apenas es una demostración admirativa para quien sabe cubrirse el rostro.

«A diario se contempla la exaltación del cinismo. Las colinas del misterio invitan a ensartar una falsa pe-

drería en adjetivos ariscos a la pronunciación, para hacer manifiesta adhesión de sinceridad. El hecho, necesario o innecesario, arranca de las manos que no están limpias el aplauso pesado, porque parece que fuera hecho con manos encadenadas..... Prodigarse en la delincuencia, ser un pequeño profesional en los ataques a claras disposiciones sobre la propiedad, es conquistarse el aprecio de los otros, de esos que están al lado pecando o esperando el momento propicio para hacerlo.

«La tranquilidad que apenas asoma al labio por medio de una sonrisa, bulle en el interior de las conciencias en afanosa búsqueda de un acervo de recursos audaces para llegar hasta la opinión pública con un cambio de frente»...

Un patricio cubano, Tomás Estrada Palma, subió a la presidencia de la república desde el modesto cargo de maestro de escuela. Su preocupación fue la patria, por más que haya cometido errores. Murió pobre el venerable anciano, y halló descanso eterno junto a Martí. Sus bienes, su tranquilidad, todo lo dio a la patria. «Nació para el sacrificio y por la patria se sacrificó en todas las ocasiones y en todos los hechos de la vida. Estrada Palma, en lo militar, fue caudillo, y en lo civil, y en ambas cosas, encarnó el tipo perfecto del héroe concebido por Gracián», ha dicho en sus memorias Hernández y Guzmán.

Pero ya es tiempo de que se opere la reacción sa-

ludable, posponiendo las pequeñeces en aras de la patria. Acordémonos siempre de ella para reverenciarla y defenderla.

Y pongámonos de pie en los días clásicos como el diez de agosto, nueve de octubre, veinticuatro de mayo, trece de abril, para aclamar el triunfo de nuestros derechos como Nación libre y soberana, a la sombra del glorioso tricolor que ha de cobijar a todos los ecuatorianos, unidos por un mismo amor, desterrando, desde hoy, rencores, venganzas y ambiciones.

Brille en todos los pueblos el sol del día del maestro, como vivificador luminar que intensifique el esfuerzo colectivo, que aclare la mente de las naciones, en favor de los educadores.

EDUCACION DE LA DEMOCRACIA

No faltan individuos que, alardeando de exagerado espíritu de altivez, se creen heridos en su amor propio si se les recuerda el rasgo elemental de civismo de saludar al representante de la patria en la esfera gubernativa.

Los maestros han de proclamar que hay actos que la educación prescribe: entre ellos, el homenaje de cortesía.

Es deber de patriotismo acatar a la autoridad, co-

mo lo es dejar la puerta franca para cualquiera observación que altivamente nos dicte este mismo patriotismo.

Varios magistrados ecuatorianos, al prestar la promesa constitucional, dejaron oír su enérgica voz. Pareció la palabra resuelta de varones austeros que firmemente ansiaban extirpar errores de administración, corruptelas inveteradas, concluir con tanto deshonor que extiende su enorme mancha por toda la república, a la sombra de la impunidad y dejadez, de ese matador *qué se me da a mí* que nos pierde, en lento agonizar suicida. La indiferencia nos está haciendo acreedores a la negra suerte que nos abruma.

Se siente una fuerte sacudida, que removerá el cielo, para echarlo lejos; que sacará a la superficie el crimen para castigarlo, a fin de que la república no se hunda en la espantable sima abierta a sus pies. La corrupción se ha enseñoreado de la conciencia de muchas pérfidas gentes que están aniquilando vidas e instituciones.

Esos mandatarios ecuatorianos esbozaron sombríos cuadros; pero no por esto menos reales: la pobreza, la falta de iniciativa, el alza alarmante de las materias primas, la escasez de los víveres, la especulación inicua, el agio descarado, el acaparamiento que juega con la existencia, la inmoralidad pública, la pereza administrativa, los robos, los asesinatos, los chanchullos burocráticos, la mendicidad desconcertante, los desfalcos de las rentas na-

cionales, la impotencia para recaudarias, la ausencia de sanción, los contrabandos, los nepotismos, el abigeato, el bandolerismo, la vagancia, el agotamiento juvenil de las fuentes de la vida, mayores que las plagas de Egipto, sangran a la patria. De este cariz fueron las magistrales pinturas trazadas.

La reconstrucción social es el desiderátum después de la catástrofe mundial: edificar almas, instituciones y organismos.

La martirizada patria está al borde de un precipicio: si el delito le empuja, rodará a los abismos; si se le priva de cooperación, caerá en lo más hondo, expresaron los Jefes del Estado. Que el patriotismo le aparte del peligro, que la abnegación le vaya curando, que la honradez le enseñe el buen camino.

Casi todo está inficcionado.

Necesitamos férrea y catoniana administración, que implante orden, disciplina, actividad, escrúpulo, desencia, probidad, trabajo.

Los cargos públicos no siempre han estado servidos por personas inmaculadas e idóneas, que no se atrevieron a disponer de lo ajeno como de cosa propia, que no durmieron cuando era hora de vigilar, que no abandonaron el análisis y el libro cuando apremiaba estudiar profundamente tantas necesidades y problemas que afligen a la república.

La juventud está acosada de inquietud y desfallecimiento. Vigorícese para el combate; aprenda a serenarse. La inquietud mata a la fe, y sin fe, no hay esperanza, que es porvenir, que es lucha generosa, que es sano optimismo. Sin la confianza en uno mismo ¿qué podremos hacer? Sin la seguridad de la acción ¿qué consolador éxito en el empeño? ¿Cómo completará la preparación que requiere para la vida? Estimule sus juveniles normas, para estar siempre vigorosa en el esparcimiento de la cultura, en la depuración social, en el triunfo de los ideales.

Generalmente los jefes de la Nación Ecuatoriana desplegaron, al mismo tiempo, en brillante forma literaria, los más democráticos programas gubernativos.

El sábado 31 de Agosto de 1.912, a las cuatro de la tarde, subió por la segunda vez al solio presidencial el General Leonidas Plaza G., quien condensó en cuatro frases su programa político y administrativo, después de aceptar el cargo, según consignara en su discurso, como un deber impuesto por el sacrificio y a despecho «del odio-circundante de multitudes anónimas» que producen desaliento hasta a los corazones más templados. «La justicia como acción; la honradez como medio; la felicidad social como fin: si queréis un programa de gobierno, he aquí el mío», dijo

No hubo paz en la república, que parecía lidia de

gallos. Cuentan que el General Temístocles, a la cabeza de su ejército, cruzaba cierto paraje. En el camino, contempló dos gallos que se aniquilaban bárbaramente, en el empeño de causarse más daño, de hacerse trizas. Agrega la vieja crónica, que el gran político y militar griego, ante tal espectáculo, arengó a sus soldados: «Estos animales pelean así por no ceder el campo»

En América las guerras civiles se han parecido al combate de esas aves implacables, sin que nadie quisiera sacrificar su orgullo, su ambición.

El Ecuador mantuvo larga y desesperada contienda, encendida por una docena de rebeldes en las selvas de Esmeraldas. La atención se concretó a mandar tropas al teatro de la guerra. Sepultáronse allí muchas vidas y el ejército quedó casi aniquilado ante un puñado de enemigos, negros en sur mayor parte. No pudo, pues, cumplirse el conciso programa administrativo de marras, porque la paz fue un mito.

A las cuatro de la tarde del jueves 31 de Agosto de 1.916, el Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, al prestar la promesa constitucional, declaró solemnemente que se presentaba sin odios para nadie, sin rencores del ayer o venganzas para el mañana. Invocó a la patria, al trabajo y a la libertad, haciendo votos por el resurgimiento de la república, duramente combatida por larga guerra civil, cruel y dolorosa.

Dirigiéndose a la legión de jóvenes, conjuró a sus almas, para que se comprometieran a cimentar el imperio de la justicia y combatir la gangrena de la ignorancia, la decadencia de los espíritus, la anemia de los caracteres, males «provenientes de la falta de una educación en armonía con los anhelos y las necesidades de una democracia verdaderamente ilustrada».

En la tarde del martes 31 de Agosto de 1.920, el Dr. José Luis Tamayo, al subir constitucionalmente a la presidencia, ofreció ocuparse en la instrucción pública, mejorando la condición del pueblo, dándole más escuelas, preferentemente a la humillada clase india; multiplicando las casas de artes y oficios, escogiendo aplicación y aptitud en los estudiantes para enviarlos con beca al exterior. Apuntó, para combatirlos saludablemente, los vicios que degeneran a la raza. Censuró el abuso de los cines policiales que corrompen a los niños en lugar de educarles, dejando en ellos simientes de pésimo ejemplo y abominables sugerencias. Habló de buscar la inteligencia y la preparación para ponerlas al servicio del país, vengan de donde vinieren. Aseguró que viviría penetrado de la idea de que el erario nacional no es hacienda suya y que, por lo mismo, la respetaría escrupulosamente, como caudal de todos los ciudadanos. Promulgó abiertamente que la base de la salud pública es el remedio económico. Vino en nombre de la democracia, tan

calumniada en tierras pobres y chicas, tan desfigurada por falsos profetas. Su profanación ha dado margen para que sociólogos pesimistas vayan profetizando el fracaso de la democracia, al palpar sus derrotas, sus deplorables resultados.

En democrático alarde, proyecta viajar modestamente en tren ordinario al dirigirse a Guayaquil; su primir carruajes y granjerías; pagar de su peculio la casa, rehuir banquetes y agasajos; sus ministros no se pavonearían en carros expresos. La historia dirá si prevaleció en tan generosos propósitos.

El domingo 31 de Agosto, a las once de la noche, el Dr. Gonzalo S. Córdova, al ceñirse la banda presidencial, proclamó la tolerancia como base de la paz, e hizo confesión de fe liberal, aspirando a robustecer el espíritu democrático y «por la difusión de la ciencia, por la educación popular, por la cultura especializada, a la renovación de la ideología nacional».

Democracia es selección, no niveladora, regla que ciegamente iguala cabezas y corazones. No se la ha comprendido de veras allí donde el soplo revolucionario empuja a los osados; menos se la ha puesto en práctica, allí donde el prejuicio de los gremios, de las castas y de las tradiciones ahoga el mérito.

Nos ha faltado la educación de la democracia, el examen suficiente para entender sus principios y llevar-

los a la realidad ciudadana, descartando al improvisado y al señor "que no comprende", sabiamente descrito por Remy de Gourmont.

"¿El que no comprende?" es un hombre malo? ¿Es un envidioso?, pregunta el gran escritor francés.

"Como todos los necios, es malo y envidioso, pero accesoriamente: su maldad es infinitesimal, su envidia es mezquina".

Alguien, con mucho fundamento, ha dicho que la aristocracia es la selección impuesta por rutinas legendarias y de casta; el establecimiento irritante de privilegios e injusticia a favor de los que, por arte de birlibirloque, nacieron con el prestigio de los pergaminos; es la influencia del nombre que surgió dorado tan sólo por la suerte de la cuna, del apellido de campanillas, por más que los hechos hayan empañado esa nobleza original.

Todo lo contrario es la democracia: escogimiento de méritos y no de herencias, actuación de virtudes y no de abolengos, exaltación del pueblo sano y preparado. Tampoco es democracia la aplastadora igualdad, la mezcla de ignorantes y sabios, de buenos y malos, de artistas y patanes.

La democracia es el *aristocratismo*, por decirlo así, de la valía, del carácter y del bien, sin atenciones ridículas al origen ni a las influencias. No pretendo significar la democracia como el triunfo de la ineptitud, de

la audacia o la infamia con buena estrella.

Abranse los libros de Emilio Faguet «El culto de la inconsecuencia» y «El horror de las responsabilidades» y méditese acerca de los defectos de quienes, tratando del fantasma de la democracia, toman el rábano por las hojas.

No ascienda, no vaya en imperial jamás lo mediocre, a título de que viene del pueblo.

Oigamos a un preclaro pensador, al que se ha llamado, como a Montalvo, maestro de la América:

«El deber del Estado, dice Rodó, consiste en pre-disponer los medios propios para provocar, uniformemente, la revelación de las superioridades humanas, donde quiera que existan. De tal manera, que más allá de esta igualdad inicial, toda desigualdad está justificada, porque será la sanción de las misteriosas elecciones de la naturaleza o del esfuerzo meritorio de la voluntad.

«Racionalmente concebida, la democracia admite siempre un imprescriptible elemento aristocrático que consiste en establecer la superioridad de los mejores, asegurándola sobre el consentimiento libre de los asociados. Ella consagra, con la aristocracia, la distinción de calidad; pero la resuelve a favor de las calidades realmente superiores,— las de la virtud, el carácter, el espíritu,— y sin pretender inmovilizarlas en clases constituídas aparte de las otras, que mantengan a su favor el privilegio

execrable de la casta, renueva sin cesar su aristocracia dirigente en las fuentes vivas del pueblo y la hace aceptar la justicia y el amor.

«Reconociendo, de tal manera, en la selección y la predominación de los mejor dotados una necesidad de todo progreso, excluye de esa ley universal de la vida, al sancionarla en el orden de la sociedad, el efecto de la humillación y el dolor que es en las concurrencias de la naturaleza y en las de las otras organizaciones sociales, el duro lote del vencido. «La gran ley de selección natural, ha dicho luminosamente Fouillée, continuará realizándose en el seno de la sociedades humanas, sólo que ella se realizará de más en más por vía de libertad».

«El carácter odioso de las aristocracias tradicionales se originaba de que ellas eran injustas, por su fundamento, y opresoras, por cuanto su autoridad era una imposición. Hoy sabemos que no existe otro límite legítimo para la igualdad humana que consiste en el dominio de la inteligencia y la virtud, consentido por la libertad de todos. Pero sabemos también que es necesario que ese límite exista en la realidad. Por otra parte, nuestra concepción cristiana de la vida nos enseña que las superioridades morales que son un motivo de derecho, son principalmente un motivo de deberes, y que todo espíritu superior se debe a los demás en igual proporción que los excede en capacidad de realizar el bien. El anti-

igualitarismo de Nietzsche, — que tan profundo surco señala en la que podríamos llamar nuestra moderna "literatura de ideas" — ha llevado a una poderosa reivindicación de los derechos que él considera impolíticos en las superioridades humanas, un abominable, un reaccionario espíritu; puesto que, negando toda fraternidad, toda piedad, pone en el corazón del super — hombre a quien endiosa, un menosprecio satánico para los desheredados y los débiles: legítima en los privilegios de la voluntad y de la fuerza, el ministerio del verdugo, y con lógica resolución llega, en último término, a afirmar que "la sociedad no existe para sí sino para sus elegidos"

«No es, ciertamente, esta concepción monstruosa la que puede oponerse, como lábaro, al falso igualitarismo que aspira a la nivelación de todos por la común vulgaridad. Por fortuna, mientras exista en el mundo la posibilidad de disponer dos trozos de madera en forma de cruz, — es decir: siempre —, la humanidad seguirá creyendo que es el amor el fundamento de todo orden estable y que la superioridad jerárquica en el orden no debe ser sino una superior capacidad de amar".

Eduquemos al pueblo para que adquiriera hábitos de distinción; hagámosle que se penetre del espíritu de la no adulterada democracia.

Civismo, democracia, son palabras muy manoseadas, que en la práctica figuran como causas de eterna irritación.

Decantamos civismo y su fuerza dinámica no se ve en ninguna parte. Denominamos caridad a lo que debería ser obligación cívica, mejoradora de los ciudadanos que lamentan su infortunio y no han tenido facilidades para educarse. Pocos son los que se preocupan de ayudar a las autoridades, contribuyendo al bienestar general, cada cual dentro de sus medios, ya físicos, ya intelectuales. Cuando se trata de positivos actos cívicos, se ponen en juego las pasiones políticas, que abren hondas divisiones, en vez de unir a la familia ecuatoriana. Por esto, se experimenta frialdad en tantas demostraciones que suponen calor cívico. Hay profunda separación en las clases sociales. Este quijotesco sentimiento se sobrepone a toda consideración que podría armonizar con el parecer del pueblo, para que el entusiasmo fuese patrimonio de todos, grandes y chicos, ricos y pobres.

La democracia es otro ludibrio. Vivimos en república, y practicamos chocantes actos monárquicos. Todavía están en boga las audiencias, como si para visitar a un simple ministro, a una autoridad cualquiera, hubiera que observar protocolo, hacer antesala, esperar horas de horas, someterse a inscripciones y otras odiosas ceremonias. ¿Democracia tanta ridiculez?

Usamos campanillas, lujo, actitudes reales, cuando la democracia se ha de distinguir por su sencillez.

En gobiernos republicanos, desentonan la prosopopeya, los estiramientos, la manía de relucir etiquetas, rancios pergaminos, condecoraciones y fraques a toda hora.

Es irritante para la virtud democrática tales resabios y amaneramientos. Recordamos que el General Alfaro, con encantadora ingenuidad, recibía a cuantos iban a su casa o al palacio, perdonándoles hasta sus impertinencias.

Estaba listo a abrir los brazos, dando su corazón a los más humildes y desconocidos.

Su llaneza cautivaba. ¿Audiencias él? Decía que su deber era servir al pueblo y que a él se pertenecía en cuerpo y alma.

¡Cómo no le han imitado los que decantan civismo y democracia!

Conviene educar a los de arriba y a los de abajo en el auténtico terreno de la democracia, que se ríe de los formulismos.

•El campo de acción para el desarrollo de la conciencia y el espíritu cívico, ha dicho Arturo de la Vega, está perfectamente demarcado para el pueblo: el hogar, la escuela, el taller y el sindicato. En cada una de esas comunidades, el artesano, el padre de familia, el empleado, el jefe y el capitalista pueden ejercer la acción de cooperativismo material y moral, intelectual y espiritual que se espera de todos y que todos debemos dar, no sólo

como un complemento a la labor gubernamental, no sólo como un eco de prédicas y homilias más o menos sinceras, sino como consecuencia del principio— egoísta como todo en la vida— del mejoramiento de nosotros mismos y de los nuestros.

«Solamente los pueblos de un alto plano cultural o aquéllos que sin poseer cultura superior tienen, dentro de un grosero materialismo, grandes intereses creados que a su vez están vinculados con el bienestar y existencia de sus conciudadanos, ejercitan el espíritu cívico, pero aquellos pueblos jóvenes, y el nuestro lo es indiscutiblemente, y los que aún no han logrado estabilizarse por completo, no pueden llegar a esa forma de ética colectiva e individual, si no es a través de un amplio, inteligente y paciente plan educativo forzosamente gubernamental y de una cooperación efectiva de los ciudadanos conscientes de su deber.

«En el hogar, los padres de familia creen cumplir su misión alimentando y vistiendo a la familia; en el taller, el obrero que en él trabaja elogia a la máquina que le ahorra trabajo y el que no trabaja en él la anatematiza porque le resta oportunidad de trabajar; en la escuela, el padre y la madre del educando se concretan a que sus hijos aprendan las lecciones, y en el sindicato, a veces, la labor cívica se deforma en la lucha interna de pasiones mezquinas. Y de esa guisa, ni en el hogar, ni

en el taller, ni en la escuela o el sindicato ejercemos la benéfica acción de servir.

«Preciso es que eduquemos sin descanso a nuestro pueblo, a todas nuestras clases para que, despertando en ellos el deseo de mejoramiento individual— emulación a base de egoísmo—, logremos que se trasmute en mejoramiento colectivo.»

«El día que tal cosa se logre, siquiera sea en parte, veremos cómo nuestros conciudadanos varían el concepto que hoy tan arraigado tienen de que el Estado debe ser el único responsable de su mejoramiento. Ese día, no tendremos barriadas inmundas en las que la gente vive en la más espantosa miseria y abandono; ese día veremos cómo los vecinos de esos lugares, dentro de un espíritu cívico, cuando las condiciones del erario no lo permitan, constituirán centros de higiene cada cuatro o seis manzanas de casas para sanear sus habitaciones y en forma cooperativa proveer las necesidades más urgentes de higiene».

¿Se cumplen con alguna fidelidad los postulados de la democracia? Saludable es averiguarlo. Conviene a la juventud, que demuestra interés por la cultura nacional y está al frente de los destinos espirituales de la patria, efectuar, siquiera de tiempo en tiempo, el imparcial balance de sus actividades, anotando lo que ha hecho y lo que tuvo el deber de realizar, lo que llevó a

cabo y lo que le falta. De esta revisión de valores y actividades brotaría, con el matiz y la claridad de una flor, toda la responsabilidad que a cada cual le corresponde.

¡Cuántas iniciativas dependieron únicamente de la juventud batalladora! ¿Nada sacó en limpio en el empeño de mejoramiento nacional? ¿Se ontretuvo en acciones fugitivas y superficiales abandonando lo principal? ¿Qué grado de frivolidad sembró en lo que de suyo es serio y trascendental?

El examen de conciencia pone de manifiesto las cívicas labores, su cultivo eficaz o el abandono absoluto del jardín republicano.

El pujante y juvenil escritor chileno Roberto Meza Fuentes pregunta a la moderna generación de su patria, a la juventud que frisa en los treinta años, lo que ha realizado; si la eléctrica llamarada de renovación prendió en sus corazones; si los ideales fueron fiebre de la adolescencia; si la santa exaltación sacudió sus espíritus.

Después de la guerra europea y de los acontecimientos que se han desarrollado, fuertes fueron los acicates para tender, con disciplina y fervor, al bien nacional, al enderezamiento humano.

Sería estimulador conocer el papel que le tocó desempeñar a la juventud ecuatoriana en los últimos tiempos. La historia contemporánea revelaría lo que esa ju-

ventud trabajó, o la indiferencia que amortiguó su alma, la fortaleza en las campañas civilizadoras o el desperdicio de tiempo en cosas de poca monta que enferman la voluntad y ensombrecen el cerebro.

A lo largo del progreso nacional, quedan múltiples problemas para resolverse. A la juventud le incumbe, quizá de preferencia, el estudio y la solución de esos problemas, gran parte de los cuales son de orden educativo, sin que por esto se desatiendan los económicos y estadísticos.

La contabilidad, practicada con ánimo ecuánime, nos diría el debe y haber democrático. ¿Qué saldo le toca a la juventud ecuatoriana?

En el ayer y en el presente de la vida nacional, distintas fueron y son las tendencias juveniles. Fuimos ayer más ingenuos y más desprendidos, más pacientes para aprender muchas materias a fondo. ¿Qué son ahora los jóvenes?

«Nuestra juventud, dice bellamente Meza Fuentes, refiriéndose al pasado, creyó descubrir la justicia, el bien, la verdad, ideas místicas, más bien, ideales, por los que hubiera dado con alegría triunfal la vida. Esta fue nuestra juventud. No respondo de que nadie asuma ahora la paternidad de sus ideales de entonces. Pero en esa época, sintiendo más que razonando, los jóvenes se entregaban con heroica devoción al culto del sacrificio y sabían

cumplir como hombres los deberes que les imponían las normas, acaso imprecisas, enfáticas y declamatorias, que la edad, llena de ímpetu fervoroso y generoso, aceptaba sin reservas.

«No voy a preguntar con Jorge Manrique qué se hicieron los infantes de Aragón. Es una historia demasiado cruel y reciente para entrar con entera libertad en su proceso. Pero sí aseguro que en su fe, en su pujanza, en su desinterés, esa generación, el momento altísimo de esa generación, no ha sido superado.

«Bien podemos perdonar a unos muchachos sus desmesuradas actitudes mesiánicas, sus gestos espectaculares de iluminados, sus ambiciones altísimas de precursores. Una juventud que no aspira a marcar con su ritmo vital una superación de su época es indigna de llamarse una juventud.

«No me pronuncio, ni creo que haya llegado la hora de hacerlo, sobre los frutos verdaderos y efectivos con que haya de marcarse la huella del paso de esa generación. Pero es también medir las cosas con criterio de mercader adjudicarles el valor de sus resultados sin tomar en cuenta las finalidades o las aspiraciones que, como buenas hadas madrinas, presidieron su nacimiento. Tal sistema nos conducirá fatalmente a confundir el precio de las cosas con su valor. Criterio de Sancho Panza y no de hombres que buscan la verdad.

«Si hubiera que recurrir a una fórmula, siempre arbitraria, que pudiera ser la síntesis de aquella época ilusionada, yo le bautizaría como la era de las grandes aspiraciones. Fue la edad revolucionaria de que habla Ortega y Gasset cuando considera la revolución más un estado de ánimo que una barricada. Hoy vivimos en plena época contrarrevolucionaria y por eso no hay perspectiva, ni serenidad, ni independencia para juzgar aquel momento maravilloso de nuestra vida de jóvenes en rebeldía en un pueblo joven.

«Hoy, derrotadas todas las grandes ilusiones, resulta fácil reírse de aquella literatura ampulosa y gesticulante en que toda una generación, invocando a los sentimientos más altos, entregaba su vida entera en aras de sus anhelos y sus esperanzas.

«Pero en esa época, llena de generosidad y de fervor, se soñaba en la redención social y se quería una economía, un arte, una literatura que vinieran a servir a las aspiraciones colectivas».

¿Cuál es el programa de la juventud de nuestros días? Doloroso resultaría afirmar que los tiempos pasados fueron los mejores.

Queda, para ello, el examen de conciencia; queda también, como corolario del escrupuloso análisis espiritual, el balance de las obras llevadas a la cima.

Por los frutos se reconocerá a la selva de prome-

sas y de hermosuras.

Nada importan los fracasos: las meras tentativas son laudables, cuando, sin amilanarnos, rectificamos el rumbo y seguimos adelante.

El secreto está en no retrasarnos ni voltear caras a la esperanza.

Democracia no es vulgaridad: es selección de aptitudes, completadas por el patriotismo y la moralidad.

No caminan por recta carretera las naciones cuando contemplan absortas que sus cumbres políticas, que deberían mantenerse enhiestas y majestuosas, descienden al lodazal de las pasiones personalistas y olvidan los serenos consejos del patriotismo y de la moralidad.

Algunos sacrificios exige la observancia del patriotismo: ahogar el interés individual, el del yo absolutista, para apreciar únicamente la tranquilidad y sosiego colectivos; atender a la substancia antes que a las pequeñeces y superficialidades; alejar la vanidad, en homenaje del interés común.

Cuando se descuidan estos ideales—que son punitivos, que pertenecen a la conducta política y a la vida cotidiana — se aflojan los resortes de la moralidad. Entonces el hombre— aun el de más talento— cegado así por el odio, por la soberbia, por la sed de figuración y «exhibicionismo»—no repara en el principio de la justicia inmutable: se precipita a cometer los más grandes aten-

tados contra el derecho universal, contra el imperativo de la conciencia, contra la ética de la humanidad.

Patriotismo y moralidad, si dejáis de imperar en sus más puros dictados, la República va amortiguando su vigor espiritual, fuerza que le impulsa a lo grande.

Hemos soñado con la pureza de la doctrina democrática predicada por nuestros maestros—Montalvo entre ellos— y vemos, con pena, el más ruidoso fracaso, como funesto ejemplo legado a la juventud: el de la ausencia de abnegación, el de la falta de moralidad política para juzgar las acciones humanas.

Cerrar los ojos a la razón, no suele ser el remedio contra las calamidades públicas. Allí donde falta la equidad, las campañas se vuelven sistemáticas y parciales.

No es posible, por tan tortuoso sendero, llegar hasta la sublimidad de la ley y el alcázar de la justicia.

El deber de la ciudadanía, sin distinción de colores políticos, sin rencores personalistas, sin bajezas de ánimo, es mantener incólume el reinado del patriotismo y de la moralidad. Cálculos y móviles de otro género han de estrellarse contra el inmovible baluarte de la justicia inmanente y distributiva.

¡Patria, moralidad política!

Ante la historia y el mundo, resonando quedan las protestas, cuando se intenta mezclar el agua lustral de la patria con el salobre y turbulento charco de las pasiones

políticas, cual si fuesen ambos saludables. El oleaje negro y repugnante sólo conduce al naufragio y a la muerte.

Si sobre el escudo de la ciudadanía se graba una empresa, limpia y sincera, ha de ser la del patriotismo.

Esa divisa, noble y santa, no puede ser borrada por las debilidades de los demagogos, por el furor tribu- nicio, por la vesanía de los políticos.

Unión, americanos, que la anarquía os devorará, gritó Bolívar.

Unión, ¡oh ecuatorianos! para robustecer nuestra moral política, para purificar nuestro patriotismo, para dejar sin lesión ni menoscabo los derechos del país.

No le profanemos con palabrería estéril: defendá- mosle con el firme brazo de la grandeza de las intencio- nes.

El gran problema en la vida nacional es el de la educación. Sin fundamentar las bases educativas, no podrá soñarse en el arraigo de los principios de la democracia.

La mayoría de los asuntos ecuatorianos son de cultura.

Es preciso examinar la realidad de las cosas: en el mínimo acto, en la insignificante acción, en el paso polí- tico, en la aventura callejera, en cuanto nos sucede, nos rodea y nos amarga, hallaremos las consecuencias de la incultura.

Sin remontarnos a los idealismos, bastaría con analizar la conducta popular, las costumbres, las enfermedades nacionales, los vicios de grandes y chicos, para encontrar las taras de la educación. Como son las causas, son los efectos que ensombrecen la existencia republicana.

Pero no queremos fijarnos en el gran problema, que lo postergamos para preferir teatralerías de resonante política que correrán desorientadas siempre, si no se atiende con preferencia a la educación nacional.

Nos falta cultura en todo orden de cosas, porque disciplina es precisamente cultura espiritual.

Y he aquí que el nombramiento del Jefe de la Educación ecuatoriana debería interesar a todo el país, como el primero, como el capital de los sucesos, sin el cual sería vana la pretendida restauración nacional, utópicos el afianzamiento de la paz, la marcha del progreso.

No hemos querido considerar al Ministerio de Educación como al primero de los departamentos administrativos. Sin un magnífico y estable Ministro de Educación, no veremos nunca cumplidos los deseos de un cambio radical de sistemas de gobierno y el empleo en las funciones públicas de ciudadanos no contaminados con las rutinarias y demagógicas corruptelas de círculo, que han conducido al país a su desmoralización». Afirmar la moralidad pública y privada es obra educativa.

Se ha clamado con razón en los congresos contra las «trincas». Las trincas son la demostración más palmaria de la pobreza educadora. Trincas nos abruma en todo: en lo político, en lo administrativo, en lo social, en lo literario, en lo artístico, como si no hubiera más hombres que los del círculo estrecho, más ideas que las promulgadas por la camarilla, más labores que las aconsejadas por el cenáculo, la sinagoga o el conciliábulo del puñado de felices que integran cada grupo o trinca.

Desechamos los pensamientos amplios, la libertad augusta, la santa tolerancia, porque las trincas así lo disponen: trincas para repartir fama, trincas para crear reputaciones, trincas para discernir grados o títulos académicos, trincas para el reparto de condecoraciones, etc.

¿Se llama a esto democracia? Eternamente los mismos hombres y las mismas estrechas banderías apoderados del porvenir de la Nación, que es un tablero de ajedrez monstruoso, en el que las fichas que estuvieron a la derecha son colocadas a la izquierda, las de éste caxillero en ése, las de una divisa en la otra, pero siempre en el mismo tablero presupuestario.

¿No son estos crímenes monstruosos contra la democracia también los crímenes de la descuidada educación?

¿Qué misión política ni qué bienestar nacional se columbrarán, si continuamos dentro de la misma rutina,

de la misma pobreza educadora, de la trínca que gobierna en la educación pública? ¿Qué noble postulado podrá cumplirse, si no fomentamos la cultura ecuatoriana?

Si errores profundos se amontonan sobre los que se titularon liberales, el principal, el básico, es no haber educado sólidamente al pueblo. La ignorancia nos aniquila, la incultura nos desacredita, la intransigencia nos mata.

Si vencieron los espartanos, que eran escasos en número, fue por su recia educación, que desafiaba inclemencias y peligros: se habían acostumbrado al sacrificio, al heroísmo, a la abnegación, a la disciplina. La educación les hizo patriotas.

Por fallas educativas, somos indisciplinados en todo y vamos precipitándonos en el caos, en la desorientación, en la terrible desmoralización de costumbres, en la profanación de las tradiciones y el sacrilegio contra lo puro, lo honrado, lo decente.

¿Cuáles son los puntales de la verdadera democracia? Las campañas de la educación popular, la formación de ciudadanos, la guerra al analfabetismo audaz y temible.

¿Renovación y justicia sin educación?

Atendamos ¡oh, compatriotas! a la educación ecuatoriana, levantando a sus ministros a la altura de un Justo Sierra, de un Vasconcelos, de un Puig

y Casauranc, de un Dengo, de un Marañón!

La prédica hermosa y deslumbrante de las doctrinas democráticas, vuélvese cruel sarcasmo, si no se pone en práctica alguna virtud que siembre el buen ejemplo en la conciencia popular y le ayude a levantarse de su postración.

De haberse cumplido al pie de la letra alguno siquiera de los llamativos programas políticos, el nivel de moralidad y cultura habría entronizado a la democracia, no como a reina vulgar, sino como dechado de excelencias, para mejorar a los hombres por la educación y la justicia.

Las confesiones de fe van quedando cada día más desacreditadas, porque el impulso de las obras echa por tierra a las simples palabras, frases de *estereotipia* que nada significan de tanto manoseadas: cedan el paso a las acciones y al avance de las ideas nuevas, por ley evolutiva.

¿Liberales? ¿Conservadores? ¿Socialistas?

¿Qué importan estas denominaciones ante la elocuencia de una vida, ante la virtud del carácter que acomete empresas redentoras?

Un prócer, compatriota de Martí, aconseja que seamos enérgicos en desenmascarar a los pícaros.

"Sepamos, dice Emilio Bacardí Moreau, oponer al valor de los malos el valor de los buenos".

¿Liberales? ¿Radicales? ¿Conservadores? Qué significan estas interrogaciones ante la fuerza de los hechos y la honradez en todos los actos cívicos?

Común es profanar las más relucientes palabras. Los frutos son los que interesan; frutos en sazón, del árbol del progreso que eleva su copa hasta los cielos.

Si la patria llora hondas desventuras y tremendos desastres, no la consolaremos gritando en sus oídos: ¡soy liberal!, entre fuertes golpes de pecho. Curaremos sus males procediendo de hecho, poniendo en práctica el milagro de nuestra voluntad, realizando la filosofía humana.

El gran estadista, Estrada Palma, temperamento soberano y alma inmaculada, sentó esta amarga verdad, que cuadra a muchos países de la América, idólatras de los bellos vocablos y perezosos para la acción. «Tenemos República; pero no ciudadanos».

Meditad en lo profundo de esta lección, que se remonta al hogar y a la escuela y penetra en la entraña de la historia social y política

¿Quiénes son los culpables de no haber educado a los ciudadanos en décadas de décadas de servidumbre, envilecimiento, anulación de la conciencia y del decoro, *cadaverización* de la juventud?

¡Oh, fulminadora frase que pone en transparencia todo un pasado triste e ignominioso! ¡Oh, esterilidad del martirio! «Tenemos República, pero no ciudadanos».

Verdad es que, desde hace poco, se enseñan en las aulas nociones de instrucción moral y cívica; pero esto no basta, si los niños, si los jóvenes no palpan el buen ejemplo. A cada paso, caídas, retractaciones, renunciós; a cada paso, la impunidad y la cobardía; a cada paso, intolerancias, errores crasos, odios implacables; a cada paso, robos, negocios leoninos, improvisación, escándalo, delito premiado y crimen ascendido

La Carta Política anda hoy en manos juveniles; pero las garantías constitucionales no son observadas por todos.

¿Cómo entendemos el civismo y la política que decantan fervor patriótico?

A la España anquilosada, predicaba Ortega y Gasset, disciplinadamente educado en la hondura filosófica, que era de singular urgencia entender por política «el conjunto de labores cuyo fin sea el aumento del pulso vital de España, especialmente aquéllas que signifiquen el violento acoso de esta raza valetudinaria hacia una enérgica existencia».

Labores, claramente lo expresa el maestro; labores, y no palabras; palabras muertas de tanto trilladas y zaheridas. ¡Vigor racial, vigor nacional es la noble tarea!

Curar a la raza enferma, inyectarla sangre nueva, es obra de sabia política y de honrada administración.

Cuando suban a la cima las obras, como por el

prodigio de una transfiguración, la República bendeciría a los ciudadanos que las llevaron a cabo, en el ascenso de la energía triunfadora, de la juventud apostólica y desinteresada.

Lo demás, la sofisticada palabrería, allá se queda para ser manoseada por los que aspiran a llenar sus bolsillos con gruesos fajos de billetes que, extraídos del sudor del pueblo, pasan por las alquitaras de las tesorerías fiscales y se evaporan

Tengamos, como quería el fundador de una patria ardiente, "no sólo República, sino también buenos ciudadanos".

HIMNO A LA ESPERANZA

¡Esperanza, no seáis canto de engañosa sirena, sino sincero himno al esfuerzo perseverante!
Cada año, con el rosicler del alba y el frescor matinal, invocamos a la esperanza, oteando, ansiosos, el horizonte. Sirva la esperanza para resucitar, como ave de leyenda, la agilidad del espíritu, desde el montón de cenizas de nuestros fracasos. Cada año formulamos hermosos proyectos y consoladoras resoluciones, flor de espinos que se lleva el viento, porque la esperanza no va unida a la acción saludable.

Lo único amargo y real, el tiempo, que conspira contra la salud, roba energías y amontona desencantos.

¡Ya no un balance de lo pasado, que nos llenaría de tristeza, pero sí un puñadito de promesas para enmendar la conducta nacional, unas cuantas consideraciones vivificantes, son oportunas en la nítida hoja del álbum que abre la esperanza, cual con mano firme se graban resoluciones en el libro de memorias, para enderezar el rumbo de nuestros pasos!

¡Sacuda el entusiasmo nuestro cansado organismo: no permita el desfallecimiento de las bellas ilusiones que con un poco de buena voluntad se transforman en obras auténticas! No caben los desmayos cuando el lozano carácter, activo e indomable, forja corazones y retesa los fuertes brazos listos a la faena fructífera.

Habría que estudiar si el Ecuador es pueblo que mantiene vivo su entusiasmo para las grandes empresas, sin que le amilanen los fracasos o la derrota le impulse a tomar distinto rumbo.

Juzgando por las apariencias, podríamos anotar que el fervor nos dura poco tiempo, que nos cansamos pronto hasta de lo más noble. Sin duda entre nosotros, a causa de la monotonía del clima, que no es renovado por las marcadas estaciones como en otras comarcas, el desgaste nervioso es mayor. ¿Será ésta la razón para que se apague en corto lapso de tiempo la llama del entu-

siasmo? ¿Obedecerá a más hondas reflexiones que, ya en frío, obligan a reconsiderar los arrebatos?

Lo cierto es que, si no triunfamos siempre, ha de culparse a que mueren perseverancia y entusiasmo, fuerzas que se dan la mano y complementan.

Numerosas obras de la vida nacional quedan truncas porque el entusiasmo decayó, antes de arribar a la cima. En política notamos iguales veleidades y contradicciones, por la fuga del entusiasmo, acaso porque agotiza la fe en los hombres.

Un ilustre médico francés, que tantas consoladoras recetas ha escrito, no sólo para la salud de los cuerpos sino también de las almas, recomienda que tengamos entusiasmo, que miremos sin quejarnos las cosas de la vida, alimentando un poco de optimismo y desechando la manía «de denigrar y maldecir la existencia».

Si el entusiasmo ecuatoriano— tan vivo en ocasiones— durara unos momentos más, la patria podría coronar las más bellas acciones, empujar al buen éxito para que acometa múltiples rasgos de civismo que se quedan en proyecto por desgracia.

El médico y psicólogo a que aludimos es el doctor Víctor Pauchet: nos insinúa que no olvidemos esta verdad: «Si eres entusiasta, tu vida profesional seguirá siempre en pleno rendimiento, *porque el sentimiento es lo que guía a los hombres*»

«El ardor y la sinceridad de nuestro entusiasmo —insiste— nos produce la certeza de vencer todas las dificultades y de atraernos todas las buenas voluntades. En ello hallaremos nuestra alegría, nuestra recompensa. No importa lo que seáis: obrero, artesano, industrial, comerciante, escritor, artista, abogado, médico o ingeniero, sea cual fuere el género de vuestro trabajo, decíos a vosotros mismos que, ciertamente, duplicaréis el valor de sus resultados si hacéis vuestro trabajo con amor»

¡Oh, si en tantas actividades de la marcha nacional se tomaran con amor las empresas! Perfección y magnífico éxito transformaríanse en frescos lauros. Sobre todo en el campo docente, ¡cómo serían de fructíferas las cosechas!

Quien conserva el fuerte sentimiento de la esperanza, no se pone a temblar en los naufragios.

Viejo diplomático ecuatoriano, que repetidas veces se ha ocupado de nuestros problemas internacionales de carácter limítrofe, ha recordado esta frase de alto valor cívico: «No rindáis el barco».

Es la voz de somatén de la energía de un pueblo que, cual en otro tiempo de épicas leyendas, determina en cerrarse a combatir, para vencer o morir, antes que rendirse, como efectuara Hernán Cortés, que no rindió sus naves, sino que *prefirió* resueltamente quemarlas.

Alfaro prefirió aplicar la tea a su buque "Alhajue-

la" en la bahía de Jaramijó, antes que rendir el barco.

"Una de las divisas, dice el doctor R. H. Elizalde, que han hecho grande a los Estados Unidos, porque es inculcada desde la escuela en el espíritu de su pueblo, es la que con letras blancas en azul gallardete izó Perry al tope del "Lawrence" en combate contra los ingleses: «*Don't give up the ship*», lo que es lo mismo, "No rindáis el barco".

¿Qué direcciones morales se inculcan a los niños ecuatorianos de este tiempo? Es preciso levantar el espíritu cívico y formarles en la escuela del valor, con el que se mantiene a flote la dignidad nacional, asegurándola contra los mal disimulados naufragios morales. Hagamos que prevalezca el carácter que se aferra a una idea, hasta salir victorioso, sin vacilaciones ni pánico.

Pésima prédica es, para la fortaleza de una república, la del rendimiento prudente, que sacrifica tesoros espirituales por no erguirse a demostrar altivez, sacrificio constante y perversancia en las empresas más arriesgadas y difíciles.

Pensar en que «quien no espera vencer» está moralmente vencido,—que es el descalabro más grande,—o en la obligación de no rendir el barco, es consolidar la energía nocional. Ojalá los niños se inspirasen en estas ideas que honraron a los espartanos y no amilanaron nunca a los defensores de Cartago destruída. Antes la muerte que

la deshonra.

Confesar debilidad, es signo de miedo que intenta conformarse con la servidumbre. Las naciones nunca manifiesten inferioridad, porque darían a entender que han apagado el fuego sacro de su patriotismo. ¿Desde cuándo un puñado de valientes no puede mantener en jaque a los poderosos? Contra millones pelearon los sublimes griegos en las Termópilas. ¿Y cual fue la actitud de Sandino en nuestros días?

Predicar fortaleza a todo trance, no amilanarnos jamás, he aquí la conducta educadora de las generaciones, la que ha vuelto respetables y poderosos a los pueblos.

Aquí si es saludable la quijotería heroica que se apresta al triunfo o al viaje final, sin ridículas claudicaciones, por más que las huestes enemigas sean más numerosas que las enumeradas por Homero.

Las naciones jóvenes jamás entonan elegías: su himno es de fervor, aun en medio de las más graves vicisitudes y los más crueles infortunios.

Si el país ha errado, basta con buscar nuevo camino, en su temprana marcha que todavía no es de siglos.

Sin ánimo de torturarse, suelen los hombres de bien examinar su propia conciencia, para formular votos de esperanza y reforma. Si analizamos la conciencia nacional,

¿cuántos cambios observaríamos, desde el punto de vista de la moralidad, hijos de otro medio ambiente y de tiempos distintos que se saturan de la universal perturbación?

Como van modificándose las costumbres, se transforman los puntos de vista, toman diversa forma los gustos e inclinaciones; el alma nacional se despoja del viejo ropaje. Parece que estamos en vísperas del advenimiento de una moral nueva, a juzgar por la manera de conducirse de las generaciones, cual si la tradición ya fuese letra muerta. Hoy en los hogares se nota un soplo de insurrección, que hace temblar a las rosas y azucenas de los jardines domésticos. Los niños se educan de modo muy opuesto al de ayer, buscando en la independencia personal y en el deporte el secreto de éxitos momentáneos, aun cuando la base cultural no sea sólida ni profundos los principios éticos. ¡Ya se permiten hablar de sus tempranos derechos en presencia de sus padres!

La docilidad de su temperamento no se afirma con bravatas ni el castigo les comunica terror pánico.... Las niñas gozan de mayor libertad que en los pasados días de quietud solariega; libertad que, en la mayoría de los casos, les resulta perjudicial, porque entran, atropellada y tempranamente, en la vida de relación y adquieren muchos compromisos sociales de los que no siem-

pre salen satisfechas y triunfantes. Su despertar] estemprano. ¡Hoy es tan corto el período de las muñecas!....

Añoramos, con sed de socio, la tranquilidad espiritual en las familias y la corrección en el solar patrio, como normas de civismo.

¿Por ventura la ciencia, con sus hermosas manifestaciones, como la marcha de la aviación, el auge automovilístico, la invasión del radio, son obstáculos para el progreso de las almas?

Coleone Donville, al estudiar la íntima congoja, comenta estas tristes palabras de Mauricio Barrés: «la vida no tiene sentido» Añade que no sólo es esto, sino que cada día se hace más absurda. «Someterse a todas las ilusiones y ver claramente que no son sino ilusiones; he aquí nuestro papel. ¡Desear siempre y saber que nuestro deseo, que de todo se alimenta, no encuentra nada que le satisfaga! No querer sino posesiones eternas y comprendernos como una serie de estados sucesivos. Desde cualquier punto que se los considere, el universo y nuestra existencia no son sino tumultos insensatos»

Por lo mismo, nos queda el vigorizamiento de la disciplina, la preparación para la lucha moral, sin que nos haga presa el pesimismo, y por más que el profundo Unamuno repita que "ni el sentimiento logra hacer del consuelo verdad ni la razón logra hacer de la verdad consuelo".

El problema consiste en no volver inútil ni la vida racional ni la del individuo; en redoblar la faena de mejoramiento.

Cada año de amarga experiencia en la marcha ecuatoriana, debería inducir a las juventudes a tomar rumbos más rectos y más prácticos, íntimamente ligados a la grandeza nacional.

Nos ha perdido el exagerado culto del héroe; nos arruina el catamamiento a los caudillos, a los ídolos consagrados, porque desconfiamos de los hombres nuevos y olvidamos que las circunstancias prueban a los talentos. Desesperado, en día trágico, Napoleón clamaba que le hiciesen capitán y que él se haría lo demás. En nuestras democracias, aborrecemos a los luchadores flamantes, porque permanecemos todavía de rodillas ante el héroe. Ahora nos urge acordarnos de rendir culto al trabajador, al que sabe triunfar por sus propias fuerzas, sin acudir a los trampolines de la política, que levanta cucañas, para que por ellas se aupen los audaces o los inmorales.

Otro género de egoísmo es el del trabajo. Si las letanías se entonaron a los que trepan por la frágil cuerda de la traición o la veleidosa suerte, ¿con cuánta mayor razón no se dedicarán a los que triunfan por la acción laboriosa de sus brazos, unida a la inteligencia organizadora y al carácter perseverante?. Con estas imparciales consideraciones, muchos héroes se derribarían de

suyo, corridos de su esterilidad gloriosa.

La América presencia, en sus grandes ciudades, tragedias desaforadas que se inspiran en el hambre. Como ésta, en su urgencia suprema, no espera ningún razonamiento, llegan las escenas de sangre, la agresión en masa, la actitud desesperada.

No quieren convencerse los abúlicos que dentro de cada alma palpita un héroe en potencia de grandes hazañas. Todo consiste en el carácter, mago de las empresas. De las clases de heroísmo, el que debiera entusiasmarlos, para felicidad de la tierra predilecta y nativa, es el de la santidad que se yergue sobre bases de honradez; el heroísmo de la constancia que corona las más difíciles obras y es encarnación juvenil de la esperanza.

Que el optimismo se convierta en virtud nacional. Porque se marchita el optimismo, lágrimas de impotencia quemar a las más delicadas flores. Se entra al decorado alcázar de la esperanza, arrojando al foso temores y vacilaciones sombrías. Campos de luz, campos de sol, llanuras alegres, huertos sonrientes han de dilatarse, henchidos de promesas.

Cada temperamento ecuatoriano ha de ser fabricante y esperanzado.

Ya los héroes han demolido mucho: demos paso a los constructores, a los trabajadores, a los civilizadores a la manera de los que nos pone de modelo Lamartine con

talento de poeta y visión de moralizadora eficacia.

La época es de trascendentales reformas sociales y económicas, que apagan la dulzura de las frases. Los apóstoles quizá han cedido el puesto a cierta clase de técnicos y economistas que estudian en los manuales del pueblo sus dolores y necesidades.

LA ORACION PEDAGOGICA

Orar es trabajar, según la vieja máxima latina. Esta oración es el clamor de las almas elevadas. Es el incienso de lágrimas que sube hasta el trono de la conciencia. La queja de los corazones grandes se resume en la oración. Su sagrado recinto es el silencio. Pero también las colmenas, las fábricas, talleres, demuestran su oración, por más que ésta sea, en ocasiones, más sublime ante el ara misteriosa de la naturaleza que tiene por dólcel la bóveda infinita.

Bajo ese manto azulado, en medio de la soledad, cuando las estrellas alumbran tenuemente y el viento sopla apenas, la súplica que dirige el pecho ferviente se remonta a lo alto, en alas de la fe, movida por buenos sentimientos, con bondad sin límites, encumbrada por anhelos que el mortal no comprende, por más que el pobre

gusano, en su soberbia, ose discutir lo que no conoce y trate de aclarar el misterio.

¡Cuán saludable es orar!

Sólo las inteligencias predilectas sacan fruto de esta semilla lozana, que va a marchitarse muchas veces en el fondo de los corazones vulgares, terrenos infecundos, incapaces de recibir en su seno la savia vivificadora que hace florecer los sentimientos puros y agiganta a los débiles arbustos que no conservan más sostén que su credo, más vigor que su carácter.

Cuando firme, el mejor, el que nunca se cansa, falla ni se mueve. Y quien confía en él, todo lo puede, triunfa al fin.

¡Cuántas veces he orado! ¿Sabéis cómo? En el aislamiento, hablando interiormente, dicen los viejos recuerdos, con la ternura de un niño, primero por la conservación de mi buena madre, por su salud y felicidad, por ese ángel tutelar que es la mejor reliquia de los queridos lares, la sombra luminosa que, paradoja admirable, nos guarece de los rayos quemadores de la pasión y al mismo tiempo nos alumbra en la noche triste de los males.

En seguida, pidiendo por mi padre, columna del hogar, cabeza de la familia y piloto que dirige esa nave, cuidando por su estabilidad y ventura, puesto la vista en los sagrados penates, geniecillos invisibles que velan por la paz doméstica.

Después viene la plegaria por los hermanos, pedazos del corazón, sangre de nuestras venas, carne de nuestra carne.

Y por uno de preferencia, por uno cuyo nombre tengo guardado en lo más íntimo del pecho: es el que voló de este erial en la primavera de la vida, dejando un raudal de lágrimas de amor al darme el abrazo final de dolorosa despedida.

¡Amado adolescente! partiste en edad temprana, antes de que el ostracismo mundanal cesara.

Y como son, además, hermanos míos todos los seres sociales, oro por la familia universal, por los allegados de la humanidad. Mis enemigos, a quienes considero como si fuesen pobres enfermos, entran igualmente en mi oración.

¡Ojalá obtengan la salud del bien y de la caridad augustal Oro por la comunión de las almas.

Con esto, la oración no termina: falta implorar la fortaleza necesaria para el angustioso viaje por el desierto de la vida. La oración es el oasis que descubre la mirada escrutadora. Junto a él se siente frescor en la inteligencia, tranquilidad en el alma y consuelo en las horas de amargura.

Sócrates, penetrado de la importancia de la oración, repetía ésta, tomada de un poeta antiguo:

«Concedednos lo que nos conviene, ora os lo pida»

«...mós, ora no; y alejad de nosotros cuanto pueda dañarnos, aunque lo pidamos». Tal es la súplica ferviente del célebre filósofo inventor del método de la *inducción*, súplica nacida de lo profundo, sin frases estudiadas, sin repeticiones huecas y monótonas.

La oración debe ser en esencia mental. El cerebro humano, «maravilloso alambique de la idea», como se expresa Víctor Hugo, uniéndose con el corazón y formando de lo que se piensa y de lo que se siente una sola cosa, es el motor de la oración. La que solamente se hace con los labios de nada sirve. Ante todo, se necesita pureza de intención, nobles deseos y un encumbramiento santo del espíritu. Rezar maquinalmente, pronunciar palabras sin sentido, acalorarse con bulla desmedida en la boca y con recios golpes de pecho, no es orar: es ejecutar un acto rutinario, llevados de la costumbre; musitar con los labios lo que no dice el corazón.

Tener en cuenta la magnitud de la vida; prepararse a entrar en sus luchas por medio de la oración del trabajo, que induzca al pequeñuelo a la economía de esfuerzo y de tiempo, es la sustancia del método del educador doctor Decroly. Debemos ver su espíritu, cualesquiera que fueran las nomenclaturas. Mañana parecerá anticuado, se inventarán acaso otras palabras y se hará gala de otros procedimientos; pero han de quedar la buena intención, la sinceridad de la faena que es la positiva

oración pedagógica.

Tal vez a otros de más flamante doctrina pedagógica ya no les parezca conveniente, por no ajustada a la moda, la organización de grupos homogéneos entre los niños que asisten a la escuela, el establecimiento de grados paralelos, la disminución del número de alumnos en cada agrupación, el arreglo de programas evolutivos, la búsqueda sutil de ideas asociadas, la averiguación de las necesidades del niño y del medio que le circunda, como familia, escuela, sociedad, naturaleza; la implantación de los centros de interés, acción y trabajo individual y colectivo, temas en torno de los cuales giran la curiosidad y comentario infantil, que son otras tantas oraciones recreativas. Tal vez algún reformista rechace los subcentros y los asuntos ocasionales, que los buenos maestros no desperdician, en el empeño de que quien trabaja en la escuela, observe, asocie, exprese lo que ha intuído y asimilado.

Si el niño marcha hacia la escuela nueva, no desdén jamás el deber de su cultura, el objetivo ético, el mejoramiento moral, la socialización de la enseñanza. Por más que estén de acuerdo los pedagogos en que triunfe el auto—aprendizaje, en que la libertad disciplinada del niño robustezca su personalidad, en que obtenga los mayores frutos del ejercicio sagaz en los centros de interés y se ponga diestro en el aprovechamiento del tiem-

po y la práctica de sus iniciativas económicas, no será completa su educación, si no mira introspectivamente y se acuerda también del espíritu, para enriquecerle con los tesoros del sentimiento y de la belleza, que en aromas impalpables suben a la cumbre del ideal, como la íntima oración de los que trabajan moral y físicamente.

FIGURAS EDUCADORAS

CARLOS OCTAVIO BUNGE

Una gran cima de la educación se abatió en la capital argentina el 22 de mayo de 1918, al oleaje, más que de los años,— pues murió en plena virilidad,— de abrumadora laborcapaz de desgastar a las rocas. El maestro argentino había analizado la evolución educadora en las cuatro épocas del mundo, para aplicarla a su patria. Su primer libro— que fue su tesis para el doctorado— se editó en Buenos Aires en 1897. Trataba en dicha tesis, con la conciencia de un patriota, acerca de *El Federalismo Argentino*. Del amor de la patria, pasó al de la raza, para deducir, con obvias razones, que no existen razas puras. Quererlas deslindar, sería ficción anticientífica. En la que llaman raza anglosajona hay mucho de sangre latina. En sólo la metrópoli de Nueva York, habitan más italianos que en varias poblaciones de

Italia, más judíos que en la mayor parte de las naciones latinas, numerosos rusos y suecos, bastantes españoles, millares de alemanes, etc., es decir, considerable mezcla de latinos, semistas, eslavos, teutones

“Mucho se pretende decir con la palabra «raza», la más elástica en todas las lenguas; su empleo, para sintetizar esas dos familias de pueblos, repugna a la etnografía, pero presta ciertas conveniencias al geógrafo y al sociólogo. No hay «razas» puras, como todos sabemos, mas por cierto proceso de *homogenización* que se opera en todas las sociedades perfectas, puédesse afirmar sin escrúpulo que existe un cierto tipo vago de civilización latina, y otro de sajona, reuniendo en cada uno las notas comunes y salientes de su grupo respectivo de naciones”.

Bunge no batalló por la división de los pueblos, sino por la unión, por la mejora de la especie humana, sin distinciones, sin los brotes del egoísmo, del temor, de la competencia comercial o la hegemonía imperialista.

En cuatro grupos se dividirían sus obras: las pedagógicas, incluyendo en ellas las de carácter psicológico; las jurídicas, las filosóficas y las literarias, comprendiendo sus novelas, dramas, relatos populares e imaginativos, versos y el póstumo ensayo sobre Sarmiento. Alcanzaron algunas hasta siete ediciones. Su autor se cuidó mucho de modificarlas, renovarlas y corregirlas. Llenarán, cuando se haga

la edición completa, algunos estantes de la biblioteca argentina. Apenas he leído su trilogía "La Educación", sus narraciones ejemplares "El Sabio y la Horca", con su prólogo cada una, inspiradas en las viejas obras, a partir del siglo XII y continuando con Gonzalo de Berceo, Alfonso X, etc; las escenas de la vida argentina en el siglo XIX, terriblemente marcadas por Rosas, que llevan el título de "La Novela de la Sangre"; la novela "Los Envenenados", la obra dramática "Los Colegas"; las que denominó narraciones vulgares, con el nombre de "El Capitán Pérez" y las fantásticas "La Sirena"; su "Historia del Derecho argentino", su último trabajo filosófico "Notas sobre el problema de la Degeneración", publicado por el gran Ingeniero en su memorable "Revista de Filosofía", y "Nuestra Patria", libro de lectura ilustrativa. Algunas ideas fluyen al recordar esas lecturas, en el solemne momento de la desaparición del que puso en ellas su alma, devota del bien.

A la juventud aconsejaba que lo cultiven, de preferencia a los bienes terrenales, como el trigo y las lanas que enriquecen; antes que las patatas y el maíz, habría dicho, dirigiéndose a otras zonas, o el café y el cacao. ¡Que se eleve siempre frondoso el "árbol supremo del bien!" "¡Sólo a su sombra los hombres tesorizan! Yo resumiría esa verdad en esta fórmula: la ética es el primer principio de la viricultura. Hay que hacer a los ni-

ños buenos y morales, para que luego se hagan fuertes y patrióticos”.

De actualidad es el problema del bachillerato, tan combatido, no con razones, sino con lugares comunes. De muchas comarcas de América brota la epidemia de la imitación, que es endemia en el Ecuador.

Conviene hacer lo que en algunos países de Europa, sobre todo en Francia: dividir en dos secciones el bachillerato: bachiller en ciencias y bachiller en letras, me ha recalado múltiples veces un grave profesor de enseñanza secundaria, con quince años de rutina.

Lo que es magnífico en Inglaterra y Alemania, puede ser funesto en tierras tropicales. El medio cultural es distinto, la masa nacional es ignara, una porción de la juventud sale hasta de las universidades condecorada por la supina ignorancia, por más que su decantada *unilateralidad* le haya facilitado un *doctoricidio*. Sacados del círculo estrecho de conocimientos, son legos en lo demás. He aquí el mal tremendo.

¡Las ciencias! ¿Y qué son las ciencias en ciertos colegios? Menos que un barniz, aparatosa farsa, atiborramiento de materias indigeribles, desflorar de temas sin base filosófica, me decía un rector rígido y experimentado, que a diario oía desbarrar a los pretensos sabios.

Calificar así el bachillerato, sería dar a las gene-

raciones pasaporte de ignorancia. ¡Un bachiller en ciencias sin saludar las letras, ¡qué absurdo! Viceversa: un bachiller en letras sin fundamento científico, ¡qué desastre! Profesores pululan por ahí tan campantes de su ciencia, que ven por encima del hombro y con mueca despectiva a los que abrazan otros ramos. A las veces, el matemático menosprecia como a inferior al literato, como el gramático se ríe del botánico, sin querer comprender que todo es indispensable, urgente y armónico. Si se ha de escoger a conciencia, en un caso desfavorable, quédome a las letras, antes que a las ciencias de remedo, antes que a su revoltijo. ¿Por qué? Oigamos a Bunge y a su prologuista Unamuno. Dice el primero, recomendando la «utilidad del estudio de las letras para formar al ciudadano», después de haber discurrido con igual anhelo sobre la utilidad científica con el mismo fin cívico: «Frecuente es la repetición de ese vulgar aserto de que las letras son perjudiciales al espíritu práctico del hombre de negocios, político, y aun a cualquier industrial: que el ciudadano positivo y estrecho es más útil a su patria que el gremio que Napoleón clasificó de "ideólogo". Nunca error mayor. El sano cultivo de las letras amplifica el espíritu, da vuelo a los sentimientos sanos, palabras alentadoras a las ideas nobles. Sin entrar en el estudio de la bellísima doctrina de Carlyle acerca del "heroísmo" de los pensadores, sobre su acción benéfica y profunda aun-

que no inmediata, bástenos la comprobación de las siguientes eternas verdades de la historia: el culto popular del pensamiento literario levanta el ánimo del pueblo; es un indicio de su fortaleza e inteligencia de raza. La cultura intelectual, lejos de presentarse como antagónica de la grandeza material, es simultánea. Los países dominantes, en su momento de dominio, han sido en la casi totalidad de los casos arrastrados por pensadores dominantes...

"En el estudio de las letras ciméntanse hoy respectivamente en Alemania e Inglaterra los inmensos ideales —palancas de adelanto— de colonización universal, pangermanismo, puritanismo, tradicionalismo, y, sobre todo, de moralidad media. Y no se cite como caso contradictorio el de los Estados Unidos de Norte América, país que muchos observadores superficiales consideran prototipo de grosería y materialidad, porque ellos han heredado y son estimulados por el alma de la patria de Shakespeare. Allí mismo es considerado hoy el problema del cultivo de la alta filosofía y de las letras como uno de los capitales del progreso nacional. Bástenos recordar que allí se cultiva la teosofía y se comenta a Hegel. A Hegel, el incomensurable metafísico panteísta, de quien ha dicho un profesor de una universidad alemana, nido de aguiluchos de gran vuelo, que "si en cien estudiantes se halla uno que comprenda a Kant, es difícil encontrar en mil uno que entienda a Hegel".

En países donde la cultura media es muy inferior, de tal modo que aun las universidades arrojan por esas calles jovencuelos doctorados, pero sin pizca de ilustración general, es más urgente borrar el prejuicio que existe contra las letras. Allí donde el literato demora en la indiferencia y casi agoniza de hambre, por talento que despliegue, la comarca es bárbara, en la que no se ha cultivado el buen gusto y donde escasean los lectores por falta de base educativa. En vano se alardeará de ciencia.

“Mil veces he observado, en efecto,—dice Unamuno— cuán iliteratos son nuestros hombres de ciencia, qué mal escriben y exponen, qué pesados y soporíferos son, y cuán incientíficos nuestros literatos, qué enormes disparates sueltan, qué huecos y superficiales resultan. Desde aquel literato que al decirle yo de un amigo mío que era ingeniero me respondió: ¿Ingeniero? ¡Ah, sí! ¡Uno que se ocupa en cosas sin importancia!”, hasta un amigo mío que suele decirme: «Poeta? Bueno, sí, ¡ un pobre inútil !», hay toda una gradación de figuras. Desdeñar la poesía arguye tanta estrechez de espíritu como desdeñar la geometría. Y ambas necesidades se dan”.

Descubrirse ante las letras y las ciencias, manifiesta equilibrio mental y afinación de espíritu. Nada tan indigesto como una sabiduría escueta que sólo alardea de profundizar una materia, desdeñando a las demás como cosas apestosas. Creo que tan sin caletre es el que ig-

nora a Newton, como a Olmedo, a Maldonado, como a Rubén Darío.

Conozco a un dómíne entendido en números, que se burla de los demás conocimientos y trata con lástima a los literatos, como gente pordiosera e inservible. Muchas veces me han dado ganas de gritarle, con aquel apóstrofe a ciertos matemáticos «que creen que la única ciencia exacta son las matemáticas, las matemáticas que, como el arsénico, en debida proporción y mezcladas con otras substancias, fortifican, y, pasando de la medida y administradas solas, envenenan la mente»; de gritarle que su ignorancia está en proporción directa de su decantado cálculo mental.

La capital de Francia, la delicada urbe mundial, ha defendido, por medio de «La Revue de París», la finalidad de la enseñanza secundaria, al poner la monta en el estudio de las letras “La enseñanza secundaria—habla Félix Thomas agrega al estudio del francés y su literatura, el de las lenguas y literaturas antiguas y modernas. Estos estudios gramaticales y literarios tienen importancia considerable para la cultura intelectual y moral y contribuyen, más que los otros, a desarrollar el espíritu de finura, siempre compañero del espíritu de crítica, y cuyo concurso es necesario para hacerse un hombre y también para ser un sabio; que enseñan a ver en sí mismo y fuera por la reflexión que exigen y los minuciosos análisis

que imponen y entreabren al ojo del niño el libro del alma, el del conocimiento más útil e interesante.

“Los estudios históricos esclarecen y completan los literarios, abarcan en la enseñanza secundaria, la historia de la humanidad, en sus grandes líneas y dan al espíritu una vista en conjunto de los grandes hechos y del curso de la civilización. El año de filosofía termina la tarea de poner de relieve al carácter y la significación verdadera de éstos. Este año es como larga reflexión crítica acerca de los conocimientos adquiridos, de los métodos empleados, de su valor científico, en fin, de las grandes hipótesis imaginadas por los filósofos, para coordinarlas entre ellas y explicar lo que la ciencia no ha podido descubrir. El conjunto de estos estudios literarios, históricos y filosóficos es lo que antes se llamó justamente humanidades, nombre que debían esforzarse por merecer hoy más que nunca”.

Sembremos la idea de que el joven bachiller sea un bello iniciador, en letras y ciencias, una aptitud abierta a todas las nobles solicitudes del espíritu. El educador Bunge quería que la educación contemporánea abrazase un conjunto de virtudes, sólidamente inculcadas.

“Clasificaría, yo así, en cuatro grupos los hábitos de virtud que deben enseñarse a los hombres desde niños: primera, *verdad* (veracidad, lealtad, dignidad, etc.); segundo, *modestia* (caridad, disciplina, prudencia, urbanidad, etc.);

tercero, *trabajo* (constancia, atención, etc.), cuarto *carácter* (*self help*, ahorro, independencia, voluntad, tesón, esfuerzo, etc.). Propiamente las condiciones relativas a estos cuatro grupos se vinculan unas con otras, para formar las nociones supremas del Deber y la Virtud. Tales, por ejemplo, la de ahorro, que encaja, primero en la ayuda propia, después en el carácter, y entronca con el trabajo, la modestia y la verdad.

“Para su mayor fuerza, deben todavía referirse estos hábitos a los ideales. Los ideales son la teoría de la conducta; los hábitos, la conducta misma”.

En sus “Notas sobre el problema de la degeneración”, emite estos conceptos, que sorprenderán a los que se las dan de prácticos y sueñan sólo con “hacer dinero”: “Eleva el nivel moral de una nación es incitarla a pensar y obrar. En último término, es pensar y obrar. Aun haciendo de la riqueza la *última ratio* del progreso, no ha de olvidarse que acaso nadie contribuye mejor a fomentarla que el humanista, el filósofo, el hombre de letras, el poeta. Se dice que Alemania debe su prosperidad actual a su comercio e industria. En mi sentir, Goethe y Kant, por ejemplo, han colaborado en la producción de la riqueza nacional más eficazmente que los grandes comerciantes e industriales: Kant, propendiendo en primera línea a cimentar la buena fe social e individual, y Goethe, apoyando un espíritu poético pantefista, que ha

sido luego provechosísimo para dar flexibilidad a la inteligencia de sus compatriotas”.

Por eso, anota la conveniencia de que la instrucción secundaria sea humanista, si no se quiere que se ahoguen las ideas y se pierda la acción de los superhombres.

En cuanto a la propagación de los degenerados, esboza una extraña teoría que pareciera paradójica; pero que se apoya en hechos, por más que, como él mismo lo supone, haga reír a los profesionales: «*los actuales progresos de las ciencias médicas* constituyen uno de los más rápidos vehículos y poderosos coadyuvantes de la degeneración contemporánea». Explica cómo por el adelanto de la cirugía, la terapéutica y la antisepsia se impide la selección de la naturaleza, se prolonga la vida de los enfermos más graves, se la da artificial a los setemesinos y se pone a los degenerados en condiciones de reproducir su morbo, en vez de eliminarlo, como lo hacía el mal siguiendo su curso, antes de ser vencido por la ciencia.

Añadiría que el prurito de sistematizar, el pujo alardoso de *cientifismo*, la vanidad, están tentando a ver casos dónde quiera, aun en los organismos más equilibrados. La imaginación y la pedantería toman buena parte en estas exageraciones.

La moda, el ansia de celebridad o qué sé yo, han empujado a los prolijos a barruntar en Bolívar degeneración. «Fue un epiléptico», han dicho. Terminó la «ra-

ma americana de una familia varias veces secular en un degenerado superior», escriben. Esta paciente labor de reconstrucción patológica peca por su base. Desaparecido el objeto de observación, no es posible reemplazarlo con datos de la historia, con documentos. ¿Quién acertará a desenmarañar las lianas y redes de la casualidad en el fondo y trama de los fenómenos? ¿Quién reedificará las síntesis admirables, las etiologías, las coordinaciones del cuerpo humano que ya es polvo? Así como en ciertos organismos la acción patógena de los microbios se neutraliza por las reacciones del sujeto, por las predisposiciones personales, por sus múltiples condiciones de edad, sexo, diátesis, estado moral, fatiga del cuerpo, temperamento, clima, secreciones de las células, grado vilureto del vehículo; de igual modo en los genios, a quienes se trata de analizar a través del tiempo, qué de cambios que no sospechamos, influencias de ambiente y de temperatura, de alimentación, de depresiones de la conciencia, de lides interiores, de raza y herencia modificadas por la educación, de eventualidades simbióticas que no sospechamos, de relaciones urológicas que pasaron. Queda mucho de fantástico e hipotético en el estudio regresivo, que está imposibilitado de saber las citofilaxias misteriosas que protegieron la célula contra la herencia, las sinergias funcionales insospechadas, las hormonas ocultas, los antígenos desconocidos. No contamos con el engaño de nues-

tros sentidos, con las impresiones *organoléticas* deficientes, con los cambios inesperados de las etapas digestiva, humoral y emunctorial. No dudo que hasta las más absurdas tentativas son contribuciones para la ciencia, y que el empeño de análisis a los genios, que los siglos van alejando, es un esfuerzo meritorio; pero no los tengamos como artículos de fe que se han impuesto en autoridad de cosa juzgada.

Si degenerar es venir a menos, si degenerar es decaer, si degenerar se traduce por pérdida de las principales virtudes del género, desconcierta — por paradójal cuando menos— la denominación de *degenerados superiores*— resto de la nomenclatura a lo Nordau o del escarmenamiento a lo Freud— a los genios, y es redundante la de *inferiores*, si se ha de considerar de suyo a la degeneración como una inferioridad psíquico—fisiológica. La ciencia, para ser más consecuente, habrá de neologizar este ramo con tecnicismos más racionales, porque los de *superior, medio e inferior* son muy sistemáticos y, probándolo todo, muy escaso convencimiento dejan. Degenerar es perder algo; quien pierde poco o pierde mucho, siempre pierde, esto es, degenera. La clasificación—que apenas y desorienta — debería apoyarse en principios más obvios de antropología, de *histología* anímica y corporal, por así decirlo. A medida que la biología nos descubra sus misterios y la plasmogenia ahonde el proceso

de la asimilación, de la autofagia y autólisis, de la micela de Naegeli, quizá se vea claro que los *superhombres* no son degenerados superiores sino luminosos talentos incomprendidos, seres que resueltamente marcharon a su perfeccionamiento, naturalezas de raro equilibrio, gracias al dominio del yo y a la educación férrea, muy distinta del común consensó. Me refiero a los *poliartistas y polintelectos*, de múltiples caras, como los polígonos complicados, y de ningún modo a los de una sola faz, o una sola cuerda, nulos en lo demás, porque esa única habilidad sistemática puede acusar principio degenerativo. Los idiotas, en algunos casos, gozan de magnífica memoria y los locos de numen poético. Al que sólo burila versos muy bonitos y, sacado de ellos, resulta dipsómano, anquilótico y abúlico, no le llamamos genio: quizá sea un degenerado que disimula su incapacidad media para los otros conocimientos, su viciosa pereza.

No son el orgullo del hombre y el ampuloso mote de *rey de la creación* los que dictan estas condenaciones, sino la ineficacia de la prueba, empequeñecida más por el convencionalismo de la palabra, ya en el documento de remotas edades, ya en la contradictoria nomenclatura de las cosas, ya en la divergente localización de la vida, un teje y maneje que ha ido desde el tejido que pensaba Bichat hasta el bióforo o la protomera de Verwoorn, ya en el despistamiento de su anabolismo y catabolismo, si

se ha de considerar que "la nutrición es el atributo esencial de la vida", como decía Dastre, ya en el inquirir la herencia que el perecimiento del ingerto deje en los elementos epiteliales.

De la penumbra científica a que el amable recuerdo de Bunge me ha empujado, daré un cuarto de conversión hacia la literatura provechosa y bella.

"Nuestra Patria", libro que arregló para la educación nacional, especialmente para lectura en los grados 5° y 6° de las escuelas primarias argentinas, es un canto a todo lo que se relaciona con esta rica y extensa tierra americana. Su autor ha realizado una selección laudatoria de temas patrios ligados con su cultura, sus leyendas, desde las aborígenes más antiguas, hasta las coloniales y de la independencia, su organización nacional y su extenso territorio, comprendiendo la Pampa, aquel desierto verde que antes sólo la lechuza visitaba, y hoy, en virtud de la energía humana, se está transformando en emporio de riqueza, «toda poblada de innumerables establecimientos agrícolas y ganaderos, entrecruzada de ferrocarriles y canales, cuadrículada, delineada, minuciosamente dividida por cercos y alambradas» Allí se yergue magestuoso y secular el ombú que, "como un amigo, presta a todos el abrigo de sus ramas con amor", en frase de Domínguez. No omitió los panoramas de varias ciudades como Córdoba, Salta, con sus sierras, con sus

ríos, con los cuadros de la vida gauchesca y ciudadana. Todo de propia cosecha del coleccionador, la "segunda parte" acerca de la poesía argentina. Bunge consagra cálicos párrafos al autor del himno nacional. Condensa en ella los caracteres de los apasionados por lo bello, llamando a Florencio Balcarce el bardo adolescente, a Juan Cruz Varela, el clásico; romántico a Echeverría, vate proscrito a Mármol, el maestro poeta a Juan María Gutiérrez, el poeta soldado a Juan Chassaing, el cristiano a Ricardo Gutiérrez y el fantástico a Olegario Andrade, "temperamento esencialmente imaginativo".

«Nuestra Patria» es obra simpática y cívica. Nada más difícil que un buen libro calográfico, base psicológica de la educación del niño. El ilustre profesor de la Universidad de Buenos Aires ofrendó su tarea a la República, en el primer centenario de su floreciente independencia. Respiró siempre anhelos nacionales. Su último grito—como en su libro— fue «¡Viva la Patria!» Para ella sus energías y hondas labores, lo mismo en sus temas de educación, que en los literarios, lo mismo en sus versos que en sus excursiones científicas, como la que, en 1905, efectuó con el ilustre Ambrosetti a la Pampa Grande, en Salta, que dió ubérrimos frutos a la arqueología argentina.

¡Destellen siempre figuras educadoras de la talla de Bunge, sugeridor de ideales!

PEDAGOGO CATALAN - ECUATORIANO

En Noviembre de 1.934, una noticia escueta llegó hasta Quito: ha fallecido en Riobamba don Fernando Pons.

No han de ignorar las actuales generaciones que se trata de un insigne pedagogo que, como Director del Instituto Normal de varones, educó a un centenar de jóvenes. Su palabra castiza y enfática fluía enseñanzas. Algunos planteles de educación han de reconocer cuánto trabajó en ellos por la cultura ecuatoriana. Estuvo en el Colegio Mercantil de Bahía y en el Colegio Rocafuerte de Guayaquil. También un tiempo fue profesor en el Instituto Normal de Señoritas de Quito y Director del de Varones.

Sus obras han prestado buenos servicios a la instrucción primaria y han servido de baluarte a la lengua castellana. Allí están «La Oración Gramatical», los «Ejercicios Ortográficos» y su «Metodología General», todos claros, enriquecidos con ejemplos, comprensibles, ordenados. En colaboración con el señor Carlos T. García, arregló un texto de lectura intitulado "Nuestro primer libro",

El maestro ecuatoriano, el que guste de profundizar sus conocimientos, no puede olvidar aquellos apreciables libros docentes.

Además, escribió sobre variados temas educativos y científicos, sobre aritmética ya en "El Magisterio Ecuatoriano" revista de tanto mérito, esfuerzo tan plausible mantenido por varios años, ya en algunos diarios de Guayaquil, donde residió por temporadas.

Don Fernando Pons era catalán. Vino al Ecuador desde Costarrica, a donde fue contratado como profesor de la Escuela Normal de la ciudad de San José, en donde formó su hogar.

Cuando en su destierro trota por ese progresista país el renombrado poeta César Borja, aprecia los merecimientos del Sr. Pons y se empeña en que viniera a la patria.

Su carrera de maestro se honra con el título que le confiriera la Escuela Normal de Madrid. Por oposición, alcanza la distinción de venir a la América. El inmortal orador Castelar recomendó al Gobierno costarricense que tanto interés pone en la educación del pueblo.

Hombre de entereza de alma, de carácter férreo, retesado en el trabajo y en la rectitud moral, sus severos lineamientos como profesor, han grabado honda huella en sus numerosos alumnos.

Después de largo magisterio, premióle la República del Ecuador con una jubilación, muy merecida, si bien la renta era oxigua en ese tiempo. A edad avanzada y tras no pocos infortunios domésticos, su vista fue esca-

seando y quedó a obscuras. Pero gracias a las atenciones de su antiguo alumno, el Capitán Colón Eloy Alfaro, pudo operarse de las cataratas en Panamá, mediante la influencia de nuestro Ministro en el Istmo.

Intensa su gratitud para Alfaro, quien salió a recibirlo personalmente, e hizo de lazarillo, pues el Sr. Pons se embarcó ciego por completo.

Vuelto al goce de la luz, no abandona los libros. En los ratos de ocio cultiva la música. Era admirable guitarrista. En el difícil instrumento ejecutaba piezas clásicas, óperas de Verdi, etc.

Deber de las nuevas generaciones no olvidar a los pedagogos insignes que abrieron el camino, a los que enseñaron en la cátedra y se consagraron a escribir libros que dejan estela luminosa.

Modesto y retraído, no hizo gala de su sabiduría. Se concretó a cumplir con su deber, laborando silenciosamente, ajeno a las campanadas exhibitorias, al ruido vano. En el Ecuador, donde se ha abierto su tumba, pasó más de siete lustros.

Decía el Sr. Pons, que tan a fondo trató de la oración gramatical, que no era únicamente la expresión de un juicio por medio de palabras, sino la manifestación de un estado cualquiera del ánimo, como una emoción, un sentimiento, un deseo.

En la vida cotidiana y principalmente en la de

relación, en la tribuna pública, en el periodismo, que es otra alta tribuna, el concepto de oración gramatical nos adiestra en la claridad de nuestros pensamientos, ya a viva voz, ya por escrito.

En la conversación, en la carta familiar, no puede prescindirse de la concatenación de los elementos que sirven para comparar nuestras ideas. Hasta la ortografía se conduce bien cuando la oración gramatical está concebida con lógica. De aquí que una sola palabra, inconexa, suelta, no forma oración nunca, salvo que esté adherida a un interrogante. En los demás casos, la explicación está mentalmente sobrentendida y obedece a un conjunto de vocablos que se economizan, como acontece en algunas interrogaciones, verbos impersonales, imperativos e interjecciones que, si se examinan con calma, son otras tantas oraciones elípticas.

La oración adquiere todos sus matices, se entera y redondea por medio de los complementos del sujeto y del verbo; en aquél, tanto explicativos que pueden suprimirse, como determinativos, que afectan al sentido, y en el verbo, de carácter directo, indirecto y circunstancial.

Desde la escuela nos parecen estos asuntos minúsculos. Sin embargo, son grandes para la perfecta comprensión entre nuestros semejantes. Sin claridad en la expresión, no podríamos mandar ni obedecer, transmitir nuestras impresiones ni recibir las de los extraños.

Los sujetos son simples y compuestos, complejos e incomplejos, lo mismo que los atributos. Hemos de averiguar si las oraciones son declarativas, interrogativas o exclamativas y si, además, presentan la forma imperativa, dubitativa o condicionada.

Del profundo conocimiento de las oraciones, saltan los modismos tan ricos en la lengua castellana y que en los clásicos autores se encuentran a porrillo, desde «La Celestina» y los sueños y tratados de Quevedo, desde las inmortales obras de Cervantes, principalmente "El Quijote", desde las novelas y cuentos picarescos de la época áurea y la fronda lírica, hasta los no menos brillantes del siglo décimo nono, con Pereda, Fernán Caballero, Salgas, Larra, Mesonero Romanos, Valera, Pardo Bazán, Leopoldo Alas, Espronceda, Rueda, Pérez Galdós y otros, inclusive los autores de artículos críticos, de costumbres y tradiciones y los del vigésimo como Palacio Valdés, Ricardo León, Pérez de Ayala, Unamuno, Valle - Inclán, Acosta, etc.

Sin el estudio de modismos, modos adverbiales, proverbios y refranes, el periodismo dejaría de ser docente, popular y pintoresco, porque no entraría en el alma de las multitudes, en su «folk - lore».

¡Cuántas veces se oye decir en la calle que determinados políticos hablan por boca de ganso, para significar que no tienen ideas propias, ni siquiera las

que les sugieren sus correligionarios! Por esto, lejos de estarse en sus trece, cambian a cada momento de opinión y se echan el alma atrás, tomando sólo a pechos el presupuesto, sin que les importe una higa cuando les motejan que se melieron en camisa de once varas.

Sin el dominio de las oraciones gramaticales, el idioma nacional no surgirá victorioso y nítido, como es mira patriótica de que triunfe "El idioma patrio, lo ha dicho el insigne pedagogo catalán—ecuatoriano, es un valioso instrumento de progreso, por cuanto constituye el medio obligado para iniciarnos en todo género de estudios, para penetrar en el vasto campo de las ciencias y artes, para asimilarnos y apropiarnos de ese vasto tesoro de conocimientos que se vierte en el periódico, en la revista, en el folleto, en el libro; que el idioma patrio tiene su estructura propia, su fisonomía especial, sus principios, sus reglas, sus leyes, su código, su Gramática, y que sin esta Gramática, el idioma patrio no sería *patrio* ni siquiera *idioma*, sino una Babel". . .

Con riqueza de ejemplos, que abren de par en par las puertas de la claridad, va entrando en la construcción y separación de las oraciones gramaticales, relacionándolas entre sí, examinando sus verbos, viendo su formación, las condiciones de las cláusulas y observando lo que pensaba acerca del análisis gramatical y del lógico y las dificultades que ofrece el análisis de la oración.

En Mayo de 1.919, empezó a publicar en "El Magisterio Ecuatoriano" su estudio acerca del principio y la práctica en asuntos pedagógicos. Entró en las nociones psicológicas, tratando de la palabra, de los hechos mentales, de los estados de conciencia, de los sentidos, del pensamiento, de la atención, de la asociación de ideas, de la imaginación, etc. Mantuvo estos trabajos durante más de tres años.

El concepto tan admitido de que «la Pedagogía por sí es incapaz de formar a los verdaderos pedagogos», fue infatigablemente vulgarizada por el señor Pons.

El Ecuador le ha de recordar, porque guió a muchos jóvenes por recto camino, por el sólido de la educación fundamental que no tuerce rumbos ni es corruptora de la sociedad. Todo lo contrario, le presenta saludables ejemplos y le induce a la abnegación y al cumplimiento de las obligaciones sociales y de cultura popular, sin pervertir tempranamente a la niñez con doctrinas disociadoras, ni volverla insufrible por el orgullo, fatuidad y pedantería.

HEROES SIN NOMBRE

A LOS MAESTROS DE ALDEA

A vosotros, ignorados luchadores, dedico estas páginas. Vosotros, héroes de batallas campales que pasaron inadvertidas, merecéis aplausos y recuerdos. Vuestras sentencias son triunfales y las obtuvisteis con habas blancas, en silenciosos torneos. ¿Cuál es vuestro haber? En lo moral, es ingente. Os habituasteis al bien, sin esperanza alguna de material galardón; despreciasteis al hablistán y al crítico: en el silencio compusisteis todo un poema de virtud. En tanto que en el hacéldama del mundo todo se mancha con sangre y fango, vosotros conservasteis sin mácula vuestras almas. ¿Quiénes sois vosotros? Allí está el mayor mérito: la oscuridad. La historia no ha conservado vuestros nombres. Pasasteis por la vida con enorme fardo de dolores y apurando inauditos sufrimientos, y nadie, nadie os recuerda. Sólo unos pocos, muy contados, saben que fuisteis buenos y que vuestros sacrificios son tan grandes como las fantasías que produce el hachich. Enseñasteis a soñar, esto es, a discurrir, conjuntamente con la lectura, el cálculo y la escritura.

Los belgas tienen un dios, que se ha conservado en su mitología gracias a una sola inscripción. Sin ella, no existiría el nombre de Hofva. Vosotros, ni ésta, ni una sola letra que os rememore. Fuisteis santos, y vuestros nombres no constan en ninguna hagiografía. No escribisteis textos ¡oh, maestros de aldea! Ni siquiera conocisteis al ministro de educación, ni supisteis tal vez de la existencia de la dirección técnica y otros organismos.

En sentimental narración lugareña, A. de Lamartine pone en boca del picapedrero Claudio Des Huttes, lo siguiente: "Los pueblos, los reyes, los sacerdotes, los ministerios, las historias, hasta los mismos huesos, se han fundido en la memoria de nuestra especie, todo ha corrido con las aguas de un río que se llama el Nilo, todo ha sido envuelto por esa arena que se llama el desierto; pues bien, sí, señor, un soldado que ha vuelto a aquí de Egipto y que me ha contado lo que eran esas pirámides, dice que se han encontrado canteras grandes como el lecho del mar, de donde esas piedras labradas fueron sacadas, que se ven aun en las canteras piedras que no están a medio serrar por la sierra de los egipcios o de los gigantes de aquel tiempo, y que él mismo había visto sobre un ladrillo de los que revestían estas piedras, la huella del pie y de la mano de uno de los obreros que trabajaban y daban forma a otros monumentos. ¿Es to-

do esto de aquel tiempo? ¿Y hay muchos reyes o reinas que hayan dejado en el mundo un rastro de sí tan duradero como este obrero desconocido?» (1)

¿Cómo se llamaba ese obrero? ¡Un héroe oscuro del trabajo; quizás un esclavo que sucumbió al peso de sus labores! ¿Qué importa que el ladrillo haya conservado una huella de ese ignorado sér, cuando su nombre yace en el montón anónimo del olvido? Pero otros héroes ni siquiera esa señal fugaz conservan, grabada en alguna piedra del camino. Pasan como meteoros por la vida; nadie refresca la luminosa memoria de esa rápida carrera. Hasta el miserable halisis ha sido clasificado con prolijo estudio; pero el oscuro hombre virtuoso no mereció ni una mirada de sus semejantes, con quienes se vio un día tan hallado.

Muchos hombres de valía vienen a ser como los astros errantes que, ocultos a las miradas de la ciencia, pasan por el espacio azul, quizás muy próximos al sol. Reciben sus rayos, se bañan en vivísima luz que abriollanta más sus resplandores; pero no hay quien los observe. No de otra suerte, ¡cuántos héroes sin nombre arriban al puerto de la vida a cumplir con su destino! No conocieron en la tierra la felicidad; vivieron de ab-

(1) *A. de Lamartine. — El Picapedrero de Saint Point. — Versión de E. Zerolo.*

negaciones, empapados en la luz del sol de las virtudes; pero nadie se fijó en ellos, porque tal vez a todos deslumbraron con tantos resplandores. Batallaron en porfiada lid por el bien, sin la menor ansia de encontrar fortuna, ni el mínimo espaviento de frialdad y desesperación, olvidados en el villorrio, en el burgo, en el aduar, ajenos a la ostenta, al *exhibicionismo* tan de este siglo de reclamos sensacionales.

Pertenecieron a la inmensa caravana de los pobres, de los caudillos sin éxito en los combates de la existencia, a pesar de que tenazmente resistieron al simún de las pasiones, a los beduños del mal, por los desiertos del dolor que esforzadamente atravesaron, solos, sin escolta, sin vitualla, sin ir a horcajadas siquiera sobre algún dromedario pensativo, sobre algún lánguido camello ..
¡Embajada de lágrimas y desaires!

De esas luchas contra lo ruin, contra el escarnio de la suerte, contra las ironías y olvidos de los hombres, brotan los héroes anónimos, ocultos a la gloria tras el capuz de tinieblas de la humildad; gladiadores vigorosos que encarándose con el destino trataron de demolerlo, como los que cuerpo a cuerpo lidian con una fiera atléticamente. Jamás tuvieron un laurel para la frente sudorosa, ni una voz de consuelo para el alma desgarrada. Los himnos son gaje de los triunfadores a quienes la fama ungió y la gloria repartió coronas. El dios éxito suelo ser a-

dulador é injusto. Surge el cieno, el corcho flota; los granitos de oro, el metal resistente vándose al fondo. Clarinadas alegres y golpes de tambor para los afortunados, en adulo de los audaces.

¡Cuánto legítimo mérito yace sepultado para siempre en la indiferencial

El epílogo es la tumba. Esta insaciable y traidora reina, de negras y vacías cuencas, es la única que cubre con su manto a los héroes sin nombre que en el mundo peregrinaron en la desolación y la injusticia. El osario común, losa de los desamparados, una palada de arcilla sobre cuatro mal unidas tablas, un puñado de tierra y después la nada, el acabóse inexorable. ¿Quién preguntará por los infelices heridos, por los soldados rasos muertos en el campamento, si el general, el jefe, se queja y todos le rodean? Para él, tras atenciones múltiples, el *De profundis* final; para los pigmeos, la sombra, el abandono. Sobre el palmo de húmeda tierra, sin túmulo ni epitafio, ¿desgranaron la hija, la esposa, guirnaldas de siemprevivas o brotaron raudales de lágrimas de los ojos de la madre infortunada? Ni los prístinos afectos maternales tuvieron esos como cadáveres ambulantes, para quienes no estalló el sollozo de la misericordia, Jóvenes se despideieron algunos de la vida, rematando el último heroísmo. ¡Cuántas ideas vagas, tristes como lamentos de ultratumba, reflexiones de hondo pesar, extrañas filoso-

flas acuden a mi mente ante la remembranza de los héroes sin nombre que fallecieron en oscura y desmantelada habitación, en el silencio del hogar, olvidados, escarncidos, inertes como las estatuas de mármol, o con los miembros destrozados por el trabajo, envueltos en la miseria!

Sin un negro mendrugo para la prole, sin una frase alentadora, se fueron, ya en libertad, de la cárcel terrenal, desde la que difundieron doctrinas, obraron el bien, cultivaron la honradez y dejaron volar, por el ámbito inmenso de la idea, las mariposas de la belleza, de alas doradas y multicolores: Sólo la muerte les es benigna. ¿Qué importa que del uno al otro polo hayan desgranado las flores del deber, como un canto a *sotto voce*?

En Bogotá y Quito existen sendos monumentos muy sugestivos: una columna erigida a los héroes ignotos. ¿De cuántos rasgos sublimes habrán sido factores? ¿En cuántas batallas derramarían su sangre por la libertad? Esa consagración pública revelando está la espiritualidad de un gran pueblo.

* * *

Después de difícil jornada, cuando tras los ligeros descansos del vivaque, viene la sangrienta batalla y quedan en el campo numerosos combatientes, los honores del triunfo suelen monopolizar el general y los militares de alta graduación. La carne de cañón, el pobre soldado,

escala por la que surgen los poderosos de la tierra, no recibe condecoraciones y aplausos. ¿Quién se acuerda de este héroe minúsculo? Las glorias y los ascensos se llevan los grandes; para los pequeños, las postergaciones y olvido. Muchas veces, por el acto de arrojo de un pobre diablo, por la genialidad de algún soldado, la victoria es completa; pero ahí están las cabezas directivas para apropiarse de las ideas salvadoras y de la disposición estratégica. Algún opaco sargento sirvió de escudo con su cuerpo para libertar a su jefe. Murió el héroe; pero sólo la ingratitud es su trofeo. No se han conservado los nombres del heraldo de Maratón que cayó muerto de fatiga ni del artista autor del Laocoonte.

Ignórase el nombre del soldado que salvó la vida a Bolívar en una de sus gloriosas campañas. No se sabe quién, después del desastre del *Pichincha*, arrojó un barril al mar para que en él pudiera Alfaro arribar a la costa. Un negro Trejos, dice la historia, y nada más. ¿Cómo llegó a la playa? ¿Cómo se llama la primera mujer que le vio enterrado en la arena, casi asfixiado ya?

* * *

Muchos días agitó la atención pública la muerte de bravo caballo de propiedad de un general de la república. La prensa estuvo comentando, hasta con lloriqueos y ditirambos, el hecho. Se ha citado el nombre

del bruto y la escena de las carreras en que cayó mal trecho, como un pobre Rocinante de los molinos de viento, el *Pampero*, designación de agilidad y veloz marcha.

Ha sido repetido el calificativo de ese alazán por multitud de personas. Del jinete de carreras que lo gobernaba nadie se ha acordado. Los periódicos dicen: "el desgraciado *jockey*"; pero no citan su apellido. Un caballo es célebre; oscuro yace en el lecho de un hospital un hombre, porque no fue favorecido por el éxito. Para celebridades, la del paquidermo aquél que tenía el mismo nombre que Bonafoux, el bilioso escritor portorriqueño, el de los *Mosquetazos de Aramis*. A su llegada a cierta gran ciudad, oía emocionado gritar: «¡Viva Bonafoux, viva!» ¡Qué popularidad! ¡Cómo me conocen en apartado pueblo, decía para sí don Luis, sin sospechar que se trataba del caballo *Bonafoux*, vencedor en las carreras! ¡Oh!, Salomón! Bien gimoteaste acerca de la vanidad de las vanidades terrenales.

Venga otro y escriba la filosofía de los héroes ignorados, la sublimidad de los maestros rurales, juntándolas quizá con la elegía del noble bruto que perteneció al jefe del Estado Mayor General ecuatoriano.

¡Tristeza de las cosas, aunque suene mejor en latín y así sea la moda erudita! ¡Tristeza de las cosas, otra vez en castellano!

JULIO VERNE

LA IMAGINACION CREADORA

El doctor Ribot, en su magnífico ensayo acerca de la imaginación creadora, clasificó sus distintos tipos sobre base psicológica y educativa, destacando la imaginación de los poetas, hombres de ciencia, filósofos, inventores, seres industrioses, mecánicos, gente práctica y hasta individuos que se dedican a los negocios y finanzas.

Gran recurso es la imaginación, de la que no ha osado prescindir la ciencia. Las mismas bases conjeturales y las hipótesis vienen a ser fruto de rica imaginación.

«La cultura científica, ha dicho Ribot, a la que se le acusa algunas veces de extinguir la imaginación, le abre, por el contrario, horizontes más vastos que la estética.» Va el sabio francés enumerando el campo de acción, fecundo en imágenes, de la astronomía, la geología, la física, la química, la biología y hasta las matemáticas que, precisas y todo, nos llevan a mundos fantásticos, en los que la infinita concepción de las cantidades parece un sueño para el pobre mortal.

Al niño, al principio, la habilidad pedagógica le proporciona ciencia imaginativa, tal como lo realizó ese mago denominado Julio Verne. Por grados, irá el mu-

chacho desarrollando su fantasía. Su temperamento creador se llega a apreciar hasta en sus juegos. Su invención es, la más de las veces, novelesca.

¡Qué universo de imágenes—en esta vertiginosa marcha de la ciencia—alcanza a intuir el niño que ante la pantalla se le vuelven, gracias a los prodigios del cinematógrafo, tangibles las fábulas, y los más irrealizables sueños! Por esto, es poderoso recurso moderno el de la proyección para educar a los pequeños. Y no sólo a ellos presta eficaz ayuda el cinematógrafo, que es la encarnación presente de la imaginación creadora, sino también a los jóvenes universitarios, ávidos de la ampliación gráfica de las nociones de cátedra, y a los maestros que investigan y estudian.

¡Qué encanto mayor que poder objetivar lo imaginado, que conseguir que nos entre por los ojos la prosopopeya del fenómeno físico y social idealmente concebidos!

No se crea que el espíritu imaginativo prescinde del mundo exterior y se recluye únicamente en la región de lo abstracto. Muy al contrario, de la realidad circundante toma apoyo para encumbrarse hasta las nubes, en alas de sus potentes imágenes, de sus representaciones ricas de colorido, de sus soberbias asociaciones de ideas. Trato de la normalidad del genio que forja en su imaginación palacios sorprendentes. No me refiero al a-

buso imaginativo que rayaría en la locura. Ensalzo la imaginación constructiva que, según Ribot, penetra en toda la vida individual y colectiva, especulativa y práctica, bajo todas sus formas, y se encuentra en todas partes.

Sería labor titánica ir señalando las innumerables y grandiosas obras en las que el infatigable espíritu humano ha puesto el granito de arena de su imaginación creadora para levantar monumentos que han desafiado a los siglos

Bellas artes, ciencias, religiones, metafísica, mitología, industrias, inventos son otros tantos manantiales que se alimentaron en el inextinguible surtidor imaginativo.

En la época que atravesamos, el cinematógrafo se ha apoderado de la imaginación creadora y, poniéndola a su servicio, ha reconstruido la historia de centurias pretéritas y ha obrado maravillas.

La novela científica— que es el heraldo de lo que más tarde coronará la sabiduría experimental—de lo que volverá concreta la experimentación,—ha conseguido que nos aproximemos a los océanos de belleza, sin que caigamos en la utopía, porque, al correr de los años, el tiempo ha demostrado que lo que ayer parecía un sueño—no flor enfermiza— es hoy bella realidad, robusta y en camino de gigantescos perfeccionamientos.

¿Por ventura no ha abierto sus amorosos brazos a la poesía, que es la hermana mayor de la imaginación creadora?

LA NOVELA CIENTIFICA

Muy escasamente cultivado ha sido en el Ecuador este género de novela que tanto instruye y deleita. En la literatura universal mismo no abunda la divulgación de la ciencia por medio de narraciones novelescas. Julio Verne abrió el camino con un centenar de hermosos cuadernos que despertaban el interés por la navegación, la astronomía, las investigaciones geológicas, las matemáticas, la geografía, la botánica, los viajes aéreos, etc. Las atrevidas teorías que columbró con su genio y que el poder del hombre ha ido realizando, a medida que avanzaba en el estudio de los secretos de la naturaleza, demuestran su visión admirable.

El escritor guayaquileño Carlos A. Campos R., ha ensayado la novela científica, de la que ya trató hace muchos años don Francisco Campos, en fantásticos relatos que se apoyaban en el estudio y el saber.

Llámase "Patria, Ciencia y Virtud, o el triunfo de una guayaquileña" el libro novelesco del señor Carlos A. Campos R. Describe las peripecias de la toma de posesión, por el Gobierno del Ecuador, de las islas Galápagos, volviendo realidad el pensamiento del General José Villamil.

El Comandante de la goleta «Mercedes», Coronel Ignacio Hernández, y su tripulación, hicieron por primera vez flamear en el archipiélago el tricolor nacional, declarando propiedad ecuatoriana a la bella y encantada sección insular, situada a setecientas millas de la costa de la patria y distribuida en el océano Pacífico, en una área de cincuenta mil kilómetros cuadrados.

Como se temiera que una excursión que debía zarpas de San Francisco de California en la contratada nave «Fanny» para estudiar la flora y fauna de Galápagos, se opusiese al proyecto del General Villamil, la hermosa e intrépida joven guayaquileña Carmen trabajó valerosamente para secundar las ideas del noble compatriota, desbaratando la tramoya de uno de los tripulantes extranjeros, de Weldon, que pretendía adjudicar esas islas a Inglaterra, solicitando el apoyo de la escuadra británica surta en Panamá.

Se vale el autor de estas peripecias dramáticas sobre base histórica, para disertar acerca de astronomía, nociones oceanográficas, profundidad de los mares, sus elementos, la variedad de monstruos que encierran, los fenómenos del rayo, los meteoros, etc. Las conferencias científicas que se dictan a bordo son provechosas. Además, reúne datos acerca de Galápagos y ensaya compendiosa reseña del país ecuatoriano.

Esta clase de lectura es interesante, porque ense-

ña al par que deleita, como quería el viejo esteta Horacio.

En manos de los niños, singularmente, el libro será útil y agradable.

¡ Cuán distinta esta docente literatura, que no se aparta de la amenidad, de aquélla que, con el indecente lenguaje y la bárbara gramática, corrompe las almas, poniendo audazmente en su presencia aquel repugnante estiércol a que alude Ega de Queiros en un bello libro de románticas escenas.

NUMEN DE LA INFANCIA

Autores que se han inspirado en la infancia para sus creaciones, se perpetúan con más simpatía en la mente de los pueblos. Esta es la magia de los cuentistas que trabajan para los niños: están viviendo a través de los siglos y de las generaciones.

Dicen del gran novelista Benito Pérez Galdós que su numen se volvía más lozano al aproximarse a los pequeños y llevarles cariñosamente a las páginas de sus libros. «Apenas hay obra de Galdós, según lo observa con ternura Juan Pujol, en la que, por lo menos episódicamente, no aparezca la sonrisa de un niño. Niña es la «Dolly» de «El Abuelo». Alma perdida, aunque sublime, «Marianela». Sobre el fondo sombrío de «La Desheredada», un niño proyecta la claridad de su alegría inconsciente y por un instante sociega los corazones con el

alborozo de sus juegos infantiles. Los niños aman al "Amigo Manso". La dulce promesa de un hijo hace el milagro de domesticar al bárbaro Pepet de "La loca de la casa"... Recuerda después a los protagonistas niños en «Miau» y «El doctor Centeno».

Se ha podido comprobar que han trabajado más por la educación de la infancia los encantadores e imaginativos espíritus que narraron cuentos, aquellos insignes novelistas de aventuras que hicieron latir de emoción el alma de los niños, que muchos maestros. Bastaría aludir a Julio Verne para confirmar nuestro aserto. Las generaciones que les leyeron, de preferencia a los relatos policiales y desechando las porquerías pornográficas y las desconsoladoras páginas como las del retrato de ese amoral inglés que describió a Doran Gray, fueron fuertes y laboriosas. Estimulando a la fantasía, prestándole potentes romos para que se eleve, se mantienen los ideales: hay sincero cuidado de que no bajen de la altura a enfangarse en el fango miserable.

Los libros que vuelven gratas las horas, que nos consuelan e impulsan el espíritu de empresa, son los grandes educadores de los niños.

¡ Cuántos bienes se deben a esos generosos espíritus que se llamaron Perrault, Galand, Grimm, Andersen, Schmidt y otros conversadores infantiles.

No ha mucho se conmemoró el cincuentenario de la

muerte de un célebre novelista de aventuras: el Capitán Tomás Mayne Reid, que tantas escenas emocionantes nos contó de los cazadores de cabelleras, de correrías patéticas y escaramuzas, de la vida en comarcas estadunidenses, del peregrinaje por las praderas, de las costumbres mexicanas, luchas con fieros indios, desfile de cuarteronas, rancheros, colonos, etc.

Su vocación aventurera le llevó, salvando difíciles y peligrosas comarcas, al ensayo de las más diversas ocupaciones y de los oficios más raros. "Fue capataz de negros, administrador de plantaciones, cow-boy, maestro de escuela, actor de comedias, periodista en Filadelfia, donde conoció a un poeta desgraciado y genial que se llamaba Poe; soldado de las tropas yanquis, voluntario en la campaña de México y partidario de la causa de Austria, en cuyo conflicto quiso intervenir embarcándose para Europa con un grupo de exaltados revolucionarios", recuerda el crítico Alfredo Marquerie.

Desde Londres, lanzó sus novelas que, cual las de Julio Verne, dieron la vuelta por el mundo, despertando la atención de los lectores de pocos años que entonces, por fortuna, no pensaban en escenas corruptoras, sino en sugerencias que alentaban el carácter, la caballerosidad, la investigación científica, el valor, la lucha noble y el vencimiento de las dificultades.

Las maravillas modernas del cinematógrafo que

han sobrepujado, con el poder de lo tangible, a los cuentos infantiles más asombrosos; estas sorprendentes proyecciones fotográficas que, como con arte de magia, evocan, entre arrullos musicales, los más deslumbrantes sueños de la eternal y codiciada "lámpara de Aladino", que acaso sea el símbolo de nuestra imaginación, están probando que cuanto de halagador y fantástico se proporciona a los niños les produce el supremo bien del ensueño y del estímulo gráfico para su fresca fantasía.

Los dibujos animados, de técnica complicada, que requieren un ejército de hábiles artistas que se afanan en dar movimiento a lo que el lápiz fecundo forja y en multiplicar hasta lo infinito las variantes de las copias, hacen las delicias de los niños. Son los modernos animadores de lo que creó el poeta belga Mauricio Maeterlinck en sus portentosas escenas de "El Pájaro Azul". La franca risa de aquellos millones de inocentes seres que con alegría baten palmas ante sus amiguitos del mundo zoológico y botánico, es inefable compensación de esfuerzos y desvelos. ¡Llor al conjunto de dibujantes, a los supremos artistas, que crean geniales obras para niños!

Esta límpida e inagotable fuente, refresca también, cual en plácidos minutos de descanso, a los obreros de la diaria faena, a la legión de trabajadores que fatigaron cerebro y músculo en la brega cotidiana y que, por fortuna, se consideran todavía con almas de niños;

en medio del malsano recargo moderno, agotador de los nervios, que penetra en la oscura selva del psicoanálisis que, al aproximarse a la verdad, tantos desencantos nos produce.

Cuando en el cinematógrafo actúan los niños—esos queridos y admirables artistas—las películas triunfan siempre, porque el espectáculo de la infancia jamás deja de ser cautivador y hermoso, como la sublime aurora polar de los espíritus.

CENTENARIO DE JULIO VERNE

Francia se puso de pie para celebrar el centenario de su queridísimo hijo, tan popular en el mundo: Julio Verne. Nació en Nantes, en 1828, y pasó gran parte de su vida en Amiens. Fue un verdadero inventor en el género literario que escogió para educación y deleite de millones de niños de todas las nacionalidades e idiomas.

Además de sus novelas de propaganda científica, solía redactar artículos serios para las revistas consagradas a la sabiduría. Dicen que son 123 los volúmenes que brotaron de su fecunda y amena pluma. Algunas casas editoras se han enriquecido con las obras de Julio Verne. Son célebres aquellos cuadernos en castellano con millares de ilustraciones que han difundido las traducciones del novelista francés. La casa Hachette estuvo editando la colección completa de los hermosos libros, con oca-

sión del primer centenario del nacimiento del narrador genial y erudito, cual significativo homenaje. Los niños le son muy agradecidos, como lo somos nosotros. A sus novelas debemos mucho. Ellas estimularon nuestra fantasía y nos convidaron a la lectura y a la sana curiosidad. Julio Verne enseñó al lector, al mismo tiempo que lo recorrió, fiel a la secular máxima horaciana. Pasaron las generaciones que devoraban a Julio Verne. Hoy es triste ver en manos de los niños insulsas novelas policiales, perversas psicologías y pésimos relatos pornográficos, con títulos llamativos y estampas corruptoras.

Julio Verne proporcionó incalculables bienes a los niños y a los jóvenes. Cervantes habría bautizado a esas novelas con el título de ejemplares.

¡Cómo reviven sus páginas con el frescor de mejores tiempos!

Eran aquéllos los más gratos días de la vida. La imaginación infantil forjaba, desde los bancos de la escuela, mil escenas de venturas que jamás se han realizado; pero que nos dieron fugaz dicha en edénicos instantes. Los adolescentes de entonces, pimpollos de hombre, sin los cuidados del mañana, ni las preocupaciones de la agitada lucha por la existencia, soñábamos con viajes imaginarios, con fantásticos castillos de felicidad, a manera de aquéllos que se levantan del mágico libro oriental «Las Mil y Una Noches», a la evocación de la maravi-

llosa lámpara de Aladino.

La sana lectura, nuestro anhelo más intenso, casi frustrado a veces por la carestía de los libros y el exagerado rigorismo de algunos profesores, constituía una de las más halagüeñas ocupaciones. Varias y propicias horas, burlando la extrema vigilancia de los superiores, ojeábamos con avidez los índices de predilectos libros que no eran texto de enseñanza escolar. Indulgentes algunos bedeles, toleraban tal incorrección; pero otros hacían gala de su tiránico celo disciplinario. De los más queridos, Julio Verne, apreciado autor que tan doradas ilusiones despertaba en la adolescencia. ¡Minutos de colegio, ya no volveréis jamás! Primeras lecturas, ¡cuán hondo habéis calado en el espíritu, puliendo sentimientos y estimulando a la fantasía!

Allá, en los rincones del bosque de eucaliptos de la vieja casa, modelo de enseñar humanidades, a cubierto de las miradas sospechosas, recostados en blanda alfombra de tomillo y grama, detrás del ruinoso panteón, tímidamente recorríamos aquellas encantadoras páginas con ilustraciones de la casa Jubera de Madrid.

Un mozalbete, el más experto, leía en alta voz, con la seriedad de un rito. En torno, un grupo de aficionados a las aventuras científicas, escuchaba esas interesantes narraciones. Con suma atención, fija la mirada en el rostro del oficiante, seguíamos, punto por punto, los

dramáticos acontecimientos que nos trasladaban a lejanos países. Ora era un globo, prolijamente equipado, que ascendía llevando en su frágil barquilla a osados exploradores que iban a caer en ardientes y desoladas regiones del Africa Central, cerca de centenares de indios, de negros bravíos y de leones hambrientos; ora un buque que navegaba a toda vela, encendidos sus diez y ocho fuegos y ayudado, además, por el recio viento, en persecución de un gigantesco cachalote que era el terror de los mares y la curiosidad de sabios y marinos; ora una caravana de atrevidos viajeros científicos que se aventuraba por bosques tupidos, buscando, con devoción, insectos para sus colecciones, persiguiendo a un raro ejemplar e inquiriendo plantas exóticas para enriquecer la botánica; ora un navío aprisionado por las nieves del polo, desafiando los grandes fríos y luchando con las exigencias del pan, en medio de famélicos y desalentados tripulantes, que acaudaban al crimen por llenar sus vacíos vientres, en ciego obediencia al instinto de conservación; ora documentos cabalísticos con inscripciones indecifrables que fatigaban el cerebro de eruditos palígrafos y anticuarios, de políglotas y filólogos; ora descubrimientos prodigiosos y caprichos de mártires de la ciencia; ora viajes inauditos por las entrañas de la tierra, con la consiguiente descripción de monstruos antediluvianos; ora grandes cacerías por comarcas peligrosas o desconocidas. ¡Un universo

de escenas, de las que el niño febrilmente obtenía algún provecho, como el que se obtiene de las moralejas de las fábulas!

Aun antes de que se perfeccionase la maravillosa ficción del cinematógrafo que a ratos es desconcertante realidad, ya nos invitó a viajar por los espacios terrestres y siderales. En sus peregrinaciones nos llevó del desierto de Sahara a las inmensas pampas de la Patagonia, de las orillas del Mississippi al Orinoco soberbio, de Grán al Amazonas; de los Himalayas a la gran muralla de la China, a los montes Urales, a los Alpes, a los Andes, a las pirámides de Egipto, al pie de la estatua de la Libertad de la bahía de Hudson; del Niágara a las estepas de la Rusia. Admirables descripciones, en estilo fácil y con la habilidad de novelista viejo, amenizaban los capítulos técnicos o las digresiones científicas. Sus notables peripecias azuzaban la imaginación infantil y la sugerían transportarse a regiones desconocidas.

Era el *hombre de la situación* en las aulas colegiales. Querido por la generalidad, proporcionaba momentos de verdadera complacencia, estimulando a la loca de la casa, para que volase en pos de lo maravilloso y bello.

No le perdonábamos a Montalvo el haber insultado a Julio Verne, en su manía del formidable diotero que casi nada disimuló. ¿Qué le había hecho el inmortal fantaseador?

Hasta entonces, no conocíamos ninguna anécdota de su vida. Quienes le suponían millonario, dueño de considerable flota mercante; quienes alquimista sorprendente; quienes creían, con honda pena, por cierto, que hombre tan simpático no había existido, sino que, como en el siglo XVIII pensaban de Homero, era seudónimo de alguna sociedad de literatos, nombre de guerra adoptado por falange de sabios. Después, conocimos el cariñoso capítulo que le dedicó el clásico Edmundo de Amicis en sus «Horas de Recreo».

Nos había impresionado tanto, que sabíamos al dedillo los nombres de los héroes de sus novelas, figurándonos el panorama y las costumbres que rodearon a los protagonistas.

Cuando, descubierto el escondite, centro de nuestra lectura, era comisado el libro, buscábamos, con avidez, otro tomo y nos guarecíamos en lugar más discreto, que regularmente era alguna clase vacía. Allí continuaban las fábulas encantadoras. Seguíamos el curso de la Tierra, de Saturno, de Marte, de Júpiter; acompañábamos a los exploradores de la Luna, que habían arribado con felicidad en el interior de colosal proyectil; penetrábamos en profundas cavidades, en donde pululan mastodontes espantables, megaterios, no en estado fósil, sino vivos, plantas gigantescas, algas inverosímiles, hongos desmesurados, todos blancos, por carecer de clorofila,

y en cuyas aguas se agitaban marsoplas temibles, vestigios submarinos, ballenas primitivas. En nuestros días, no son sueños tales hallazgos, como el esqueleto del mastodonte excavado en Alangasí, a las faldas del Ilaló, y que lo estudiaran los profesores Max Uhle y F. Spillmann.

Asombrados de lectura tan sorprendente, nos agrupábamos a contemplar las extrañas ilustraciones, oyendo el vivo comentario de los rapazuelos.

Para describir nuestras emociones, sería necesario enumerar todas las obras del dilecto autor que metódicamente reunía datos y consultaba a los más grandes geógrafos.

Ardiente cultivador de la ciencia, la volvió amable, dedicando su vida a la divulgación de difíciles problemas, que presentaba con halagador ropaje. Como escribió para los niños, su alma, bondadosa y tierna como ellos, jamás dejó entrever las sombras de la baja pasión. Ajeno a las discusiones filosóficas, a las lucubraciones metafísicas, a las morbosidades y luchas sociales, a los escándalos y vilezas de la política, no respiró sino la serena atmósfera de la ciencia. En historia, sintetizó los grandes viajes y la vida de los más célebres viajeros, sin omitir a los audaces exploradores de los siglos XVIII y XIX, a los navegantes antiguos y modernos y a los inmensos descubridores del globo.

Por lo general, libro en que no entra la mujer, en

que no palpita el eterno femenino de Goethe, se cae de las manos. Julio Verne, sin hablar comunmente de la beldad del mundo, consiguió interesar a sus lectores, fenómeno que rara vez se produce.

Fue inspirador de colosales empresas. Nos encantó con su buque submarino, el "Nautilus", como el de Fulton que fracasó cerca de Cherburgo, y el Ictíneo de Narciso Monturiol que no halló apoyo. Nos habló del capitán Nemo antes de que se llevase al terreno de la práctica la audaz idea de Isaac Peral; mucho antes de que Goubet aplicase sus teorías, de que Gustavo Zede presentase su Gimoto, los ingenieros Romanzotti y Krebs construyeran su aparato, Morse el suyo, Laubeuf su Nerval, los americanos del Norte su Holland, los italianos su Pelota Náutica de Ralsamello, José Pino el submarino de acero, los rusos su Rosiya y los alemanes siguiesen las tentativas de Hovaldt. Después se han palpado las profundidades de los mares con los submarinos que fueron el terror naval en la guerra europea.

Expresó que se podía dar la vuelta al mundo en ochenta días. Al célebre Philcas Fogg le han seguido tantos. La velocidad de los automóviles hizo prodigios, desde Fournier que empezó a correr a razón de 85 kilómetros por hora, hasta las modernas máquinas, potentes y elegantes. Atrás han quedado las de la casa Dietrich que empleaban enérgicos motores, las gigantescas locomoto-

ras de Henschel e hijo, de Casel, de Siemens y Halske, de Charlottenburgo; la tracción eléctrica de trole sin carriles y la tangencial de Dulait, de Charleroit. Ford ha reformado sus carros. ¿Qué decir de las hazañas aéreas del comandante Ramón Franco que salvó el Atlántico en su «Plus Ultra» desde el puerto de Palos, cual otro Colón, del italiano de Pinedo, del yanqui Lindbergh, que en un solo vuelo triunfal de águila fue de Nueva York a París, del inglés Hinobliiff, perdido quizá para siempre junto con la intrépida señorita Mackay, etc? En horas, se ha intentado ir hoy de una a otra antípoda. Ponderó las maravillas de la electricidad, y todos los días hallábamos en los periódicos de la materia prodigios de Edison y Marconi y de los sucesores de Tesla, Nicolás Artemieff, Branly, Lodge, Tissot, Guarini—Foressio, Cervera, Maluquer, Gavey, Evershed, Preese, Michel, Collins, Nathan, Stubbenfield, Ducretet y una legión de sabios. ¿Qué habría dicho de los milagros del radio?

En torno de esa maravilla de ingeniería moderna: el Canal de Panamá, su genio habría forjado interesantes episodios.

¡Cuántas *Islas Misteriosas*, cuántos *Robinsones*, basados en la ciencia, surgieron de su privilegiado cerebro, como cuentos de hadas que el tiempo volvió verdaderos y sencillos!

¡Qué popular fue el octogenario consejero comunal

de Amiens! —Trazó su primera obra literaria en colaboración con Dumas, hijo. Intitulábase "Les pailles rompues", comedia que obtuvo buen éxito. Cierta día el famoso librero Hetzal, conociendo el talento de Julio Verne y el género nuevo y feliz al que se había dedicado, le insinuó la idea de que continuase en su labor, sin desperdiciar sus fuerzas en otros asuntos literarios y de que cada año le entregara dos novelas terminadas. Escuchó a su editor, trabajand» sin descanso, a pesar de su edad que iba acercándose al sepulcro.

Murió en Amiens, el 28 de Marzo de 1.905, de 77 años, en su casa del bulevar Longueville. Gordón Jones, en la última entrevista que tuvo, le describió así: «Es de altos hombros y de estatura mediana; sus azules ojos y la barba gris le dan un aspecto sereno y venerando al mismo tiempo. No hay vestigio de ostentación visible en su persona, su lenguaje y sus ademanes revelan la mayor modestia. Toda su vida se desarrolla en la intimidad de la familia; hace y recibe muy pocas visitas»

¡Ojalá los niños vuelvan a recrearse con esta clase de obras sugestivas y saludables, siguiendo los potentes descubrimientos de los Julios Vernes del porvenir!

EL AMOR A LA ESCUELA

Frasas depresivas para el maestro.—Colmo de la realidad.—El discurso del padre de familia.— Al pasar por una escuela.—Máxima de una maestra rural.

Si el hogar es templo y escuela de buenas costumbres, fundamento del cultivo de los sentimientos, cosa igual se diría de la escuela.

Las madres inspiren a sus hijos amor a su segundo hogar.

Consentir que los niños vayan llorando a la escuela, como a un suplicio, es criminal tolerancia, fruto quizá de un mimo no menos criminal.

Hemos oído, con honda pena, a ciertas madres expresarse en términos nada respetuosos, en presencia de sus hijos, refiriéndose a los maestros que les estaban educando. Si así proceden, la indisciplina, la ingratitud, el desafecto por la escuela se engendrarán en la casa, y los pequeños no mirarán como un dios al profesor. Si se le profana, se destruye el edificio social, la base de toda cultura.

—«El maestro tiene la culpa. Tan grosero que ha de ser. Le ha reprendido a mi hijito lindo. Nada también le enseña», dice una mujer de regular posición, co-

miéndose a besos a su nene, y a dentelladas la gramática

Este se pavonea, se jacta de no obedecer a su profesor, afeminando su infantil lenguaje entre las caricias de su madre.

Torpeza mayor es inconcebible. Sin embargo, ¿cuántas veces no hemos escuchado frases parecidas? Al maestro de escuela se le pone en plano inferiorísimo.

¡Qué responsables son algunos padres de familia! No colaboran con aquél para la siembra de los buenos sentimientos. Inspirando antipatía a la escuela, quieren echar toda la carga y toda la responsabilidad sobre el maestro.

Conocimos a un pobre viejo ebrio que ni siquiera sabía en qué plantel de educación cursaba su hijo. Esto parece *un colmo*. ¡La realidad tiene tantos colmos! Pocos padres de familia acuden a la escuela en pos de información: pocos ponen su afán en este trascendental problema.

Enternecedor el cuadro de un padre de familia, escaso de letras, a quien le sorprendimos aborrandando muchas vigiliás, que consagraba a la composición de un monólogo, porque su hijo le había pedido un discurso. Nos consultó. Aplaudimos su interés. «Siga en su noble tarea, le decíamos. Fruto de ella, fueron estas cuatro frases que su pequeñuelo recitaba a maravilla: "Cuando hace un año penetré por la primera vez en esta escue-

la, vine con mucha curiosidad, pero con extrañeza y miedo: no sabía lo que era una escuela. Ahora ya sé que, por el afecto, es mi segunda casa; por los bienes que en ella he adquirido, es un establecimiento bancario; por las oraciones del aprendizaje y del deber que en ella he rezado, es un templo. Todo esto, y mucho más, que no acierto a expresar, es para mí la escuela: hogar de inmenso cariño, banco de la riqueza espiritual, en el que se gira para el porvenir, santuario de virtudes para cuando sea ciudadano. Como al nacer miré la luz del día, tal aquí mi mente, que naofa al estudio, vio los primeros fulgores de la educación, y esas claridades iluminarán después mi vida, como una aurora de bellas esperanzas que despejan las sombras del camino.— Compañeros míos, amad a la escuela, como yo la amo, y amad, sobre todo, a los que en ella ejercen el augusto ministerio, crisol de pura felicidad, de purificar ideas y sentimientos; amad al maestro”.

Al pasar por cierta acreditada escuela, un viejo que aprendió filosofía en las luchas por la vida, musitaba, al oído de su netezuelo, inclinándose y señalándole con la diestra el edificio:

—¿Veis ese risueño jardín que parece trasunto de aquel paraíso terrenal que está ilustrado en vuestro librito de texto? Allí se abren, con amor, como rosas de ensueño y de encanto, las almas de los niños. En ese edi-

ficio que os iridico, se ocultan violetas de adorable recato y azucenas de candor y simpatía. Allí se están cultivando las perfumadas flores de la inocencia. Fijaos bien es una escuela. Yo me descubro ante ella, como al paso de la bandera patria. ¿Sabéis quiénes las mantienen tan vistosas y lozanas? Los maestros, cariñosos y prolijos hortelanos que arrancaron de aquellos corazoncitos los malos instintos, que los apartaron de toda cizaña y enderezaron el tierno carácter, flexible como tallo de planta. Esos rectos arbustillos, ricos de la savia del bien, mañana serán árboles corpulentos que abrigarán bajo su grata sombra a la sociedad, y la colmarán de frutos de honradez y ennoblecedora esperanza. Según como se desarrollaron en ese plantel, que es nuestro, crecerán, sin olvidar los primeros riegos, y las primeras benéficas atenciones. Cualquiera que resulte la sorpresa del porvenir, no seáis nunca ingratos ni olvidéis a vuestros maestros. En esa casa—el colegio de la santa infancia—están sembrando las más valiosas semillas que cosecharéis con el tiempo»

El niño desarrolló rápidamente. Las palabras del abuelo quedaron grabadas en su mente. Optó más tarde por la carrera del profesorado. He aquí el fruto de la sencilla y valiosa amonestación dada por un anciano que en sus mocedades fue maestro y que, al aproximarse al sepulcro, quería exponer una de sus últimas lecciones de cosas.

Viene a la memoria un hecho ya lejano.

En unos cuadernos de exámenes de olvidado pueblecito, las niñas presentaron una plana esmeradamente escrita. Entre florecillas y arabescos de colores algo desvaídos había una sencilla inscripción, sin pretensiones literarias ni ampulósidades, que, en buena ortografía, poco más o menos, significaba esto, pues literalmente no recordamos la sentencia educadora: «Nunca apartemos del corazón a nuestras tres madres, más dulces que las tres Gracias; aprendamos a conocerlas y respetarlas desde la niñez: a la que nos dio el sér, el ángel del hogar; a la que encendió una luz en nuestras inteligencias, la maestra, y a la que es nuestra madre común, la patria. Por esta augusta trinidad son felices las naciones».

La realización de tan grande pensamiento transformará la educación en los hogares. ¡Y no echéis en saco roto que la hermosa idea brotó de una escuela diminuta!

LAS UNIVERSIDADES MODERNAS

El fecundo y exquisito escritor y poeta argentino Arturo Capdevila, que tan bellas páginas ha destinado a la antología de su vergel natal, compuso uno como himno a América, en seis jornadas de hermosura, las que rebosan

de amor a la gran patria continental y especialmente a la florida tierra de San Martín y de Sarmiento; país en el que la naturaleza ha derramado el cuerno de la abundancia, realizando el milagro de la vida, de la salud y de la fuerza, "como un viento de la pampa, como una respiración de los bosques y como la voluntad de sus montañas".

En su libro "América", lanzado al Nuevo Mundo desde Buenos Aires, ciudad cosmopolita, no puede ocultar su entusiasmo cuando describe lo que son las universidades de los Estados Unidos, en las que los dilatados horizontes, las comodidades facilitadas por los millonarios filántropos, la alegría del alma y del cuerpo, contribuyen a que la educación de la juventud sea sana, optimista, pujante. Se preparan los futuros y lozanos dirigentes de los pueblos en uno como noviciado de contento y de salud que les inclina a amar lo grande, representado, en lo general por el trabajo bienhechor e independiente.

Ha de ser del agrado de los juveniles estudiantes el fresco recuerdo que el fervoroso delegado de la Universidad de Córdoba conserva de Ithaca y de la grandiosa Universidad de Cornell, fundada en 1865, sobre la base de las donaciones de Mr. Ezra Cornell, sin que faltase el apoyo gubernativo. Habla del florecimiento, esta es la palabra, como lo advierte Capdevila, de la institución, cuyas construcciones se levantan «en el seno del más delicioso paisaje; hacia la extremidad de un gran lago, en

el ribazo de una riente colina, entre arboledas limpias y claras, bajo un solazo de oro. La Universidad es un prodigio hecho realidad en media centuria. "Pasaban, dice, de quinientos sus profesores y ascendía a varios millares su población estudiantil. La biblioteca, enriquecida siempre con valiosos legados, catalogaba cerca de trescientos mil volúmenes. Abajo, en el valle, originada por la formidable institución, se había ido formando una población obrera y comercial de veinticinco mil habitantes cuando menos. ¿Se quiere más? La Universidad no podía contenerse a sí misma en aquellos límites de Ithaca, con ser tan vastos".

Produce santa envidia tanta felicidad material e intelectual.

No es caso único el de esta Universidad. Las de los Estados Unidos son, más o menos, así: inmensas y dotadas de cuanto hay imaginable en el moderno campo educativo. Los ciudadanos se preparan para filántropos y las surten de maravillas. Nombres como los de Cornell, Payne, Rockefeller, Carnegie, etc., abundan por sus dadas principescas.—Continúo con la Universidad que visitó el ya ilustre Capdevila.

"Entre tanto en Ithaca, a cuya estación llegábamos en una linda mañana estival, se levantaban en cién hectáreas de parques los amplios edificios de las escuelas, de los colegios, de los talleres, de los laboratorios, de las

usinas, de las facultades de Cornell. Y se extendían los campos del gimnasio, de la plaza de armas, de los invernáculos. Y descollaban la biblioteca, el observatorio, la iglesia.... Allí se estudiaba, en mixta población de muchachos y niñas, amigos o novios entre sí, ciencias naturales, matemáticas, leyes, arquitectura, química, electricidad, lenguas, historia, mecánica, filosofía, física, hidráulica; todo a la sombra y el rumor de los árboles; todo en fecundo contacto con la naturaleza; lejos de las ruidosas urbes; desde luego a diez horas de Nueva York. Esto era la Universidad. Y nos internamos por sus calles, bajo los árboles, como por una viviente novela".

La dicción, o mejor dicho, verbo *estudiar*, es allí activo, tiene toda su eficacia. El ambiente mismo impide se haga una farsa de la vida estudiantil. Los que se matriculan, llevan la firme resolución de quemarse las cejas en el estudio. No trasnochán, no se divierten en orgías, no buscan tentaciones de mal género, no desperdician su tiempo en atenciones sociales y fiestas, no juegan ni beben esos estudiantes universitarios cuya existencia es nobilísima, según lo observa un hispanoamericano leal, dando la razón a Sarmiento de haberse enamorado de la República Norteamericana, modelo de cien cosas grandes. Y añade: "En Ithaca, después de cenar, grandes calles dormidas, grandes edificios cerrados, gran obscuridad estrellada, gran rumor de los árboles. Allí se

conocía el placer de la clase matutina. En mi país, mientras tanto, iban llegando los tiempos en que, so color de ejercer con la asistencia libre del alumno el resguardo de la enseñanza, se había de legislar el derecho a la deserción discipular, y con este incentivo, la ociosidad noctámbula y la molicie de la cama larga. Un inmenso daño, un lamentable error. Lo honesto, confesarlo''.

Con alma de poeta, pinta el panorama. Brotan sinceridad y entusiasmo de aquellos matizados colores. Me contento con la copia siquiera de estas breves y seductoras líneas: "Era hermoso pensar que acaso ni en la propia Grecia se había visto nada más bello, ni homenaje más pródigo, a la sabiduría y a la dicha de ser joven. Todo ese campo, todo ese lago, todo ese cielo estaban con sagrados al saber''.

Siquiera dentro de la relatividad y lo minúsculo, ¿será venturoso sueño anhelar algo parecido para la América Hispana? ¿Llegará a tener ciudades universitarias, instrucciones modernas que disciplinen y rediman a la juventud, que la vuelvan sabia y santa, santa en el genuino significado del respeto personal y de la dignidad humana, del mejoramiento espiritual para servir con altruismo a la nación, a la sociedad, a la familia?

Sean optimismo y trabajo los mejores colaboradores de la juventud. Del porvenir universitario, como de las palpitaciones de un generoso corazón, es el renuevo de la sangre juvenil de América.

POESIA AUTENTICA PARA LA INFANCIA

Los niños son un poema viviente. Amar a los niños es tejer con áureos hilos la delicada tela de los corazones. El candor perfuma la nativa belleza infantil. Sus sonrisas son auroras en la noche de los sufrimientos.

La escuela—que también es conjunto poético—, circunda de encantos a los niños, de tal modo, que esa época feliz es inolvidable. Así lo comprobó, en un libro de dulzuras infinitas y de sublimidad de actitudes, el poeta de los niños y de las encantadoras narraciones, Edmundo de Amicis, en su "Corazón" que tantas ediciones alcanzara en Italia y en en el mundo.

La poesía contribuye a completar la educación de los escolares. Por ella hablan y ennoblecen los sentimientos; por ella dan a la vida la razón de su finalidad, que es el ensueño y la recóndita hermosura de las cosas, arrancando la costra del prosaísmo para que en carne viva se aprecie el pulimento sustancial, la bondad de su existencia.

Gracias a la poesía, el espíritu encuentra consuelos inefables.

Amo la poesía eglógica, la saludable, fuerte y sincera, la que nos aproxima a la naturaleza, la que nos revela sus encantos. No los falsos diálogos entre pastores, ni sus afectadas quejas, ni sus mentidos recuerdos, han de primar en este siglo hercúleo que se ha desangrado horriblemente. El sedante de la sinceridad y el oxígeno de los campos enriquecerán los glóbulos rojos. Tal vez pasó para no volver, pugnando con el capricho y la extrañeza, el amor fingido que dicta églogas trabajadas en la obscura habitación y no a pleno sol, en la llanura florecida. Subsistirán los idilios auténticos, bajo el dombo infinito de los cielos y en la alfombra esmeraldina de la tierra.

El poeta uruguayo Andrés H. Lerena Acevedo, en su tomito de versos sanos y bellos, dice: «Memorias son, éstas, de las *praderas soleadas del mar sonoro* y de los *sueños místicos y florecidos*» Honrada y humanamente canta las regiones que están lejos del poblado, la calma después de la labranza, el romance de los pueblos, el atajo por el cual transitan los pastores, los caminos de los arrieros, las casucas viejas, la soledad del campo, los frutos de la primavera. Y más allá, las barcas al amanecer, los pescadores que en la tarde tienden sus redes, las gaviotas que vuelan por la mar en siesta,

las balandras que hienden la piel azulosa del río nativo.

“¡ Santa convalecencia del alma, en las campiñas,
entre las madroñeras y el verde de las viñas!

El corazón romántico, perfumado de olvido,
lanza al rústico viento su rítmico latido,
y, sonoro, revive su muerta mocedad.

Nueva y pujante sangre, sangre de adolescencia,
retoña una vez más en la alegre inocencia
de las castas mañanas y los campos en flor;
y, si vibra el recuerdo de un antiguo dolor,
enervado se le oye, como el tañido arcano
que canta la campana de un pueblo lejano.

Hijos del sol: del trigo y el cerrado botón,
el herreñal fecundo, la alondra, el corazón,
alíferos despiertan bajo de su agujada;
mientras en las ciudades discurre la mesnada
de la humana miseria, lejos de las campiñas
donde crecen los guindos y prosperan las viñas”.

Gobiernos sabios a la romana, con el gusto aristocrático de la Señora del Mundo y el desprendimiento regio de Augusto y Mecenas, deberían subvencionar la poesía campestre, que inspire amor a la naturaleza, tal como, en épocas difíciles para Roma, se escribieron las «Geórgicas», a fin de que las faenas agrícolas fuesen un culto bello. Así se formaron los varones robustos, aptos

para salvar a su pueblo. Perdido el cariño por el campo, la juventud se reconcentra sólo en las ciudades; la pereza le gana, el vicio le corroe. Al explicar la grandeza y decadencia de Roma, Ferrero dice: "Mientras que los jóvenes aristócratas de su edad se enervan en Roma entre el lujo, la ociosidad, la lectura de los libros encantadores y perversos de Ovidio, Tiberio se endurecía, se hacía más romano, volvía verdaderamente a las antiguas ideas y costumbres en la vida de los campamentos, en medio de las batallas, ante la marea de la barbarie que, desde hacía tantos años, veía estallarse a sus pies, en las fronteras poco sólidas del vasto imperio". (*)

La historia, en un sentir con la biología, está probándonos que la desmoralización social coincide con la literaria. Agotadas las fuentes de la vida, arruinadas las costumbres, el pensamiento decae, por lógica consecuencia. Allí donde los hábitos se depravan, allí donde la sanción es un mito y la honradez gime escarnecida, allí abundan estérilmente, como en campo de maleza, las formas literarias fútiles, afeminadas, insinceras. El malestar general se refleja en la producción del intelecto.

La prostración de la colectividad vuelve difícil el cumplimiento de esa sentencia que en sus *Veinte ensayos* dicta Emerson: "La sociedad es una compañía por acciones; cuyos miembros convienen en sacrificar la li-

(*) *Augusto y el Grande imperio.*—Tomo VI.

bertad y la cultura de cada uno para asegurar mejor el bienestar de todos".

En los tiempos de aniquilamiento de Grecia y Roma, pululaban los poetas afectados, los retóricos falsos, los escritores de apariencia deslumbradora, sin emoción, sin nervio, sin hondo sentido de la vida. Los sofistas no son del período áureo.

La inmensa literatura española, que en el ciclo de oro fue como un Amazonas de belleza, comenzaba a declinar, en medio del pauperismo y la relajación circundante, cuando apareció Góngora, el desmemoriado, que, por exquisito que parezca, no es dulce y sincero, viril y constante, como sus antecesores: Garcilaso de la Vega y Fray Luis de León, por ejemplo. Sus bonitas letrillas, sus fáciles romances, no pueden competir con las odas de aquéllos, ni sus sonetos, inclusive el que canta a Cloris, con la belleza y ternura del poeta soldado.

En Italia, el siglo XVII fue de lamentable postración literaria, a causa de la depravación de las costumbres y la férula inquisitorial. Dejó su huella siniestra el tristemente célebre Juan Bautista Marino, de licenciosa vida en su juventud, y tan desordenada que, condenado a presidio, salvó sólo por la fuga. Fue su época la de los pedantes: despreciaban los literatos el primor de los clásicos estudios, se reían de la profundidad de los pensamientos, y, en su ansia de aparecer *novedosos*, pa-

trocinaban las rarezas, los disparates barnizados de tonos subidos, los adornos recargados de similar, la extravagancia de las formas y la incongruencia de las metáforas.

¿Qué acontece hoy día en el Ecuador?... La impunidad y el crimen sentaron sus reales en la patria, y, con ellos, la indisciplina literaria. El anhelo de figurar arrastra a cierta loca juventud a excesos de todo género, indelicadezas, estafas, vicios y lucubraciones inarmónicas, confusas, de rebuscado simbolismo; metáforas violentas y de difícil interpretación, pasajes sin ritmo interior ni exterior, adivinanzas que parecen frutos de cerebros trasnochados. En el campo social, no reverencia a los ancianos y en el literario a los que más saben. La arrogancia se toca con el cinismo y el prejuicio con la mala fe. Para algunos, va siendo tan natural disponer de lo ajeno como robar honras. Las reglas que el arte sereno acata son menos que hojarasca para tantos soberbios mozalbetes: el mero hecho de nombrarlas es como un marbete de imbecilidad. El talento se siente deshonrado con las reglas, repiten los que más las necesitan.

Son estos los alarmantes pródromos de una enfermedad que ataca al corazón mismo de las sociedades que van perdiendo su pristina fuerza y su acción viril. La etiología está a la vista de todos; pero hay cierta cobarde contemporización que impide el enérgico cauterio.

En los altares de la belleza han encaramado a cua-

tro ídolos, acaparando para ellos inauditas excelencias y desechando la de los simples mortales, por el delito de su cordura, sinceridad y preparación meditada.

Rubén Darío, célebre poeta que como hombre fue nada ejemplar por su fealdad de alma y cuerpo, es copiado a pie juntillas, sin separar el grano de la paja. Hicieron de él un modelo ético y estético, y están perdidos. Rubén Darío, no obstante su claro e indiscutible talento, fue luminosa medalla de doble faz: por la una, el lene, el cuasi bígamo, el que libaba, el sensual y el escritor de circunstancias; por la otra, el innovador métrico, el de la dulce rima, el de la sonora lira, el áureo vate.

Téngase entendido que omitimos algunas de sus flaquezas, que, como mu: humanas, las desvanecemos; con dolor citamos otras, sin malicia ni ánimo hostil, tan sólo para formar el contraste y llamar la atención a aquella juventud que pretende seguirle en todo, en lo bueno y en lo malo. Su borrascosa vida que, como una pelota, fue de tumbo en tumbo por la tierra, no puede menos que haber influido en su desigual literatura— algo así como las dos épocas del divino Góngora—llena de belleza, de páginas inspiradas y admirables, de refinamiento, de audacia, de filigranas; pero también de disparates, de frialdades, de retorcidas métricas, de repetidos sensualismos, de brillantes vaciedades, de juguetes sonoros y vistosos, de caprichos deslumbradores. Este raro nicargüen-

se, católico de conveniencia; falso y mercantilista hasta en su nombre (él no se llamó Rubén Darío), es la furiosa desesperación literaria de muchos jóvenes, y no sólo en el Ecuador: impotentes para imitar los aciertos del poeta (mi literatura es mfa, en mí, advirtió y repitió) quieren, a troche y moche, sobepasarle hasta en sus vicios y desentonos, en su olímpico egoísmo y en su ausencia de ingenuidad, aunque tanto la decantara.

Tal es el triste desnivel moral e intelectual...

La sociedad está pagando las consecuencias: escándalos, inseguridad individual, bancarrota pública y privada, robos, pasiones vergonzosas.

Si el robusto pensamiento se aleja, será reemplazado por el sofisma; si la honradez declina, el dolo se desbordará para subir, como una marejada, al poder, a la tribuna, al periodismo, a la administración, a la magistratura, y ahogarnos al fin.

Rupturas del carácter, fraosos de la educación, naufragio de los ideales minarán la hegemonía nacional.

«En la generación contemporánea subsiste la capacidad artística; pero va faltando la orientación moral, lo observó ya hace cuatro lustros el austero Sr. Roberto Hueneus G., en unos juegos florales celebrados en Valparaíso, en su discurso como mantenedor de ellos. El arte "es un punto de óptica", según la expresión de Víctor Hugo; pero sé de los mejores maestros de las letras nacionales que

no han podido percibir hasta el día de hoy, el simbolismo de muchos de nuestros escritores. Los demás de éstos hacen obra de diccionario extranjero, trasplantando temas e inventando rimas que no se avienen ni con la verdad de nuestras pasiones ni con las armonías de nuestras almas. No son autores: son discípulos de obras que no valen sino en relación con el medio a que se aplican. Si no se destruye sino lo que se reemplaza, es agradable convenir en que los modernistas o decadentes nada han destruido, porque nada han reemplazado.

Falso esplendor literario y falso esplendor social están minando los cimientos de las más estables y puras instituciones, como la familia.

A este respecto, agregaba el señor Huneus, con avizora mirada de cfoico: "Padecemos de una transitoria decadencia en la dirección de nuestra patria. La corrupción literaria ha aparecido junto con las más visibles pruebas de nuestra corrupción política. El objetivo del oro requiere como demostración el lujo. Y ya lo anotó Voltaire: «El lujo es signo de prosperidad en las naciones grandes, y de decadencia en las pequeñas» — Es preciso rescatar el molde antiguo, porque se forjaron en él las obras aún no superadas de las letras españolas— Ha caído la lira castellana en poder de los infieles. Hay que organizar nuevas cruzadas para sacar del cautiverio el lábaro de la sinceridad y de la belleza artística. Hi-

cimos bien al emanciparnos de Fernando VII; pero haríamos mal en emanciparnos de Calderón y de Cervantes, de Quintana y de Zorrilla, de Núñez de Arce y de Gustavo Adolfo Bécquer.—Los lujos, degenerados por la fiebre de la artificiosa vida contemporánea, han comprometido hogares, han alterado la paz doméstica y han pretendido corromper, como resultado de lo otro, el arte nacional. Queremos y debemos resguardar el Arca Santa de la tradición mil veces venerable”.

Estas palabras no se han de entender *servilmente*, porque, si es inmenso el tesoro que nos legaron los beneméritos autores citados, el tiempo se ha encargado de saquearlo. Enriquecieron la idea y el lenguaje, ampliaron la forma poética y la hicieron musical, ahondaron la psicología y estudiaron las costumbres populares: merecen las bendiciones de la posteridad; pero, *de hecho*, nos hemos *emancipado* de ellos, sin negarles nuestra profunda gratitud. No emanciparse supondría esclavitud, sujeción incondicional, lo que provoca la más enérgica protesta. Núñez de Arce, por ejemplo, volvió sonoros a los versos, rítmico hasta el endecasílabouelto, penetró en las reconditeces de la duda; pero, en la actualidad, es arcaica (si no ha de sernos afectada) su manera de pensar, y la forma se resiente de flojedad, a causa del derroche de adjetivos que debilitan el pensamiento. Zorrilla es hoy dulcemente gárrulo, sin quitarle su alta valía, que

las generaciones no han de olvidar largo tiempo. Bécquer es primoroso, sutil, delicado, subjetivo; pero el mundo necesita a la sazón de poesías más pujantes que el de las rimas. Con todo, el alma poética no dejará de recitarlas. Ecuanimidad es virtud del análisis. En los platillos de la balanza pongamos siempre lo que Taine ha recomendado: el tiempo, el momento, las circunstancias que rodearon al artista, su temperamento, el medio ambiente, el alma individual.

Es digno de anotarse que precisamente lo que más vale y lo más hermoso en la obra literaria de Rubén Darío es todo aquello que tiene el perfume de ánfora clásica que guarda el añejo vino, confortativo e insuperable. Cuando canta a Cervantes, cuando reza letanías a nuestro Señor Don Quijote, cuando himnologa a la España del áureo cetro literario, Rubén Darío sube veinte codos sobre las más altas inteligencias.

Otro hecho digno de atención: los ignorantes, los presumidos sin caletre, menosprecian lo que despectivamente han dado en la flor de llamar «los viejos moldes». Porque no los conocen, se atreven a motejarlos. Bellamente afirmó Gómez Carrillo, en una crónica de la tremenda guerra europea, al conversar con Fabián Vidal, que todo viene de muy lejos, de «los viejos moldes», no obstante el avance del progreso, la ley de la evolución y los adelantos de hoy, que nos pasman.

—“No hay nada nuevo bajo el sol, escribía. Los antecedentes de los gases venenosos están en el Ramayana” Cuando penetramos en un jardín, nos seduce la belleza de las flores, sus perfumes nos embriagan. No nos detenemos a averiguar si la rosa, antigua como el mundo, fue cantada por los poetas helénicos y lució en la corona de Venus, para dejar de amarla.

La hermosura es de todos los pensiles y de todos los países. ¿Por qué desdeñamos lo viejo, fundamento de lo nuevo? Tiene el prestigio de los siglos. Si aquella poesía ha desafiado al tiempo, probando está que es auténtica, que se aproximó a la verdad, a través de las locas quimeras y los sueños infinitos. Al referirse a Núñez de Arce, que a la juventud sedienta de ideal mostró el infierno, habló de esta manera Rubén Darío, el mismo que dijo en otro lugar «que si la lira no se llamase lira, podría llamarse Italia»: (1) “La misión del poeta es cultivar la esperanza, ascender a la verdad por el sueño y defender la nobleza y frescura de la pasajera existencia terrenal, así sea amparándose en el palacio de la divina mentira”. (2) Todo por la esperanza, que es salud, que es vida, que es fuerza de las almas, que es poesía auténtica del mundo.

(1) *«Peregrinaciones»*

(2) *«España Contemporánea»*

Mirar el porvenir, tener sed de innovación, surgir como un revolucionario del ideal en el arte; avanzar siempre, porque es síntoma degenerativo retroceder, noble mandato, santo credo de la juventud. Pero no por esto maldigamos el esfuerzo, por minúsculo que sea, de quienes se adelantaron en la jornada; no por esto nos burlemos de quiénes, aunque a paso de tortuga, nos precedieron en el camino. La nueva cultura les dió alcance en raudo vuelo y les dejó rezagados, cubiertos de la pátina arcaica; pero no podemos negar que un día estuvieron a la vanguardia. La vida es una escala de múltiples peldaños. Para ascender, es preciso comenzar por abajo. Una vez en la cima, acordémonos siquiera de los primeros escalones.

Los gustos de hoy, los afanes artísticos de la hora, serán pueriles, vanos mañana; pero no inspirarán despiadada risa a los renovadores geniales, a los rebeldes que, al ir en pos de lo nuevo, se han de mostrar respetuosos del ayer. ¿Por ventura los hijos osarán escarnecer la candorosa de sus padres? ¿Se negará una mirada, aunque fuese de soslayo, a la tradición augusta?

La poesía auténtica está en las almas. Si se cantan las inquietudes del dolor universal, la regeneración social, la mejora de la especie, el remedio para el hambre colectiva y la miseria, el conflicto de la conciencia moderna, ¿se olvidará el gemido de los siglos? ¿se negará

rá el pesar antiguo? En el tiempo y en el espacio, apreciemos el oro de buena ley, por más que los crisoles sean muy primitivos. Justicia para lo que atrás queda; amor, poesía, curiosidad infinita para lo que vendrá.

Poesía auténtica es la que retesa a los espíritus; la que nos ennoblece. Haya ansia de mejoramiento; santo anhelo de "imprimir cierto sello divino al hombre menos favorecido por la Naturaleza, como se observó en Sócrates", según inspiradamente proclamara Chateaubriand. Poesía auténtica es la de acción. Seguir, en senoros versos, el ritmo de la patria es muy laudable; pero mucho más demostrar, con hechos, que se la admira; con obras, que se la ama. La palabra muere; viva la idea que es fuerza; subsista la poesía en movimiento, la auténtica poesía de las bellas acciones removedoras de montañas.

La ruta de la escuela conduzca siempre a los niños por los campos floridos de la estética, al reino de la sana poesía.

DE RELUMBRON

Dúrame el regosto de escribir acerca de puntos sociales educadores, por más que al sufrido lector, agraviado a posta, le cause burujones. Doy de espuelas a mi cascudo, y adelante, sin pararle de tenazón, a los gritos de la crítica o ante el fantasma de la indiferencia.

El verbo educar, desde que se dirige a la parte más noble del sér humano, al corazón, supone sólida base, principios bien arraigados, fondo: educar o esparcir en lo profundo, y no arrojar la semilla en surcos superficiales que, no alcanzando a esconderla, dejan que el viento se lleve el grano bienhechor.

Educación aparente, visajes de oropel; son cual los pasagonzalos con la palmeta del dómine que les trae sobre ojo.

Y a propagar este mal contribuyen los maestros y los periodistas que, en vez de enseñanzas y mejoramiento, corrompen lentamente, fomentando la fatuidad, la presunción, el zahareño orgullo entre gentes que de suyo son débiles y han tenido poca preparación para resistir las embestidas de la vanidad y la soberbia que les da alzaprima.

Me refiero a los panegiristas de esa literatura za-
guera tan en moda, que hace de cada mujer, por cazu-
rra que sea, un ídolo; de cada rostro, aunque fuere vul-
gar, un dechado helénico; de cada ojo femenino, un sol
de sin igual fragancia, en ocasiones, o una hullera por su
negrura, en otras; a esa literatura, barata y sin sustan-
cia, que exhibe retratos de bellezas, ventregados de
frases gradílocuas, capaces de enloquecer, de matar de
gusto a tantas cabecitas huecas que se marean con el
humo del incienso y a las que no les gusta nada de tre-
pes, que al parecer les derrionga, pero que más bien les
perfecciona.

En buena hora que se elogie la acción heroica de
una mujer y se dé a la estampa su fisonomía; en bu-
ena hora también que la lisonja de las perfecciones físicas
sea unitiva de las morales, pero sólo aplaudir la her-
mosura pasajera, dañar los caracteres y provocar fanfu-
rriña cuando menos en el bello sexo, haciendo que la bon-
dadosa se ponga fiera; la modesta, insoportable; la pun-
tuosa, pigre; la moderada, coqueta y llena de sofiones,
no es perfeccionar la especie humana, que necesita el pie
de amigo de la virtud.

Con sólida educación, con sentimientos de peso en
el alma, el perjuicio de la vanidad sería risible; mas, fal-
tando la base, ¿cómo levantar el palacio social?

Lo bello se admira en todas partes: las mejores a-

doraciones son las del silencio, porque la honda emoción es a las veces muda. No les digáis a los chorlitos que su cabeza es gigantesca, a los neblíes que cantan dulcemente, a los grajos que es vistoso su plumaje, a las cotorras que son joya de la cetrería; se pondrán insoportables estas avecitas de poco más o menos. Pero al águila decidla que es grande, sin ponerla pihuela como a un halcón: cernirás por alturas infinitas, y no se olvidará de volar porque un momento bajó a tierra.

SALUTACION AL MAESTRO

(Al cerrar el libro

RUTA DE LA ESCUELA)

En esta hora de espirituales irradiaciones, al cerrar este libro, desearía que mi palabra fuera un himno y mi pensamiento un sol que iluminase a las almas. Sólo así podría traducir mi entusiasmo sacrosanto por el maestro, ungirle con el óleo de la justicia y alzarle sobre todas las cabezas como un sacerdote, como un vencedor, como un jefe patriarcal de cien generaciones. Al pronunciar con emoción su nombre, me parece que la vida se concentra en un solo término, que la sugestión de la figura toma divinales proyecciones, que el simbólico vocablo ha sido escrito con estrellas.

El más apto, el que guía, el director, que todo esto significa la dulce dicción *maestro*, me imagino que corresponde a macrocosmos, porque dilata los imperios del intelecto y de la conciencia, porque es un mundo tan grande como la idea, inquieto y fantástico cual la infancia. ¿No es la más microscópica escuela un océano?

Pasioncillas en fermento que el porvenir desbordará, profundidades psicológicas, inclinaciones insondables, ocultas como escollos, cambiantes vocacionales, caprichos que estallan como cráteres submarinos; múltiples caracteres, turbulentos como oleaje, allí rebullen en las aulas despiertan. El niño navega por borrascoso piélago, que el pedagogo aquieta. Su atinado gobierno disipa la tormenta, su luz potente es como la de un inmenso faro que se alzase sobre el peñón de la esperanza, de cara a infinitos horizontes.

¿No semeja también una selva la escuela? Arbustos que mañana serán robles, lianas que mañana se encumbrarán hasta los cielos, semillas esparcidas en un mar de vegetación, frutos en germen, abundan en ella; pero, al mismo tiempo, hojarasca, maleza, espesura que atemoriza, cardos que sofocan a las plantas útiles, atavismos funestos, herencias enmarañadas. El maestro aplaca el océano y despeja el intrincado bosque. Su la bor es multiforme e inmanente. ¡Cuánta responsabilidad, qué inacabable preparación, qué honda paciencia!

Filosofía a raudales, eugenia, principios fisiológicos, método, experiencia, psiquiatría infantil, deben ser las familiares herramientas de este ideal obrero. ¿Lo exigís así? En manos de la sociedad, en las vuestras está. Formadlo como la ciencia moderna lo requiere. ¿De qué modo? Con el estímulo, con el acercamiento, con la cooperación de todos, para que el maestro sea la resultante del conjunto de las fuerzas sociales. ¿Se quiere que su misión se compare con la taumaturgia? ¿Solicitamos que el pedagogo sea héroe, apóstol, piloto, zapador, en la variada y agotadora realización de sus tareas? — A la sociedad le toca modelarle a su sabor, rodeándole de prestigio, de bienestar y de confianza.

Las naciones celosas de su integridad y autonomía han decretado el servicio militar obligatorio. Todo los ciudadanos están en la estricta consigna de montar la guardia en su defensa. De igual manera, convendría que exista uno como servicio obligatorio para el maestro, tanto de parte de él como de la totalidad de ciudadanos, a fin de atender a la patria en la persona del que educa a sus hijos, rendirle los fueros que le corresponden, tomar las armas en su honor cuidando de que se mantenga incólume.

Diréis que la vida por sí misma nos reforma, que los viajes nos aleccionan, que la experiencia es sabia consejera: pero, todo ello, en la generalidad de los casos,

gracias al que nos arrancó la venda de los ojos, y, con el índice, estuvo señalando los diversos caminos del ambular cotidiano, para recomendar, inflexible y constante, la rúa que directamente nos lleva a la observancia del deber, al cultivo del corazón, a la gimnasia mental, al desarrollo físico.

Cítanse ejemplares de excepción, niños prodigiosos que no fueron nunca a la escuela. Si faltó esa materialidad, los padres desempeñaron el papel de maestros, o alguno se encargó en el hogar de suplir la escuela, pues no hemos de creer jamás en la ciencia infusa, sino en la iniciativa del modesto preceptor, en el balbuceo tímido del silabario, en la humilde lectura, infantil y preterida.

Bastaría la maravilla del uso del lenguaje, del conocimiento de la arquitectura admirable de la letra, de la conservación del idioma nacional, que compendia tierra nativa, raza y libertad; del asombroso problema de la escritura que tan obvio nos parece ahora; bastaría la difusión básica de las cuatro operaciones que razonablemente se llaman fundamentales, para admirar al maestro y amarle como a un mago, que con aquellos caracteres diminutos, con aquellos signos, al principio ingratos e indescifrables, ha evocado los aladinecos encantos que la naturaleza y los libros nos revelan.

En el escueto monte, en el aduar misérrimo, en el insalubre poblado, en el barrio oscuro, allí está, con-

fundido con el labriego, desconocido de todos, casi anónimo, el minúsculo agente de la civilización, el abnegado obrero intelectual que acrece el número de ciudadanos conscientes, el que ha prendido una chispa de luz en medio de tantas tinieblas.

Se dilata el pecho al pronunciar su nombre: *maestro*. Y sentimos revivir los mejores días de la infancia, con los señuelos de color de rosa... Inefables y furtivas lágrimas se agolpan a nuestros ojos, como ante el añorar de la madre adorada que expiró bendiciéndonos... El corazón late con violencia, cual si tornáramos al jardín de nuestras primeras ilusiones, embalsamado con afectos y saudades

Honar al maestro es preludeo del enaltecimiento a la patria y a la familia, entidades que completa y ayuda a modelar, en la alborada dulce de la vida. Allí donde los prejuicios las pedanterías de linaje, el desdén social, el ridículo aun en labios de los doctos, la indiferencia pública, tratan de zaherir, de anonadar al luminoso gremio consagrado a la enseñanza, cebándose en su infortunio; allí, los hogares y las asociaciones son triste muestra de los mismos a quienes desprecian ¡Ejemplo ruinoso del suicidio moral y la pobreza del espíritu!

Resulta contradictorio, absurdo, tan reprochable proceder, desde que refluye sobre la masa social, desde que vuelve al pueblo, con todo el peso de un anatema.

¿Qué hay de más querido que un hijo? Cariños, desvelos, adulos maternales para él son, para el bien venido y el dilecto. Jamás se ha separado de la compañía de sus padres, es el ídolo de la casa. Sin embargo, hay un sér en la tierra que goza del privilegio de arrancarle del hogar, de aconsejarle, de reemplazar a sus propios padres, en el afecto al pequeñuelo: el maestro. Si en sus manos se deposita a la niñez, lógico, evidente, axiomático es que se le colme del respeto y la importancia social que merece.

¡Salve, maestro, que señalas con amor la ruta de la escuela!

F I N



Educación de la Democracia.. .. .	163
La Esperanza	191
Oración Pedagógica	201
Figuras Educadoras.—Carlos Octavio Bunge	206
" " Pedagogo catalán—ecuatoriano	222
Héroes sin nombre.—A los maestros de aldea ..	229
Julio Verne.—La imaginación creadora	237
" " .—La novela científica	240
" " .—Numen de la infancia	242
" " .—Centenario de Julio Verne.. .. .	246
El amor a la escuela. Frases depresivas para el maestro	256
Las Universidades Modernas	260
Poesía auténtica para la infancia.. .. .	265
De Relumbrón.. .. .	279
Salutación al Maestro (al cerrar el libro "Ruta de la Escuela"	281

**SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE
LIBRO, EN LOS TALLERES DE LA
IMPRESA «ECUADOR»,**

**AL 1 DE MAYO, DIA CONSAGRADO A
LOS QUE TRABAJAN MATERIAL E IN-
TELECTUALMENTE
QUITO — ECUADOR — S. A.**